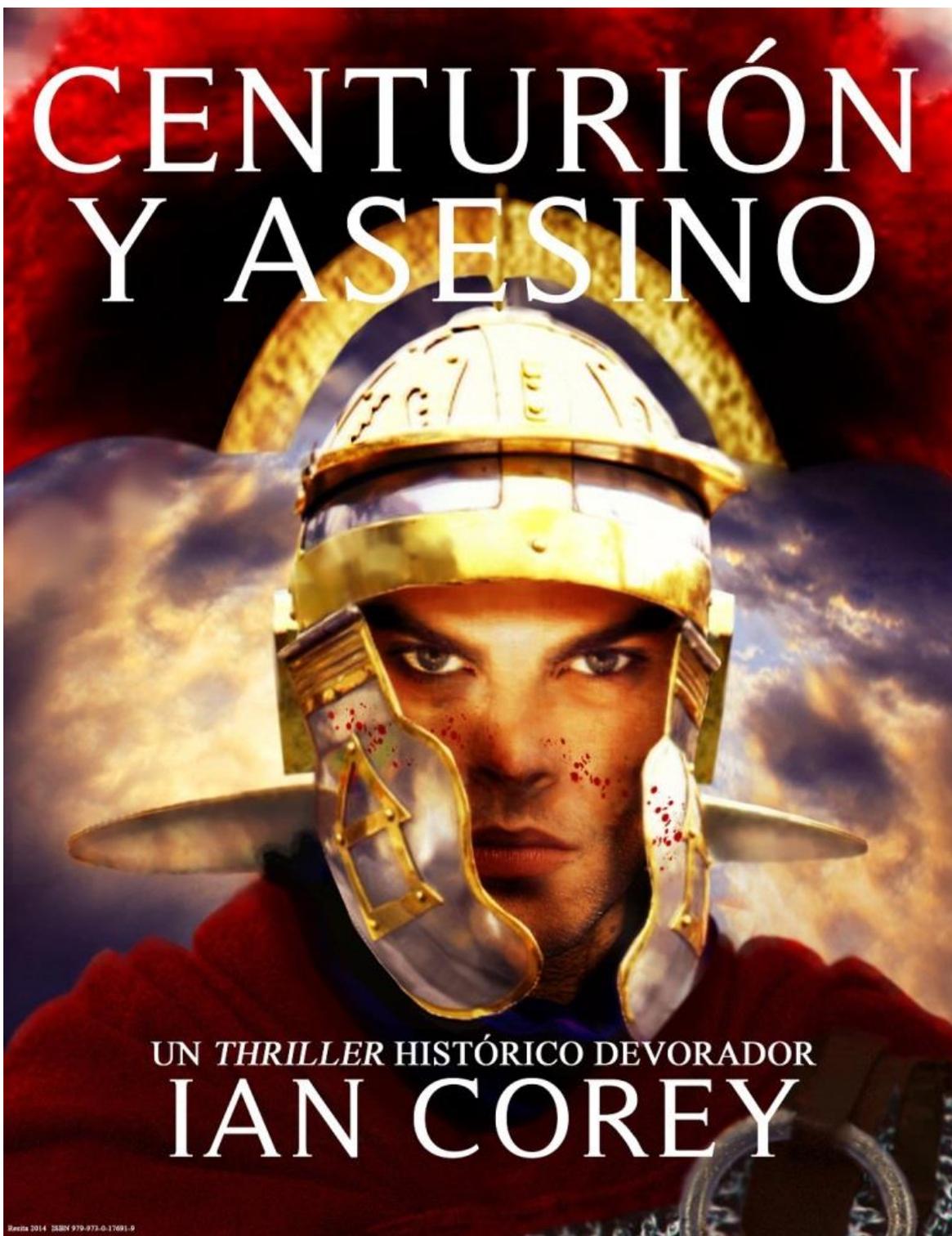


# CENTURIÓN Y ASESINO



UN *THRILLER* HISTÓRICO DEVORADOR  
**IAN COREY**

# CENTURIÓN Y ASESINO

IAN COREY

Dedico este libro a mis hijos,  
Lucas Andrés y Flavia Kristine,  
y a mi mujer Nela Florela.  
Un corazón lleno de amor...

# ÍNDICE

Prólogo.....	04
Parte I.....	07
Parte II.....	38
Parte III.....	73
Parte IV.....	102
Parte V.....	159
Parte VI.....	184
Parte VII.....	207
Parte VIII.....	235
Parte IX.....	264
Nota del autor.....	287

## Prólogo

No estaba segura si habían pasado nueve o diez días desde que la habían secuestrado. En algún momento había perdido la cuenta. La correa que mantenía sus manos ligadas delante era áspera y dañaba sus muñecas, pero al menos le habían quitado la mordaza y ya no se sofocaba.

Una de las noches el guarda abrió la puerta y empujó a una chica adentro. Ésta miró desesperada la pequeña estancia del sótano. En la luz de las antorchas, su rostro pálido parecía descompuesto por el miedo. Recitaba, en diferentes tonos y tartamudeando, palabras seguidas que parecían ser una oración.

La romana sintió como sus mejillas ardían y como su pecho presaba, cortándole la respiración.

–¡Te ordeno que te calles! –Gritó ella histéricamente–. Tu latín es horrible y tu plática me está volviendo loca. –En estado de shock, la recién llegada, la miró con ojos temerosos.

Ella presionó su frente contra la fría piedra hasta que sintió que su respiración se regulaba. Consiguió dormirse, pero botó asustada por los ruidos ahogados y entendió que la otra chica palpaba las paredes. Estaba haciendo lo que ella hizo los tres primeros días. Buscaba una salida. Después la oyó llorar. Un llanto suave, de autoayuda, susurrante, sin molestar.

El segundo día miró sin odio a su nueva amiga de apresamiento. Decidió hablarle en griego.

–Era una niña cuando, después de varias disputas, mis padres se divorciaron. Recuerdo haberle preguntado a mi padre si lamentaba haber conocido a mi madre. ¿Sabes lo que me contestó? Que sí, que se arrepentía de que los dioses les hubieran hecho encontrarse. Esta respuesta para mí fue dolorosa y humillante. De alguna manera, a lo mejor inconscientemente, se afligía que yo existiera. –Calló un tiempo, pensativa–. Pero yo sigo queriéndole mucho, sé que lo que dijo entonces fue una tontería. Uno de estos días aparecerá y castigará a estos bárbaros. A lo mejor hoy mismo.

La otra se volteó en su cama, de cara hacia ella y con los ojos rojos e hinchados de llorar, sonrió tristemente.

Se llamaba Caroun y pretendía que su padre era un comerciante próspero de Bitinia<sup>1</sup>, propietario de varios buques comerciales en Sinope<sup>2</sup>.

El agua y la comida los traía un guarda con un aspecto salvaje, al cual llamaron secretamente Diente, porque en la parte de arriba de su boca tenía un diente prominente montado encima de otro. No parecía tonto. Sólo era un esclavo como cualquier otro.

---

<sup>1</sup>Bitinia – Provincia del Imperio Romano, actualmente situada en Turquía.

<sup>2</sup>Sinope – Ciudad del Imperio Romano con salida al Mar Negro. Actualmente situada en Turquía.

Los días pasaban con dificultad pero Caroun era buena contando historias y sabía más sobre la vida. La armenia tenía más de dieciséis años, mientras que ella hacía poco que había cumplido los quince.

Habían pasado tres semanas desde que estaba aprisionada, cuando la puerta se volvió a abrir y Diente entró acompañado de dos hombres. Uno de ellos tenía pinta de bravucón seboso con aspecto feroz. El otro, bajito, con una mirada con brillos extraños, llevaba un manto con capucha de sacerdote y parecía ser el jefe. Él se quedó apoyado en el marco de la puerta y la indicó señalándola con la barbilla.

Diente sujetaba un recipiente con aceite hirviendo del cual salía vapor. Lo dejó cerca de la puerta y se acercó a ella. Por la otra parte se acercaba el Seboso. Ella, llena de miedo, temblando y con lágrimas en los ojos intentaba escabullirse caminando de espaldas hasta topar con la pared.

–Dejadme tranquila. ¡Iros! –Pero Diente la cogió inmovilizándola por detrás. Caroun saltó para ayudarla, pero el bravucón la empujó de manera brutal y la armenia chocó con la pared y cayó, incapaz de levantarse. El Seboso apresó su brazo izquierdo, la atrajo hacía él y le colocó la mano abierta sobre la mesa. Ella, llorando, les rogaba que la dejaran en paz, les miraba con ojos asustados preguntándose qué le iban a hacer, llamando a su padre y a todos los dioses que le llegaban a la mente para que la socorran. El Seboso sacó un cuchillo que tenía atado a la cintura y colocó el filo sobre el dedo pequeño de la mano. Ella, horrorizada, trató de tirar, empujar, de resistir, pero el agarre era como el hierro. El Seboso apretó bruscamente y el cuchillo entró profundamente en la mesa, traspasando su dedo. Ella sintió un dolor afilado hasta el cerebro y gritó tanto como pudo. Sus rodillas flanquearon. Una corriente de sangre fluyó del tronco del dedo permanecido. Seboso cogió el trozo de dedo cortado, lo miró con una sonrisa grotesca y se lo entregó al sacerdote, que lo envolvió en un trapo. Su grito se transformó en un aullido inhumano cuando Diente colocó el recipiente sobre la mesa. Con un movimiento seguro, el Seboso mantuvo su mano con los otros dedos juntos y guió el muñón ensangrentado hasta dentro del aceite caliente. El dolor fue tan intenso que se desmayó en el momento.

Cuando recuperó la conciencia estaba estirada en la cama y su mano estaba envuelta en trapos manchados por la sangre. Durante varias semanas el dolor la acompañó siempre. Después de un tiempo ya no necesitaba llevar el vendaje, el muñón había cicatrizado. Un trozo de carne horrenda de color rosa con negro cubría la herida. Un día volvió a pasar. Era una mañana y Caroun estaba trenzando su pelo cuando la puerta se abrió y Seboso entró con el recipiente de aceite del cual salía vapor. Detrás de él, Diente le explicaba algo al sacerdote que tenía un trapo en la mano. Cuando ella les vio se asustó tanto que chilló. Del miedo se orinó encima y oyó como la corriente caliente bajaba por su pierna hasta formar un charco en el suelo. Después sintió una oleada de calor en el pecho y se desmayó. Le cortaron el dedo pequeño de la mano derecha. Día tras día lloraba y gritaba. Dormía de vez en cuando,

pero sus sueños se convertían en pesadillas. Sentía un terror tan fuerte que no se podía controlar. Después lo decidió. Necesitaba escapar. Necesitaba hacer cualquier cosa para escapar.

# PARTE I

## **Roma, Octubre 116 d.C.**

El centurión pretoriano<sup>3</sup> Cayo Messara apoyaba el hombro en la columna derecha de la entrada.

Messara parecía negligente y descuidado, pero con la mirada ágil y entrenada vigilaba a cualquiera que se encontrara en contacto con la Augusta Matidia.

Justo en ese momento tenía lugar un espectáculo violento muy apreciado por los huéspedes. Dos secutores<sup>4</sup> luchaban mortalmente, alrededor del sumidero de agua de lluvia del centro del gigantesco atrio<sup>5</sup>.

Al menos sesenta espectadores se habían juntado en un círculo en varias filas alrededor de los luchadores.

La Augusta Matidia, situada en la primera fila, dejaba entrever en su rostro la emoción por cada golpe de gladio<sup>6</sup> que lanzaban los gladiadores.

El centurión estaba atento, ya que en aquella agitación ella estaba expuesta al peligro de un accidente imposible de controlar.

Su frente se relajó de forma notable cuando vio al tribuno<sup>7</sup> Decrio, su jefe, que había conseguido hacerse hueco entre los espectadores y colocarse a medio paso<sup>8</sup> de la distinguida señora.

Giró la cabeza y miró hacia su compañero, el centurión Faber, colocado a diez pies<sup>9</sup>, al lado de la columna de la izquierda de la entrada. Éste captó su mirada y parpadeó tranquilizador, como señal de que él también había visto al tribuno.

Messara era bastante alto para ser un romano, pero desde el sitio en el que estaba, por culpa de la agitación, por encima de las cabezas, solamente conseguía ver como un gladio que describía media circunferencia en el aire, seguido por el sonido de un golpe. Cuando uno de los gladiadores<sup>10</sup> atacaba con fuerza, obligaba al otro a retroceder algunos pasos. Gladio contra gladio, escudo contra escudo, con los músculos en máxima tensión, llenos de sudor mezclado con

---

<sup>3</sup>Centurión Pretoriano – Oficial de una centuria de ochenta pretorianos en el Imperio Romano.

<sup>4</sup>Secutor – Tipo de gladiador armado con un sable corto y un escudo rectangular en el Imperio Romano.

<sup>5</sup>Atrio – Patio cubierto en un domus romano con una abertura central por la que entraba el agua de lluvia.

<sup>6</sup>Gladio – Sable corto y recto de la infantería romana. El peso rondaba entre 1,2 o 1,6 kg. La medida completa (incluyendo el mango) era de 64 a 81 cm; la medida del filo estaba entre 42 y 55 cm. Tenía doble filo y la punta corta y muy afilada. El mango podía estar hecho de madera, hueso o marfil. De la palabra gladio deriva el término de gladiador.

<sup>7</sup>Tribuno militar – Comandante de un destacamento de infantería y caballería en el Imperio Romano.

<sup>8</sup>Paso – (Lat. Passus). Medida de longitud romana. Equivale a 1,47 m.

<sup>9</sup>Pie – (Lat. Pes). Medida de longitud romana. Equivale a 0,29 m.

<sup>10</sup>Gladiador – Hombre o mujer, generalmente esclavo, que lucha en la arena con otro luchador o con animales salvajes en el Imperio Romano.

sangre, se gritaban salvajemente el uno al otro y se golpeaban brutalmente con odio. Cada golpe estaba seguido por un murmullo apreciativo por parte del público. Los gladiadores ofrecían un espectáculo grandioso. Luchaban estrepitosamente y se perseguían el uno al otro en un continuo movimiento. El restringido círculo de espectadores que les rodeaba se movía al unísono con los luchadores. Se enflaquecía en una parte, hacía un bucle y se engrosaba en la otra.

La lucha llevaba ya un tiempo y el centurión apreció por los jadeos de esfuerzo de los combatientes, que uno de ellos iba a cometer algún error y la lucha se aproximaría a su fin. De repente arrancó una oleada de abucheos y silbatos, después palabras de ánimo seguidas por vítores. Se oyó un golpeteo violento de hierro contra hierro, de golpes, finalizados con un grito de dolor. Los aplausos y los chillidos ensordecedores arrancaron frenéticamente. La lucha se finalizó a favor del favorito.

El círculo de espectadores se dispersó y los invitados formaron grupos aleatorios alrededor de las mesas, charlando sobre distintos temas. El gladiador ganador, suspirando aliviado, se sacaba el protector del brazo derecho mientras escuchaba a su dueño, un lanista<sup>11</sup> viejo, que le elogiaba. Otros dos gladiadores, con las miradas bajadas, arrastraban, cada uno de una pierna, el cuerpo del secutor herido en la lucha. Messara giró la cabeza y no miró la cara del herido para no retenerla. Éste, con la barriga abierta, con los vientres ensangrentados, soltaba unos gemidos aterradores. Cuando bajaron los seis escalones de la salida lateral, su cabeza, protegida por un casco de legionario<sup>12</sup> romano del período de la república, crujió en cada piedra y el gemido se detuvo.

De todos los lugares se oían risas y alegría. Cuatro esclavos con cubos y trapos limpiaban las huellas de la lucha y lavaban la sangre del suelo con agua y vinagre.

El senador Nepos<sup>13</sup>, relajado, respondía a las preguntas de los otros senadores o personas importantes presentes en su fiesta de vuelta a casa, mientras saboreaba elegantemente un poco de vino Falerno<sup>14</sup> de una copa de oro. La mayoría de las preguntas estaban relacionadas con el Cuartel General de Trajano<sup>15</sup> en Antioquía<sup>16</sup>, con las últimas movidas

---

<sup>11</sup>Lanista – Propietario o entrenador de una escuela de gladiadores.

<sup>12</sup>Legionario – Militar que formaba parte de una legión del Imperio Romano.

<sup>13</sup>Haterio Nepos – (Lat. T. Haterio Nepos) Fue procurador de la Armenia Maior durante el reinado de Trajano.

<sup>14</sup>Falerno – Vino de calidad superior, producido en Campania, en Italia. Muy apreciado en el Imperio Romano.

<sup>15</sup> Trajano – Marco Ulpio Trajano (lat. Marcus Ulpius Traianus) fue un emperador de Roma que reinó entre los años 98 d.C. y 117 d.C.

<sup>16</sup>Antioquía – Capital de Siria en el período del Imperio Romano. Actualmente se encuentra en Turquía y se llama Antakieh.

de legiones<sup>17</sup> dirigidas por el emperador y sus planes de vuelta a Roma, donde llevaba tres años sin venir.

Al centurión Messara no le gustaba la política. La consideraba aburrida, pero amaba la vida militar con todo lo que ella conlleva.

El tribuno Decrio se abrió paso entre multitud en la parte derecha de Messara. Vio a éste apoyado y los ojos le brillaron llenos de reproches. El centurión tragó en seco, se despegó de la columna de mármol, dejando el apoyo en una pierna y luego en la otra, balanceándose levemente. Decrio le ignoró intencionadamente, hizo algunos pasos más y se detuvo en la otra columna donde intercambió algunas palabras susurradas con el centurión Faber para después marcharse de nuevo. Messara le siguió de reojo hasta que desapareció en la multitud. *¡Vete al demonio!*

Decrio, como militar, era apreciado. En la vida privada estaba en una continua búsqueda y captura de un buen partido y no se diferenciaba mucho de los otros funcionarios de orden ecuestre<sup>18</sup> que buscaban por cualquier medio enriquecerse. No le caía bien Messara, pero tampoco le hacía la vida difícil. El oficial inferior relacionaba el sentimiento de envidia del tribuno con la suerte que tuvo al casarse. En diciembre, en los Saturnales<sup>19</sup>, Cayo Messara finalizaba el estado de centurión e iba a ser avanzado a tribuno. Eso les haría iguales en rango.

Messara examinó la multitud, buscando. Sestia, una siciliana exótica al borde de la madurez, reconocida por su vida llena de aventuras amorosas, localizó su mirada y le sonrió de forma prometedora al centurión. Messara la evitaba a propósito, como siempre, y ella, decepcionada, volvió con su marido, el senador Pollio, de ochenta y un años, que estaba en una discusión con otro senador.

Sestia era la amiga de la infancia de Sabina<sup>20</sup>, la hija de la Augusta Matidia. Sabina había seguido a su marido Adriano<sup>21</sup> en la guerra contra los partos. Éste pertenecía al Estado Mayor del emperador Trajano y desde hacía un tiempo vivían en Antioquía, Siria.

En un rincón, entre dos amigas, vio a Antonia Metelli, su mujer. Orgulloso, notó que era la más brillante de la fiesta. La estola<sup>22</sup> beige

---

<sup>17</sup>Legión – Gran unidad de táctica de la infantería del Imperio Romano, formada por cohortes y centurias.

<sup>18</sup>Orden ecuestre – Eran los caballeros, una clase social en el Imperio Romano. Eran la franja más baja entre los nobles.

<sup>19</sup>Saturnalia – Importante festividad romana que empieza el diecisiete de diciembre y finaliza el veintitrés del mismo mes.

<sup>20</sup>Sabina – Vibia Sabina fue la hija de Salonina Matidia, sobrina del emperador Trajano. Estuvo casada con Adriano. La pareja no tuvo hijos. Vivió con aproximación entre los años 86 d.C. y 137 d.C.

<sup>21</sup>Adriano – Publio Elio Trajano Adriano (lat. Publius Aelius Traianus Hadrianus) vivió aproximadamente entre el año 76 d.C. y 136 d.C. Fue un emperador romano que comenzó a gobernar en 117 d.C. y dejó el trono el año de su muerte.

<sup>22</sup>Estola – Es un vestido característico de las mujeres en el Imperio Romano. Se llevaba sobre la túnica interior.

con marco marrón le quedaba espectacular y evidenciaba el hinchazón de la barriga embarazada de cinco meses. Era fantástica. Messara agradeció en su mente otra vez a los dioses por la suerte de tener semejante mujer. Llena de caprichos e infantil, con gestos aristocráticos, no se retenía en ser generosa y protectora con los esclavos o los perros de la calle. La quería mucho y sabía que ella también a él.

No podía dejar de mirarla. *Es tan maravillosa.* Siguió con la mirada como ella les contaba algo a sus amigas, de buen amor. Tenía en la cara un brillo agradable, típico de las mujeres embarazadas.

Una esclava puso en su mesa una bandeja con frutas, interrumpiendo la discusión y en ese momento, Antonia notó la persistente mirada de alguien en la parte izquierda. Giró la cabeza y vio que él la observaba. Los ojos se le llenaron de amor y, por un impulso juvenil, le sacó la punta de la lengua, luego despacio, con erotismo, se mordió el labio inferior, sonriéndole llena de promesas e intensificando su mirada.

Messara se aterró de su gesto y el coraje que tuvo para haberlo hecho en semejante sitio, pero se tranquilizó esperando que nadie haya notado su juego. Sus amigas hablaban entre ellas. Él endulzó el ceño fruncido y le envió media sonrisa. Ella hizo muecas juveniles, carotas y luego echó una risa cristalina. Él le sonrió de vuelta. *Qué traviesa es.*

Incluso cuando ella se giró hacia una de sus amigas para contestarle a una pregunta, siguió mirándola durante un largo rato.

Un esclavo tiró hierbas aromáticas en los cuencos con fuego, haciendo que un humo negro dulcero se levante por el cielo lleno de estrellas, saliendo por el espacio del techo.

Cuatro actores, acompañados por un flautista, esperaban en un rincón, impacientes, la señal de abertura de la representación. Los huéspedes dieron vueltas por todo el atrio formando, siempre, grupos pequeños. Luego dejaron a los actores que empiecen su espectáculo.

El centurión no prestaba atención al acto. Sus ojos estaban apuntando hacia la Augusta, que se encaminaba hacia otra mesa. El actor mayor de edad, el jefe del grupo, recitaba con afán un poema, ayudado a veces por un joven imberbe con flauta, cuando Salonina Matidia se instaló a dos pasos del intérprete. Su rostro mostraba inquietud y de repente en la parte trasera del atrio se oyeron fuertes murmullos que luego se transformaron en pequeños gritos ahogados, que hicieron interrumpir la representación.

Messara no sabía lo que había pasado. Era la zona de la sala menos iluminada y como siete u ocho personas habían formado un círculo. Vio al Tribuno Decrio y el centurión Messara se alertó. Augusta se dirigió junto a otras señoras y los senadores Nepos, Pollio y otros, a ver qué pasaba. De forma pausada la gente empezó a juntarse detrás del colector. Los grititos cesaron y se transformaron en un rumor general. El centurión tenía un presentimiento extraño, pero no podía explicar el porqué. El ojo derecho empezó a latirle. Se giró y miró inquisitivamente hacia Faber, pero éste levanto ignorante los hombros.

Luego un esclavo se despegó de la multitud y se dirigió hacia él parándose delante.

–¿Podéis venir, señor centurión?

–¿Yo? ¿Qué ha pasado? –Le preguntó al esclavo, ofreciéndole una mirada penetrante, mientras que su mano izquierda, como un tornillo de apriete, le agarró el músculo del brazo delgado. Éste miró los dedos que le destrozaban la carne tierna, gimió indefenso y se retorció de dolor.

Messara miró por encima de él y le empujó a un lado. Puso la mano en la manija del gladio de la cintura y, con pasos cautelosos, dio la vuelta al colector de agua, después vio como el grupo de huéspedes se separaba en dos partes, dejando espacio para que él pudiera pasar. Su mente buscaba ágilmente. Todos le miraban con inquietud. En primer lugar observó el soporte de una lucerna<sup>23</sup> volcada, con las luces apagadas y el aceite juntado en varias manchas brillantes encima de un mosaico que representaba la lucha de unos pescadores con un monstruo marino. Después, en la sombra, distinguió un cuerpo acostado en el suelo, escondido detrás de un hombre viejo, agachado, que agarraba en la mano derecha una copa. Según las sandalias la persona que estaba en el suelo detrás del anciano parecía una mujer. Inmediatamente reconoció la estola beige con marco marrón. Enloquecido, se agachó y tiró del hombro al hombre que impedía su pie, tirándolo en una parte.

–¡Antonia! –Grito él.

Su mujer parecía dormida. Su rostro mostraba dolor y en la estola que llevaba encima había huellas de un vomito mezclado con sangre. La palla<sup>24</sup> que le cubría el pelo y los hombros estaba desabrochada y torcida de manera extraña. Una de las manos estaba entumecida, con forma de garra, con los dedos hacia arriba, y la otra la tenía encima de la barriga, como si intentara proteger su embarazo.

–¡Antonia! –Gritó él otra vez–. ¡Reacciona! –En su voz se sentía pánico. Agarró su cabeza y la sacudió, pero ella no daba ninguna señal de lucidez.

Se puso de rodillas y la levanto por la cadera, con la cabeza en sus brazos. Miró a la gente de su alrededor, pero no veía los rostros.

–¿Qué ha pasado?

Nadie dijo nada. Luego, el anfitrión, el senador Nepos habló:

–No sé lo que ha pasado, centurión, pero si su mujer no está muerta, debería de dejar al médico que interrumpiste que se encargue de ella.

Messara le escuchó y luego giró la cabeza y vio a ese hombre mirándole fijamente con temor.

---

<sup>23</sup>Lucerna – Utensilio de cerámica o bronce con una mecha que servía para alumbrar. Como combustible se utilizaba el aceite.

<sup>24</sup>Palla – Chal que se colocaba sobre las prendas exteriores, como la estola; utilizado por mujeres en el Imperio Romano.

-No sé exactamente qué le sucede a la señora, señor. - Él tartamudeó-. Es posible que no siga con vida.

Messara le miro desconcentrado, confuso, luego, cuando comprendió el significado de las palabras del médico, la fuerza de su mirada se intensificó y le gritó con voz ronca:

-¿Qué demonios dices? No puede estar muerta.

De repente sacó el pugio<sup>25</sup> con lámina ancha de la cintura y lo acercó a los labios de su mujer. Un silencio de entierro reinaba en todo el atrio y cuando un esclavo que se ocupaba con la limpieza tiró una copa al suelo, toda la sala se giró hacia él con desagrado.

Con los cuellos extendidos y los ojos agrandados miraban con interés la escena que ocurría a sus pies.

Después de varios segundos de tensión, en la hoja de metal se posó un leve vapor y todos los presentes respiraron aliviados.

Messara, ligeramente emocionado, se giró hacia el doctor:

-¡Vive! Haz algo para que se recupere.

El médico, asustado, rechazó vehementemente con la cabeza.

-¡Esperad! -Dijo la Augusta Matidia-. Mi médico es el mejor de Roma. Está en la cocina, llamadle.

Dos minutos más tarde, un hombre completamente calvo, serio y distinguido, vestido con una capa cara, pero que indicaba que era médico, apareció de la multitud. En la mano derecha agarraba una cajita que colocó en el suelo. Se inclinó, miró el rostro de la enferma, luego pilló delicadamente la carótida<sup>26</sup> entre el pulgar y el índice de la mano izquierda unos instantes.

El centurión la dejó en el suelo y vio al doctor como abría la cajita, sacó un cuenco de arcilla y le quitó la tapa, luego lo acercó despacio a la nariz de la mujer. Un olor fuerte y acre se dispersó a su alrededor y los huéspedes se taparon con las manos, la boca y la nariz.

Poco a poco las mejillas de la enferma cogieron un poco de color, luego movió la cabeza de un lado a otro. Los glóbulos oculares empezaron a moverse de forma caótica debajo de los párpados y luego abrió los ojos y la boca, gimiendo.

El médico posó la mano en la barriga y la acarició. Ella empezó a temblar y toser levemente, luego la tos se volvió violenta y el temblor se transformó en espasmos.

Messara agarró las manos de ella mientras el médico le limpiaba la frente con un trozo de tela de algodón.

Después de algunos instantes la enferma se tranquilizó.

-Llevala a una habitación y dejadla con el médico. -Dijo el anfitrión-. La fiesta continúa.

-¿Qué opina el médico? -Preguntó la Augusta.

-Si me permitís -dijo el médico- el estado de la señora es muy grave. No sé exactamente qué le pasa, parece ser que ha comido o

---

<sup>25</sup>Pugio - Era un puñal utilizado por los soldados del Imperio Romano. La longitud se aproximaba a los 25 cm y medía 5 cm de ancho.

<sup>26</sup>Carótida - Cada una de las arterias principales situadas en el cuello.

bebido algo que le ha sentado muy mal. Puede morir, ella o el bebé. O los dos. Necesita urgentemente atención y reposo en la cama, el máximo tiempo posible. Yo recomiendo que sea llevada ahora directamente a casa y que sea supervisada con rigor. Voy a apuntar una lista con las hierbas que podrá necesitar.

La Augusta Matidia habló en silencio con otras señoras y luego dijo:

–Subidla en su litera<sup>27</sup> junto a mi médico a su lado, para que sea supervisada todo el camino y llevadla a casa.

Detrás se oyeron algunas voces.

–¿Qué sucede? –Preguntó ella.

–La litera es pequeña, solamente tiene una silla. –Dijo alguien.

–Entonces que se lleve mi litera. Sentadla acostada y con el médico a su lado. Éste joven centurión con un grupo de pretorianos serán los guardias del convoy.

–Si me permitís, señora. –Dijo el tribuno Decrio–. El centurión Messara tiene como misión la protección de su persona. Podría remplazarlo, como guardia, con un optio de la centuria de fuera.

–Es su marido. Creo que es más apropiado que él la acompañe. Y cuando lleguen ya se podrá quedar con ella.

–Por supuesto señora, según ordene.

Decrio inclinó la cabeza con respeto, se giró y le lanzó una mirada llena de desprecio a Messara, mal disimulada.

En las baldosas de piedra de la calle resonaba el choque de los clavos que guarnecían las suelas del calzado militar. Como un eco ahogado se oían los pies restregados de los esclavos que cargaban la litera.

Una jauría de perros cruzaba la calle por delante del grupo. Uno de los esclavos portadores de antorcha que iban por delante golpeó con el pie en las costillas de un perro callejero esquelético. Este cayó por la fuerza del impacto, luego se levantó gimiendo y se alejó dando saltitos incoherentes, uniéndose otra vez a la jauría y al bullicio que hacían.

El médico apartó una esquina de cortina y de la oscuridad de la litera hizo una señal con la mano hacia Messara y susurró:

–Señor centurión.

Messara se giró hacia él mientras seguía caminando.

–¿Se ha recuperado?

Con la mano izquierda apartó la cortina y con el rostro lleno de preocupación miró hacia dentro. En la penumbra, con la cabeza apoyada en el alto cojín, su mujer le miraba.

–Crucifica al indigno que golpeó a aquel perro, Cayo. –Dijo ella y le mostró una sonrisa forzada.

Messara también le sonrió, pero lleno de intranquilidad. Extendió la mano y acarició su frente ardiente y vio como la mano de ella buscaba la suya y se la agarró de forma protectora.

–Me has espantado horriblemente, Antonia.

---

<sup>27</sup>Litera (Palanquín) – Asiento o cama portable cubierta, cargada por esclavos en el Imperio Romano.

Messara levantó la cabeza y captó la mirada del doctor avisando que debería dejarla descansar.

De frente venía un destacamento<sup>28</sup> de treinta pretorianos<sup>29</sup> cabalgando en dos filas. Al ver la litera con el emblema de la casa imperial, pasaron a una sola fila y pararon. A orden de un oficial presentaron los honores. Messara reconoció al decurión<sup>30</sup> Valens y le respondió al saludo. Después de que los pretorianos a caballo desaparecieran en la noche y el eco de las herraduras sonara cada vez más débil, aumentaron la velocidad en la cadencia militar y las correas de cuero ornamentales del cinturón resonaban al chocarse una contra la otra.

Messara vio la figura del doctor y colocó un dedo sobre los labios de Antonia.

–Descansa, pronto llegaremos.

–Quiero decirte algo.

Debajo del fino edredón Messara pudo apreciar como el pecho de ella daba brincos, luego puso su cabeza hacia atrás y volvió a vomitar. El doctor se acercó rápidamente con un trapo.

Las convulsiones se intensificaron y Messara apoyó todo su peso en su mano izquierda intentando mantener la cabeza de ella alta para que no se ahogue. Las correas crujieron y los esclavos gimieron del esfuerzo.

–Parad. –Gritó Messara.

Un esclavo iluminó con una antorcha y el doctor, sudoroso, se agitó intentando parecer útil.

Después de que la conmoción hubiera pasado y los espasmos disminuyeran, el convoy continuó su camino.

Atravesaron una calle pequeña llena de basura, luego pasaron la esquina y entraron en la calle del Antiguo Molino. Antonia empezó a toser ligeramente y Messara aceleró el ritmo de las zancadas. Los esclavos aumentaron la cadencia también, jadeando. Superaron el grupo de estatuas de delante del teatro Marcelo<sup>31</sup> y la calle se estrechó. Un edificio público construido en tiempo de Vespasiano<sup>32</sup>, rodeado de muros altos, estrechaba mucho el camino hasta el final. Con al menos cincuenta pies antes de entrar en la calle de los Almacenes, una

---

<sup>28</sup>Destacamento militar – Fracción de tropa militar, más o menos numerosa.

<sup>29</sup>Pretoriano – La Guardia Pretoriana fue una unidad militar formada por cohortes de legionarios de élite llamados pretorianos. El motivo de la creación de la Guardia Pretoriana fue la protección del emperador y de la familia imperial. En el Imperio Romano, la Guardia Pretoriana tuvo casi siempre a dos prefectos al mando.

<sup>30</sup>Decurión – Comandaba un grupo de 30 jinetes en el Imperio Romano.

<sup>31</sup>Teatro Marcelo – (Lat. Marcellus) Es un teatro edificado en la Antigua Roma. Promovido por Julio César y acabado por Augusto entre los años 13 a.C. y 11 a.C. Éste último se lo dedicó a su sobrino Marco Claudio Marcelo, muerto prematuramente.

<sup>32</sup>Vespasiano – Tito Flavio Sabino Vespasiano (lat. Titus Flavius Vespasianus) vivió entre los años 9 d.C. – 79 d.C. Fue un emperador romano que gobernó desde el año 69 d.C. hasta su muerte.

sucesión de carruajes cargados con piedras estaban parados. La escolta de la litera se detuvo. Messara a se abrió paso entre sus propios hombres y llegó al lado de los portadores de antorchas.

-¿Qué ha pasado?

-Creo que trabajan para el arreglo del camino, señor. No lo sabemos exactamente. -Dijo uno de ellos.

-Tú, ven conmigo. -Dijo Messara, señalándolo con el dedo.

Pasaron por al lado de tres carrozas cargadas con piedras, en cada una de ellas había dos bueyes parados. La cuarta carroza, que era en realidad la primera del convoy, estaba puesta en diagonal, bloqueando el camino. Seis o siete esclavos públicos lo rodeaban.

-¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué estáis bloqueando el camino? -gritó Messara.

A la vista del uniforme de centurión pretoriano los hombres pararon asustados.

-¿Quién es el jefe aquí? -continuó el pretoriano decidido.

-Yo, señor. Mi nombre es Rabo. -Respondió el hombre con una voz alterada por el miedo.

-¿Qué demonios haces con esas carrozas?

-Soy el jefe de obras nocturno de la zona del teatro Marcelo, señor. Ha habido un accidente, esta carroza está a punto de volcarse, una de las ruedas ha entrado en un agujero del camino.

Messara quitó la antorcha de la mano del liberto y se agachó para evaluar la situación. Vio la rueda rota y luego la madera que había entrado en un agujero entre dos piedras.

-Tenéis que liberar el camino ahora mismo.

-En media hora la carroza estará descargada, señor.

-Quiero que liberéis el camino ¡ahora! Hay una persona enferma en la litera. Simplemente apartadlo para que podamos pasar.

-Sí señor. -Respondió el hombre asustado.

Al mismo tiempo, el convoy con la litera pasó con dificultad por al lado de las otras tres carrozas y ahora estaba delante.

Messara apartó un trozo de tela y vio a Antonia algo recuperada y como el médico la forzaba a beber algo de un recipiente mientras ella hacía una mueca.

El administrador de la obra colocó dos esclavos públicos con un palo grueso pegado debajo de la rueda rota, apoyado en un pedrejón para hacer palanca y los demás esclavos que estaban alrededor de la carreta empujaron. Él se posó cerca de las cabezas de los bueyes y puso su mano izquierda sobre el yugo y con la derecha giro un látigo largo hecho de filamentos de cuero trenzados, endurecido en el extremo con bolas de plomo, gritando:

-¡Adelante! -El látigo hizo una vuelta en el aire y luego impactó en la parte trasera de los bueyes con un retumbo seco, el plomo mordiendo profundamente de la piel y la carne.

Los bueyes se forzaron arduamente. Los esclavos apretaron los dientes por causa del esfuerzo y la carreta rechinó por todas partes, pero no se movió.

Messara miró hacia sus hombres.

–Todo el mundo pone el hombro. –Él mismo, colocado detrás de la carreta, empezó a empujar. Pretorianos y esclavos, mezclados alrededor de una carreta llena de piedras pesadas, en una luz anémica y llena de sombras causadas por las antorchas.

–¡Ahoraaaa, adelante! –Gritó el administrador y golpeó con el látigo las espaldas de los bueyes. Éstos mugieron y se esforzaron duramente. Uno de ellos cayó de rodillas y el administrador siguió pegándole. El buey, asustado, con los ojos tan grandes como un puño de mujer, mugía y se esforzaba con la lengua fuera. La carreta retumbó y rechinó de todas partes como si se rompiera en pedazos, pero no se movió. Messara se acercó a la litera y miró hacia adentro.

El doctor arreglaba la colcha sobre la enferma cuando vio al centurión, estiro el cuello y susurró:

–Le di una poción tranquilizante, señor. Espero que duerma. En su estado, las sacudidas del camino ponen su salud en peligro. Y la salud del niño de su vientre, por supuesto. Lo más indicado es llegar a casa de inmediato, cada momento es importante para sus vidas.

Messara dejó ir la esquina de la cortina, se enderezó de espalda y miró preocupado a sus alrededores. A la izquierda, el enorme edificio del teatro Marcelo, a la derecha, el edificio administrativo de Vespasiano, rodeado de muros altos. A continuación, las olas negras del Tiber<sup>33</sup>.

En la luz de las antorchas, la gente sudada se esforzaba en vano. Si regresaban, tenían que rodear y perdían tiempo precioso. El administrador golpeaba sin cesar con el látigo en las espaldas de los bueyes que mugían y gritaba órdenes de esfuerzo en grupo.

–¡Parad! –Gritó el centurión.

La gente paró. En la luz débil de las antorchas, las caras empapadas de sudor se volvieron hacia él.

–Vamos a pasar la litera sobre la carreta cargada. Que el médico baje. –En el espacio estrecho entre los muros del teatro y las carretas con piedra, los esclavos y pretorianos se dividieron. Al unísono, la litera fue levantada y empujada hacia delante. Los esclavos de la derecha tenían menos espacio y estaban más aglomerados. La litera se inclinó peligrosamente en una esquina.

–¡Atención! Se volcará. –Gritaba el centurión.

La gente se forzó y la litera fue agarrada por otras manos extendidas, y luego con cuidado fue pasado por el espacio estrecho más allá de la carreta.

El doctor fue el primero que pasó al otro lado, y cuando la litera fue dejada en el suelo, él miró inmediatamente adentro para ver cómo estaba la enferma. Estaba estirada y no se movía, el médico esforzó un poco más la vista y se retiró.

–Se tranquilizó, señor centurión. La medicación le hizo bien.

Messara saltó de la montaña de piedras que contenía la carroza y susurró:

---

<sup>33</sup>Tíber – (Lat. Tiberis) El río Tíber es el tercer río más largo de Italia con una longitud de 405 km. En su recorrido también pasa por Roma. Actualmente se llama Tevere.

–Partimos con tranquilidad.

El convoy reanudó la marcha en silencio. Salieron de la calle de los Almacenes y el centurión, caminando, apartó la esquina de la cortina y miró hacia dentro. Se sentía intranquilo, había una sensación que no podía definir. Estiró el brazo y apretó la mano de ella entre la suya. En la mano no había signos de vigor, él, preocupado, se giró hacia el médico que venía detrás suyo.

–Sube a la litera. ¿Crees que se encuentra bien?

Los esclavos pararon y el centurión desabrochó la correa de abajo de la barbilla, apartó los protectores de las mejillas, se quitó el casco y lo puso bajo el brazo izquierdo, después pasó sus dedos por el pelo mojado de sudor. El doctor, dócil, subió a la litera ocupando su lugar, entonces se agachó inspeccionando a la enferma.

–Señor centurión –gritó él– algo no está bien. Luz, quiero más luz.

Dos siervos levantaron las cortinas y los portadores de antorchas iluminaron el interior.

Messara se dobló y observó a su esposa. Estaba inmóvil, cubierta con un edredón grande que la cubría hasta el cuello. Tenía la barbilla levantada de forma desafiante y miraba el techo de la litera. Los grandes ojos no parpadeaban y la mirada estaba fija. Él le colocó la mano en la frente y lleno de preocupación le sacudió la cabeza.

–Antonia. –Vociferó. Se giró hacia el médico– ¿Qué la has hecho beber?

Alarmado el médico empezó a temblar.

–Una poción<sup>34</sup>, señor, algunas hierbas tranquilizantes.

Messara contempló los ojos agrandados y fijos de nuevo.

–¿Qué le has hecho a mi mujer? ¡La has matado! Antonia, despierta. –Gritó otra vez, y en el colmo de la furia se volteó y con el casco de debajo del brazo golpeó al doctor en la cara. El impacto fue duro, la esquina del soporte transversal del casco de centurión le quebró el hueso de la cara, extrayéndole el ojo en el momento. De la fuerza del golpe el médico se echó para atrás, los talones se inmovilizaron en un borde de empedrado, y el cuerpo continuó cayendo. A dos codos<sup>35</sup> del suelo su cabeza chocó contra el muro de travertinos<sup>36</sup> del edificio de atrás. Su cráneo crepitó con ruido, y el cuello se fracturó entre la segunda y la tercera vértebra. Cuando el cuerpo del médico alcanzó el suelo ya estaba muerto.

Los pretorianos y esclavos observaban la escena en silencio, paralizados.

Messara miró unos momentos al doctor, y se giró hacia la litera. Estaba cegado de dolor, arroyos de sudor cubrían su cara, y en la sien izquierda una vena azulada empezó a inflarse.

---

<sup>34</sup>Poción – Medicamento en forma líquida que se bebe.

<sup>35</sup>Codo – (Lat. Cubitus). El codo es una unidad de medida de la distancia equivalente a 0,44 m utilizada en el Imperio Romano.

<sup>36</sup>Travertino – Roca sedimentaria que es utilizada como piedra en la construcción.

–Antonia, por favor, ¡di algo! –Volvió a sacudirla y, entonces, entre los pliegues de la manta que la cubría, le pareció ver algo.

Llevó la mano hacia el pecho y bajo uno de los pliegues apareció el extremo de un palo fino con plumas. Con un movimiento preciso apartó la manta fina de color púrpura con hilo de oro y la tiró al suelo.

La flecha había penetrado de forma oblicua por debajo del seno izquierdo. Había atravesado el corazón provocando una muerte instantánea. Del pequeño agujero fluía un hilo de sangre, que formaba un camino hacia abajo y terminaba impregnando el colchón. Levantó la mirada y analizó la cortina, pero no vio ningún orificio hecho por la flecha.

Messara lo absorbió todo con una mirada. Al borde de la locura se sentó junto a ella y la abrazó, sintiendo la sangre pegajosa empapar sus manos.

Poco después de medianoche una patrulla de vigiles de la Cohorte Urbana<sup>37</sup>, rondando por su ruta, que también incluía la calle de los Almacenes, encontraron la litera con signos imperiales. El oficial, un optio ambicioso, observó los cadáveres y arrestó a todos, después aisló la zona con agentes. Un mensajero marchó a caballo a avisar a los oficiales superiores y servicios secretos.

\* \* \*

Mientras subía la cuesta oyó pasos en cadencia. En la primera esquina de la calle se paró al lado de una cabeza de Medusa<sup>38</sup> tallada en un bloque de mármol y dejó pasar por delante de él una centuria de pretorianos que se dirigían hacia el Curia<sup>39</sup>. El hombre cruzó la calle y saltó la muralla de un jardín, luego empezó a bajar al lado de una fila de troncos de vid hasta que dio con una valla de ramillas entretejidas. Avanzó al largo de la valla quince pies hasta llegar a un sitio donde las ramillas estaban apartadas a la izquierda y derecha, dejando paso a una persona delgada. Se agachó y con delicadez pasó por al otro lado en un pequeño campo de zarzas. Conocía el sitio y se protegía con agilidad de las ramas con espinas para que no se engancharan en la túnica. En el último arbusto se agachó y apartó algunas ramillas, luego sacó con cuidado un arco y un carcaj con flechas de debajo de unas ramas rotas con hojas secas.

Se enderezó la espalda y miró la pared lateral del domus<sup>40</sup> que había delante. El edificio se situaba algunos pies más atrás de la línea de la calle, dejando un espacio durante el verano para una terraza con

---

<sup>37</sup>Cohorte Urbana – Unidades de élite creadas por Augusto y utilizadas en Roma para proteger a los ciudadanos de las infracciones.

<sup>38</sup>Medusa – En la mitología griega era una de las tres Gorgonas. Su cabello estaba formado por serpientes y su mirada convertía en piedra a los mundanos. Fue asesinada por Perseo.

<sup>39</sup>Curia – Era el lugar donde se reunía el Senado.

<sup>40</sup>Domus – Era la palabra latina que hacía referencia a la casa romana de un cierto nivel económico.

mesas. El jardín silvestre estaba protegido del caos de la calle por una muralla alta de siete codos, que seguía hasta delante de la entrada. Allí hacía una esquina de noventa grados, donde había un agujero de seis pies justo antes de que tocara perpendicularmente la pared de la villa. Una fuente de luz rojiza se abría pie en el jardín por el agujero. El sol se ponía. Se paró lateralmente hasta una distancia de máximo ochenta pies en un rincón sombrío. Un día antes había limpiado la mala hierba y aplastado la tierra en un círculo con un área de tres pies.

Se puso de rodillas, como en un ritual y colocó el arco en la parte izquierda, a su lado, ajustándolo correctamente, con la cuerda tocando la rodilla, después sacó con atención dos flechas del carcaj. Cogió una por una y revisó el largo, la ligereza y el plumaje. Con la mano derecha cogió cada una de ellas y se pasó la punta afilada por encima del índice de la mano izquierda para ver si notaba defectos. Eran perfectas. Colocó las flechas en la tierra delante de él, orientadas hacia delante a una distancia de un palmo<sup>41</sup> una de la otra.

Muy pronto la víctima iba a salir de la casa junto a su familia y a los esclavos para ir al Fórum. Estaba seguro de ello porque había seguido su horario durante once días. Siempre cumplía sus misiones teniendo en cuenta unas observaciones personales muy precisas.

Una ola de ruidos llegó, proveniente de la villa de delante de él; y él supuso que se habían abierto las puertas y saldrían a la calle. Cogió el arco con la mano izquierda, y con la mano derecha pellizcó la cuerda flexionándola los dedos. Luego cogió una flecha del suelo, la colocó correctamente en el arco, quedándose en posición de tiro. Dos esclavos salieron primero y se colocaron a la izquierda y a la derecha de la entrada, bloqueando un poco la visibilidad que le daba el agujero de la muralla. Salió una liberta<sup>42</sup> mayor de edad con un niño de la mano, luego una patriciana gordita y por un segundo el asesino se quedó quieto.

De la puerta apareció corriendo una niña de unos seis años, con la risa parecida al sonar de las campanas. Se arqueó en la punta de la pierna derecha en el primer escalón. La pierna izquierda la estiro delante e hizo un salto levantando la manos hacia arriba con elegancia como en el vuelo de un pájaro, flotando. La estola se levanto desvelándole los tobillos pequeños y delicados. El hombre parpadeó y el tiempo se frenó para él, igual que la nata espesa derramada encima de una mesa. Estimó y analizó en la mente el movimiento completo de su objetivo y los dedos soltaron la flecha que despegó vibrando. Cuando la punta de la sandalia tocó la piedra del pavimento, la flecha penetró por la abertura de la estola, por debajo de la axila hasta el corazón, matando instantáneamente a la niña. La fuerza brutal del impacto la tiró a un lado de la calle, sobre las piedras.

---

<sup>41</sup>Palmo – (Lat. *Palmus*). Unidad de medida de longitud utilizada en el Imperio Romano. Se medía con el ancho de la palma de la mano, lo equivalente a cuatro dedos o 7,4 cm.

<sup>42</sup>Liberto – Un esclavo al que se le ha concedido la libertad en el Imperio Romano.

Con el arco en la mano, el asesino se levantó con un salto y echó a correr por donde había venido. Cuando oyó el primer grito de mujer él pasaba por la valla de ramitas entretreídas.

\* \* \*

La bodega vieja, abovedada, tenía una sala antigua, desde hace más de trescientos años. Las paredes fueron trabajadas con piedra del río. La casa de encima, con el paso del tiempo había sufrido muchas modificaciones y alteraciones antes de ser propiedad de la familia imperial.

Entre los intervalos de barriles había algunas mesas, sofás y sillas de formas y tamaños distintos. La bóveda arqueada estaba sostenida por algunos pilares ahumados, en los cuales habían fijado soportes con aceite o antorchas.

El señor Aurelio, sentado en una silla de piel de caballo, se agachó y cogió de la cuadrícula de hierro abrasadora una estaca con una manzana cocida. La palpó para no quemarse, después, con una sonrisa burlona mordió un pequeño trozo. Masticó con precaución y puso los ojos en blanco de placer. Qué delicia. Dos golpes en la puerta le interrumpieron el manjar. Irritado y cansado del trabajo, gritó un “entra” entre regañadientes.

Había trabajado toda la tarde con un agente doble, descubierto y comprobado. El idiota se había dejado atrapar por una correspondencia peligrosa. La puerta se abrió y un liberto con barba entró. En las manos tenía algunos papiros.

–Señor, si me permite, tenemos a un visitante.

–¿Quién es?

–Messara, centurión en la Guardia Pretoriana.

–Sé de quién se trata. –Le cortó Aurelio–. ¿Ha hecho alguna declaración?

–No, no ha dicho nada.

–¿Nada de nada?

–Nuestros hombres insistieron, pero él sigue con la suya.

–Tenemos un terco.

–Eso parece, señor.

–De acuerdo, pon los documentos encima del soporte que tienes a tu lado y trae al prisionero. –Se inclinó hacia adelante y buscó con la mirada un lugar en la mesa sobrecargada para dejar su manzana. Volvió a mirar al agente doble, aguantado en una mesa por cuerdas mientras dos torturadores sólidos con chalecos de cuero de buey manchadas de sangre le torturaban. Hizo un gesto con la mano.

–Llévadle de aquí–. Uno de los dos, con una voluminosa barriga, empezó a empujar de forma ruidosa la mesa entre los barriles. El otro, con la cabeza rapada y un tatuaje en la parte derecha del cuello recogió los utensilios y le siguió.

Después de unos cuantos minutos la puerta se abrió y Messara fue forzado a cruzar el umbral, lo que hizo que las cadenas de las manos y los pies tintinearan. El liberto tiró con brutalidad de la cadena

y la fijó con una abrazadera<sup>43</sup> en un gancho clavado en la parte superior de un pilar de piedra. Una antorcha colocada a la misma altura en otro pilar hacía que una luz amarillenta cayera sobre él.

El señor Aurelio estudió las grandes ojeras y la cara sin afeitar y con aspecto enfermizo del centurión. No quiere seguir viviendo sin ella, pensó él. Estiró la mano y cogió la estaca con la manzana cocida para continuar su cena. Apático, Messara colgaba en las cadenas.

–En aquel soporte de al lado de la puerta hay una pila de documentos que te incriminan. –Dijo con la boca llena de pasta de manzana–. Entiendo que te obceques a no decir nada. Los que pasan algunos días en mi sector se vuelven habladores. Esas son las declaraciones de los pretorianos que te acompañaban y ahora están bajo arresto en Castra Pretoriana<sup>44</sup>; a su lado también están las declaraciones del liberto y los siervos públicos, que estuvieron presentes en el atentado y murieron mientras les interrogaban. Las cosas parecen simples, pero son complicadas. De los otros informes sé que la mujer Metelli estaba con vida cuando os estabais alejando de la carroza cargada con piedra. El médico la miró y dijo que se había tranquilizado después de beber la poción. Así que del momento de pasar por encima del carro con piedra hasta que supisteis que estaba muerta habíais recorrido cerca de cincuenta y ocho pasos. Treinta y dos de la carroza hasta la intersección y veintiséis hasta la calle de los Almacenes. El atentado se ha tenido que producir en este interval. Podría haber sido un jinete en una de las barcazas que circula por el río Tíber. Veintiún pasos habéis ido paralelamente a la orilla. –Hizo una pausa y le sonrió con simpatía al centurión–. Hay dos cosas que te favorecen, de las cuales hay una para mí que es muy personal. Voy a empezar con la otra. En el momento en el cual fuiste arrestado se abrió una investigación sobre el atentado con el convoy imperial. La gravedad del asunto ha abierto discusiones sobre la seguridad hasta el senado. Sabes que desde la muerte y deificación de su madre, Ulpia Marciana, la hermana del emperador Trajano, la Augusta Salonina Matidia es la persona que más atención solicita aquí, en Roma. Ha habido presiones. He sido nombrado entre los encargados para la indagación. Probablemente no sepas quién soy, así que me presentaré. Mi nombre es Aurelio, soy de rango ecuestre, ennoblecido por el emperador Nerva. Desde hace más de treinta años trabajo para los servicios secretos del imperio y hace tiempo que también me ocupo de algunos trabajos especiales.

–No vi a ningún jinete cerca del convoy, ni tampoco hubo barcas en el río que atrajeran mi atención. Haz lo que debas para que esto acabe cuanto antes. –Dijo Messara mirando las manchas oscuras de sangre.

Aurelio se agitó en la silla colocándose, irritado por la actitud del prisionero. Le volvía a doler la espalda.

---

<sup>43</sup>Abrazadera – Pieza metálica en forma de U que ayuda a combinar dos componentes.

<sup>44</sup>Castra Pretoriana – Campamento de la Guardia Pretoriana situado en Roma durante el Imperio Romano.

–Volveré a lo que nos interesa. Esa noche estaba inspeccionando el lugar del atentado cuando uno de mis hombres, por pura curiosidad, arrancó la flecha del pecho de tu mujer y me la enseñó. La flecha no era una común. Tenía la punta de piedra. Intrigado la llevé conmigo, porque a día de hoy, ¿quién demonios sigue usando flechas con punta de piedra? Nadie. Pasaron varios días y la pila de declaraciones había aumentado, pero no habíamos avanzado. Hasta que fue asesinada una niña de seis años. La nieta del senador Publio Celso<sup>45</sup>. Un amigo cercano del emperador. Sabes cómo fue asesinada la niña, señor centurión? –Messara prestaba atención a las palabras del viejo–. Exactamente, con una flecha. Pedí inmediatamente ver el cadáver. Mandé que lo desmembraran y sacaran la punta de la flecha. Era de piedra, tallado de la misma manera. Un arquero asesino que por algún motivo utiliza flechas con punta de piedra está cazando por las calles de Roma. –Suspiró–. ¿Te das cuenta que el segundo asesinato levantó de sus hombros el peso de la acusación de complicidad?

–Mi mujer ha sido asesinada. –Susurró Messara.

–Así que sabes hablar. –Dijo el anciano con voz tranquila–. Significa que he captado tu atención. ¿Puedes contarme si los días antes del atentado has visto u oído algo que se podría haber interpretado como diferente o extraño, algo fuera de la rutina de siempre?

El centurión levantó la vista y le lanzó una mirada perdida al viejo delgado de espalda encorvada.

–¿Dónde, en mi casa? –Preguntó frunciendo el ceño.

–No, joven. En Castra Pretoria, en el Palacio Imperial o en cualquier lugar donde hayas estado de servicio. –Messara pensó y sacudió su cabeza.

–Nada.

–Cuéntame sobre aquella noche.

–Acompañé a la augusta Matidia, sobrina del emperador, al palacio del senador Nepos el Viejo, a un banquete. Éramos cuatro oficiales: el centurión Faber, dos optios<sup>46</sup>, Severo y Corbulo, y yo. Tenía bajo mi poder la mitad de una centuria de pretorianos.

–Detalladamente.

–Los cuarenta pretorianos, al mando de los dos optio, rodearon el palacio. Faber y yo asegurábamos la seguridad de la entrada al atrio de forma discreta. Más tarde llegó el tribuno Decrio, nuestro comandante.

–¿El banquete fue algo especial?

–Mientras estuve allí me pareció ordinario. Gladiadores, teatro, política e impresiones.

–¿Qué tipo de política?

---

<sup>45</sup>Publio Celso – (Lat. Lucius Publius Celso) Senador y cónsul en el Imperio Romano durante el reinado del emperador Trajano.

<sup>46</sup>Optio – En el ejército romano el optio era un oficial que se encargaba de proporcionar toda la ayuda auxiliar al centurión de cada centuria. En el caso de la caballería era el ayudante del decurión. En el ejército moderno sería el equivalente a un sargento.

–Haterio Nepos fue procurador<sup>47</sup> de la Armenia Mayor<sup>48</sup>, hasta la retirada de las legiones romanas, y la mayoría de las discusiones estaban relacionadas con el Cuartel General de Antioquía, los ataques de los partos detrás del frente y los viajes por mar hacia Roma.

–¿Dijo Nepos si se iba a ocupar de la magistratura este año?

–Por lo que he entendido, hará algunos arreglos con las escuelas de gladiadores para las festividades de Saturnalias.

–¿Qué te pareció la Augusta Matidia durante el banquete? – Preguntó el señor Aurelio.

Messara intentó comprender qué rumbo estaba tomando la conversación.

–Como siempre: espiritual, emocionada y poderosa. Al menos en la lucha de los gladiadores. Y por supuesto, generosa. –Dijo recordando en cómo le prestó su ayuda.

–Indudablemente. –El señor Aurelio se dio prisa por respaldar–. Tu esposa también estaba allí, ¿no afectó eso de alguna manera tu trabajo?

–No, señor. Ha sucedido muchas veces que yo, estando de guardia, me encontrara a mi mujer en banquetes, ya que venía acompañada de su padre, el senador Metelo.

–Entiendo. ¿Qué reacción has tenido cuando la viste desmayada en el atrio de Nepos?

–Me asusté. No sabía lo que estaba pasando, creí que había comido algo en mal estado.

–¿Pasó por tu cabeza el hecho de que alguien la haya intentado envenenar?

*Claro que eso pensé.*

–No señor, cómo creer eso. –Dijo en voz alta.

El señor Aurelio le examinó con su cara de abuelo simpático. Vuelve a mentir, pensó él.

–Intenta recordar, señor centurión, si en aquel atrio se encontraban personas que de alguna manera negativa llamaron tu atención. –Messara le miró fijamente a los ojos y se adentró en él. *No me gusta el tribuno Decrio, ni la siciliana. Tampoco me gusta Nepos el Viejo. No puedo soportar a la señora Erucia.*

–No sé decirle, tal vez la señora Erucia me es un poco antipática.

–¿La señora Erucia? –Los ojos del anciano brillaron.

–¿La conoce?

–Vagamente. Explícame qué sensación te provoca.

Messara bajó la mirada y recordó el día cuando, estando de guardia en el palacio imperial y supervisando a unos ingenieros constructores que hacían reparaciones en las termas privados de la familia imperial, apareció una mujer, de repente, que no había visto

---

<sup>47</sup>Procurador – Era un magistrado en el Imperio Romano que tenía un cargo relacionado con la administración financiera. Entre los siglos I y III un Procurador *Augusti* podía tener el poder y el cargo de un gobernador de una provincia, teniendo a su disposición legiones.

<sup>48</sup>Armenia Mayor – Se convirtió en protectorado de la Roma Antigua en el año 66 a.C. bajo el mandato de Pompeyo. En el año 114 d.C. el emperador Trajano la anexó como provincia del Imperio Romano. En el año 118 d.C. el emperador Adriano retiró las tropas y la administración.

nunca. Parecía buscar a alguien o algo. No estaba sola, la acompañaban cuatro esclavas. Aparentaba tener cincuenta años. Era menuda, tenía una cara de muñeca y dos ojos juguetones de ratoncillo. Sonreía mucho, casi todo el tiempo. Parecía una chiquilla amistosa.

Sorprendentemente cuando les hablaba a las esclavas utilizaba un lenguaje vulgar, similar al de un cuidador de caballos, en el cual prevalecían las expresiones sexuales. Se acordó de su reacción cuando le vio: empujó los ojos e inclinó la cabeza sobre un hombro, mirándole con curiosidad. Rápidamente hizo unos pasos breves y concisos hacia adelante, pegándose a su vientre. Levantó la barbilla mirándole fijamente. Sus ojos brillaban húmedamente, con magnetismo y sus labios, de un rojo brillante, formaban un corazón, de manera suplicante. Él, por un momento estuvo desorientado, porque no le permitía a nadie invadirle el espacio privado, pero su comportamiento extraño le puso en una posición delicada. Sintió como si le quitara el aire. Inspiró profundamente por encima de su cabeza, como si quisiera romper el hechizo y consiguió recuperar el control.

-¿Señora? -Preguntó él, cortés, mirándola respetuosamente de arriba a abajo.

Vio patas de gallo muy marcadas debajo de los ojos, escondidas bajo de una capa gruesa de maquillaje. También observó que la piel del cuello hacia pliegues, tanto como el pañuelo de seda dejaba entrever. Aproximó que tenía al menos diez años más de lo que había pensado inicialmente.

-¿Qué pasa aquí, centurión? -Preguntó ella con voz melosa.

El peinado complicado, las esclavas que la acompañaban, la estola cara y las joyas valiosas la recomendaban siendo de clase alta. Un perfume de flores de lila subió hacia él desde su pecho.

-Cosas administrativas, señora. Hasta la tarde deberían estar listas.

-¿Qué tipo de cosas administrativas, semental? -Preguntó sonriendo dulcemente. A él no le gustó la palabra que había utilizado para dirigirse a él e indicó con la barbilla por encima de ella-

-Hay un problema con el baño privado de la Augusta. Se ha rajado una tubería.

-¿Ah, sí? Yo también tengo una rajita. -Dijo ella sin dejar de sonreír. La palabra raja, al igual que la palabra semental, utilizadas anteriormente, eran insinuanes y eso a Messara le causó un malestar general. No le respondió y ella lo tomó como una posible aceptación o un principio de acuerdo. Seguía sonriendo y, de repente, el militar se dio cuenta de que no era sonrisa, sino un rictus.

Podría haber sido una enfermedad como lo son ciertas formas de parálisis, o podría haber sido obtenido artificialmente a través de un entrenamiento continuo a lo largo de los años. Esa sonrisa controlada junto con la intensidad de la mirada eran típicas para las personas entrenadas para convencer. Sólo unos actores muy buenos podrían hacerlo. O algunos políticos. Levantó la mirada y observó al señor Aurelio diciendo:

-Cuando conocí a la señora Erucia sentí que me encontraba delante de una zarza espinosa.

-¿Una zarza espinosa? Una interesante y poética comparación-. Dejó la estaca y el corazón de la manzana apoyado en la mesa y con un trozo de tela rotó sus labios, después limpió sus manos mientras miraba fijamente al prisionero. Estás loco, centurión, pensó él. Hizo sonar una campanilla.

Uno de sus hombres, el de la voluminosa barriga, apareció de entre las ánforas y columnas. El otro, con la cabeza rapada, en la oscuridad, apretó los dientes mientras miraba fijamente a Messara colgado en las cadenas. En la mano derecha sujetaba la cola de un hacha y entretanto con los dedos de la mano izquierda jugueteaba con el filo. El señor Aurelio habló con el ayudante:

-Libéralo y ayúdale a sentarse.

El hombre sudoroso con cara cafre sacó la abrazadera del gancho y tiró de la cadena liberándolo. Messara, agotado, se sentó en un sofá.

-Este es la punta de flecha sacada del cuerpo de su mujer-. El centurión estiró la mano encadenada y agarró la punta de flecha.

-Y esta es del segundo cadáver- le entregó la otra punta también. Messara miró alternadamente los dos. Los dos eran de pedernal tallado soberbiamente. Cada uno tenía una forma larga con la punta muy afilada y múltiples caras.

-Parecen tallados por el mismo tallista y del mismo pedernal, señor.

-Eso es, señor centurión. Hemos llegado a la misma conclusión.

Messara frotaba las puntas de flechas entre los dedos, después las levantó y las olió. Sentía olor a sangre rancia. La segunda, del cadáver de la niña, tenía un olor más penetrante.

-Es más reciente. -El señor Aurelio completó su pensamiento-. Habría otra cosa relacionada con este tema. Antes ¿quieres beber algo?

Messara asintió. El señor Aurelio le entregó un vaso de agua, esperó con paciencia que bebiera, luego colocó el vaso en la mesita.

-Existe un rumor -continuó el anciano- de que un asesino egipcio, por no sabemos qué motivo, mata a personas importantes en Roma. No sé cuanta verdad hay, ya que nadie le ha visto, solamente que nuestros agentes le buscan. Lo único que tenemos son las personas asesinadas, las puntas de flecha y algunas palabras en los muros.

Messara siguió mirándolas varios minutos, las colocó una al lado de otra en la misma mano y cerró el puño, pensando. Finalmente levantó la mirada y la fijó en el señor Aurelio, esperando que el anciano continuara.

-Te contaré el segundo motivo, por el cual, considero yo que estás favorecido. ¿Qué sabes de tu tío, Livio?

El centurión frunció el entrecejo inquisitivamente.

-¿Mi tío Livio? Murió cuando yo era pequeño. A mi padre no le gusta que le recordemos en casa. A lo mejor estaban peleados, nunca le pregunté y él tampoco parecía dispuesto a explicármelo. La casa en la que vive mi padre la heredó de él.

–El domus está a tres calles de distancia de los antiguos baños de Tiberio.

–¿Le conoció?

–¿Qué si le conocí, joven? –El anciano miró al suelo y suspiró un aire cargado de melancolía–. Por decirlo así, tu tío Livio fue la persona más importante para mí. –El centurión le miraba lleno de asombro–. Tu tío formó parte de los Servicios Secretos del Imperio. Su misión más importante fue ser el doble del emperador.

–¿Doble del emperador?

–Domiciano, cuando era emperador, estaba obsesionado con la idea de que alguien lo asesinaría, así que muchas veces utilizaba a una persona que iba en su lugar. Vestido y maquillado como él. Aquella persona que se parecía físicamente al emperador era tu tío.

–¿Mi tío iba vestido como el emperador? Increíble.

–Exactamente. Cuando nos conocimos justamente iba vestido así. En aquellos tiempos yo era ingenuo y fui atraído por la idea de venganza, de una conspiración. El plan era perfecto y el día escogido, engañé a los guardas y llegué a la ruta por donde iría el emperador. Le vi, le sorprendí y le clavé el cuchillo en el corazón. Chocado, me di cuenta que debajo de la túnica llevaba armadura. Volví a clavar y conseguí herirle en el hombro, pero él se defendió y me desarmó inmovilizándome. Después supe que no fue el emperador. Fui torturado y yo confesé quién me pagó. Los conspiradores fueron pillados, después, por no sé cuál motivo Livio insistió en anular mi ejecución. Me convirtió en agente imperial y me protegió. Lleno de gratitud le entregué todo mi amor y él me respondió de forma generosa. Aquella casa fue nuestro nido de amor.

Cayo Messara le miraba según su estado en aquel momento: atónito y apático.

–¿Si el emperador Domiciano<sup>49</sup> era tan preservador porqué se dejó asesinado?

El señor Aurelio se volvió bruscamente serio y mordió su labio inferior. Con los ojos empequeñecidos, después de una pausa le respondió:

–Buena pregunta señor centurión.

Su rostro se relajó y poco a poco miró a Messara con simpatía, continuando:

–Ésta es la causa por la que insistí que no fueras ejecutado, eres sobrino de Livio.

\* \* \*

La taberna se había vaciado. El tribuno Decrio contó algunas monedas y pagó. Había cenado solo y prefirió la compañía del vino, ya que había sido un día largo y fatigoso, lleno de eventos desagradables.

---

<sup>49</sup>Tito Flavio Domiciano – (Lat. Titus Flavius Domitianus) vivió entre los años 51 d.C. – 96 d.C. Fue un emperador romano del 81 d.C. hasta el 96 d.C.

Fue demasiado tarde cuando notó que un anciano flaco y cojo, con un rostro simpático, intentaba abordarle.

–Buenas noches, señor tribuno, perdone mi gesto inoportuno.

Decrio, flojo por el vino, le miró con el ceño fruncido intentando reconocerle.

–¿Qué deseas?

–Me llamo Aurelio y pertenezco al Servicio Secreto. –Hizo una pausa corta cuando notó la expresión del rostro del tribuno–. Tengo la ingrata misión de pertenecer al grupo que investiga el atentado contra la litera imperial. –Se sentó en una silla justo en frente del tribuno–. Tengo una primera pregunta: ¿Conocía bien al centurión Messara?

Decrio le miró sorprendido.

–El Servicio Secreto hizo un abuso. Arrestó a un grupo de pretorianos.

–Seguro, los ocho militares son unos testigos valiosos, por eso nos hemos visto obligados a aislarles para las investigaciones.

–Habéis arrestado a ocho pretorianos.

–Escuche, señor tribuno, no les hemos llevado a ningún sitio. Ellos están en la cárcel de Castra Romana. Se sienten como en casa.

–¿Dónde está el centurión Messara? Tengo el derecho a preguntar, sigue estando bajo mis órdenes.

–Eres demasiado insistente. –El anciano sonrió cansado–. El centurión está en investigaciones –continuó él– ya que el atentado se produjo estando Messara al mando, así que no te puedo decir dónde está. Pero yo te pido que me ayudes. Eres su jefe directo. ¿Qué tipo de persona es?

Un esclavo con una bandeja vacía debajo del brazo se acercó a la mesa inclinándose. El anciano le alejó con un gesto de mano.

El tribuno Decrio se puso nervioso. Messara al fin y al cabo metió la pata. Abrió la boca con esfuerzo, succionándose los dientes.

– Messara es un extraño.

–¿Extraño? –El anciano le dedicó una mirada de interés, invitándole a proseguir.

–Hablas con él, te mira con ojos ágiles y vivos y de repente el brillo desaparece. Ya no está contigo, ya no está ahí. Es decir físicamente está. –Se corrigió rápidamente–. Cuando tú le preguntas algo coge un aire perdido, como los locos, y ya no te contesta.

–A lo mejor por arrogancia.

–Pasó las pruebas para la Guardia Pretoriana antes de cumplir los dieciocho años. Estaba preparado, pero se veía de lejos que alguien de arriba le apoyaba. Aprendió el reglamento e hizo sus tareas. Hacía bien su trabajo, pero era un solitario. No podía integrarse en su grupo, en la centuria o cohorte. La gente no le veía como uno de ellos.

–No le entiendo, señor tribuno.

–Es decir, en una misión, la gente de su grupo no se fiaba de él como camarada de confianza que les protegía las espaldas. Pero confiaban en él como profesional que cumple con su misión y por eso le mostraron respeto. Poco a poco fue avanzando de grado hasta centurión.

-¿En todos estos años no ha cambiado?

-No, es decir, sí. Conoció a la hija del senador Metelo y se casaron.

-La mujer asesinada.

-Sí, la mujer asesinada. Han dejado entrever que ha habido amor por ambas partes. De alguna manera ella le cambió y le hizo más sociable.

-Creo que está de acuerdo conmigo de que es un hombre muy apuesto.

El tribuno se quedó pensativo.

-Es apuesto. Llama la atención vaya donde vaya.

El señor Aurelio había visto bastantes cosas peculiares en su llena vida. Suspiro y se rozó absorto el labio inferior con el dedo.

-¿Qué dice la gente, señor tribuno?

-La gente dice que Messara se comporta así desde la adolescencia. Él ha sido criado en Tárraco. Tuvo parte de una educación en el dominio de las armas y siguió durante un tiempo un curso de retórica con un profesor. Un oído fino todavía le puede notar el acento provincial.

-¿Esconden un secreto los años pasados ahí? -Preguntó con interés aumentado el señor Aurelio.

-Parece ser que alguien mató con bestialidad a una familia de ancianos que significaban mucho para él. Unos nativos ibéricos que se encargaron de su cuidado durante su infancia. Le querían mucho y él les llamaba abuelos.

El señor Aurelio aprobó despacio con la cabeza.

-Sé que esta es la taberna donde os gusta cenar cuando no estáis de guardia. Tienen un menú muy atractivo y también está cerca de su casa. Podría pasar por aquí cada dos o tres semanas para que charlemos. Si no le importa, por supuesto.

-Por supuesto, cuando quiera. Me marcharé ahora. -Se levantó de repente echando la silla hacia atrás-. Hasta luego. -Se dirigió hacia la puerta con paso militar.

El señor Aurelio le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza y le observó marcharse de la taberna, luego se giró y colocó sobre la mesa en otro orden las tablillas de cera<sup>50</sup> donde tenía apuntadas las investigaciones en relación con el centurión Messara. Abrió una de ellas y volvió a leer las declaraciones de la siciliana.

-Messara me transmite como si necesitara ayuda. Como si los dioses le aterrorizaran por dentro.

-¿Está loco?

-No, no está loco. Está preocupado de algo. Muy preocupado. Habla siempre consigo mismo. Creo que necesita una mujer madura que le acaricie y que le escuche cuando no tiene con quien hablar.

Cuando el anciano la miró serio ello se disculpó enseguida.

-No había pensado en mí, soy una mujer casada.

---

<sup>50</sup>Tablilla de cera - Es una tableta de madera cubierta con una capa de cera. Se ligan dos, una cubriendo la otra. Fueron utilizadas como soporte de escritura portable y reutilizable.

El señor Aurelio juntó todas las tablillas de cera y también se marchó. ¿Qué le sucedió a Messara en Tárraco?

\* \* \*

Le habían llevado a una celda para oficiales de la Cohorte Urbana y le sacaron las cadenas. La cama de madera olía a vómito y orina, pero él se sentó en una esquina, en la piedra fría y húmeda, en posición fetal, con las rodillas tocándole la boca. Las puntas de las flechas, envueltas en un trozo de seda amarilla, las tenía en la mano izquierda, apretándolas con el puño cerrado. Siempre se preguntaba quién había atacado la litera con signos imperiales y cómo pudo ser posible que matasen a Antonia. Se sentía indefenso y un sentimiento agotador de culpa le agobiaba sin cesar, no dejándole dormir.

El guardia de oficio no le daba importancia. Cuando venía la hora de la comida empujaba a través de los barrotes un vaso de agua estancada y otro recipiente con caldo de cartílagos. Le lanzaba miradas indiferentes, acostumbrado a los borrachos. No se había acercado a la comida, solo había bebido el agua. Un día, uno de los guardias, mientras recogía los vasos de la celda y los reemplazaba con otros le susurró:

-Tienes un visitante. -Abrió la puerta y dejó paso al otro hombre.

Éste llevaba un manto de lana con capucha que le tapaba la cabeza

-Vuelvo en un cuarto de hora. -Añadió él, cerrando la puerta y alejándose. El visitante hizo una señal con la mano a modo de aprobación, luego se giró y miró en la penumbra al hombre acurrucado en el suelo de la celda. Con pasos inseguros se acercó. Se agachó, mientras, con la mano izquierda, se quitaba la capucha. Con la derecha le tocó suavemente el hombro y le sacudió:

-Cayo... Señor centurión... Por favor, vuelva en sí. Soy yo, Severo. Tenemos que hablar.

Poco a poco Messara levantó la cabeza, intentando aclarar su vista. Severo era optio en su centuria, pero también su más cercano subalterno.

-La ha matado. No sé quién lo hizo, pero me la ha quitado.

-Lo siento, Cayo. Lo siento tanto. -Dijo el optio mirando a los ojos enrojecidos del centurión-. Sé cuánto la amaste. Te apoyo y te acompaño en tu dolor. Pero no entiendo algo, ¿porqué te han escondido? Si querían solo investigarte tenían que haberte llevado a la Castra Romana junto a los pretorianos del grupo que dirigiste. ¿Qué ha pasado, Cayo?

-No lo sé, Severo, y, en realidad, ya no tiene importancia. Lo que yo deseo es morir.

-No, no debes morir. Tienes que averiguar quién lo hizo. Sé fuerte. No estás solo. Yo estoy a tu lado. Toda la centuria te apoya, sabes que todos te respetan. Solamente tengo que decirles dónde estás.

-No, no pongas su vida en peligro sin fundamento. Ha habido un atentado dirigido a la litera con signos imperiales, era de esperar que me aislen del resto de los pretorianos.

-Desde hace ocho días te busco por cárceles y calabozos, sobornando a todo tipo de personas. Los guardias de aquí ni siquiera saben quién eres y por qué estás encerrado. Te han traído sin papeles de acompañamiento. Todo está lleno de misterio. ¿Qué harán contigo? ¿Nadie te ha dicho nada?

Messara sacudió la cabeza, negando. Luego preguntó:

-¿Qué sabes de los funerales?

-Han tenido lugar hoy, un gran evento. Le pedí a Corbulo que me reemplazara en el puesto para poder asistir. Ha sido una ceremonia impresionante. Toda Roma ha venido. He intentado acercarme a la familia de tu suegro y preguntarles por ti, pero no ha sido posible.

-¿Mi padre?

Hubo un silencio de algunos segundos.

-Estos días le he buscado dos veces en casa, pero los esclavos me han dicho que se había ido temprano o que todavía no había llegado. Creo que me evita. -Messara aprobó despacio con la cabeza.

-Entiendo. -Dijo con voz apagada.

-Cayo, por favor, se fuerte. Tienes que dormir y comer, ¿entiendes? -Se levantó y miró los recipientes con comida y agua que estaban al lado de las verjas:

-Por el amor de Marte<sup>51</sup>, estos desgraciados te han traído agua estancada. Eres un oficial pretoriano. Merecen ser azotados por su falta de respeto.

Se dirigió hacia él:

-Venga, acuéstate en la cama, al menos no te quedes sentado en el suelo. -Le cogió la mano y le ayudo a levantarse a acostarse en la cama, encima de la manta sucia. Se oyeron los pasos del guardia acercándose-. Tengo que irme. -Dijo él- ¿Tienes algún deseo?

-Busca a mi padre, el podrá ayudarme. Podrá averiguar quién la mató.

-Por supuesto. Mañana reemplazaré a Corbulo, luego visitaré a tu padre. Se fuerte. -Y posó su mano en el hombro de él-. Hablaré con el guardia para que cambie su trato hacia ti. -Añadió el.

Messara escuchó el ruido de los clavos de la suela de los zapatos chocar contra la piedra, alejándose por los pasillos haciendo eco.

Después de un rato, el guardia volvió con recipientes llenos de comida.

-Te he traído un filete y agua limpia. Y un vaso con vino caliente. Siento haber sido tan negligente contigo. Tu amigo me ha hecho entender que debería ser más atento, que la vida es corta. -Suspiró-. Voy a traerte un colchón y algunas mantas.

No pudo comer nada, pero bebió medio vaso de vino caliente y, acostado en el colchón de paja, poco a poco se quedó dormido, cayendo en un sueño que le era familiar.

Todos estaban cansados. Les oía jadeando. Él era joven y fuerte y sabía que debería dejarles descansar. O que al menos que vayan a su

---

<sup>51</sup>Marte - (Lat. Mars). Fue el dios romano de la guerra.

ritmo. Pero él cada vez estaba más ansioso por llegar a una luz. Intentó atravesar con la mirada la oscuridad de delante, pero, a la débil luz de la luna, lo único que consiguió distinguir fue la línea oscura de una colina.

Le seguían, sometidos, cada noche. Oyó un lloriqueo de niño, luego la voz susurrada de su madre que le tranquilizaba. Con lástima, les hizo una señal para que pararan y pudiesen descansar. A su alrededor se colocaron los más queridos. Los abuelos, uno pegado al otro, se sentaron en una capa de hojas. Apoyada en el tronco de un árbol, su madre estaba de espaldas, balanceando en los brazos a Licinia.

A su alrededor empezaron a juntarse todos, de manera concéntrica. Niños y niñas de distintas edades estaban cogidos de las túnicas de sus madres. Algunas mujeres sujetaban a los viejos y una o dos tenía en brazos bebés. Más atrás, en silencio, los hombres rubios con pelo largo recogido en colas y barbas trenzadas se perdían en la oscuridad. Había muchos, ni siquiera les conocía. Los rayos de la luna alumbraban los rostros sucios, asustados y cansados, que le seguían dóciles y con afección. Ahora eran suyos. Quiso decir algo pero se calló y miro sus manos sucias y pegajosas.

Messara se despertó de la pesadilla, mojado de sudor y con la boca seca. Se levantó y bebió todo el agua para refrescarse.

El tercer día a la hora de comer fue liberado. Salió de la cárcel con pasos inseguros, de hombre derrotado. No se había alejado ni sesenta pies cuando le alcanzo un esclavo.

–¡Amo!

Messara se giró y le miró. El esclavo bajó la cabeza con respeto.

–Mi amo, el optio Severo os desea salud. Y desea por supuesto que reciba esto. Le acercó un saco de piel. Messara lo cogió y lo abrió. Dentro había una túnica nueva de lana de color cenizo, una bolsa con monedas y una tablilla de cera. Leyó la frase con letras desordenadas: “De la puerta de la cárcel hasta los primeros termas<sup>52</sup> hay ochenta pasos. Severo.”

Le daba igual si estaba sucio o no, pero tenía que resolver algunas cosas, así que se dirigió hacia los baños.

Cayo Messara golpeó la puerta con fuerza. El viejo Cotto, un esclavo, miró por la mirilla y luego abrió la puerta de par en par.

–¡Amo! –Dijo él con voz temblorosa. La alegría por el reencuentro desapareció cuando vio el rostro descompuesto del militar. Lleno de tristeza continuó–: Lamento mucho su pérdida.

En sus ojos aparecieron perlas de lágrimas. Messara le miró y movió tristemente la cabeza.

–Gracias, Cotto. –El viejo le caía bien. Era un esclavo fiel y con un buen corazón–. ¿Dónde está mi padre?

El esclavo abrió la boca para contestar, pero vaciló.

---

<sup>52</sup>Termas – Baños públicos en el Imperio Romano.

–Está en la sala de baño. Pero no está solo. –Bajó los ojos al suelo, avergonzado.

Messara asintió.

–Entiendo.

Desde que Cayo Messara podía recordar, su madre había vivido en Tárraco y su padre en Roma, o allí donde lo enviaban como magistrado por cortos períodos. No estaban divorciados. Era una separación florecida entre malos ratos y la humillación. Manio Messara, su padre, tenía un vicio repugnante. Una vez al año, durante dos o tres semanas venía de visita a Tárraco. Era un encuentro convencional sin ningún tipo de afecto. Su madre murió un año antes que él vistiera la toga viril<sup>53</sup>. Un día, poco después de eso, un mensajero le trajo la noticia de que le esperaban en Roma. Su padre, que por aquel entonces se encargaba de una magistratura insignificante, le apuntó a un colegio militar para el rango ecuestre. Durante algunos años, desde el día que llegó a Roma y hasta que se casó y se mudó con Antonia, esa fue su casa.

Messara se decidió de repente y entró.

–Amo, será mejor que espere, que avise antes. –Dijo el esclavo respirando asmáticamente. Messara le tranquilizó y le entregó las dos puntas de flecha envueltas en seda.

–Guárdalas bien. Son importantes. –Dejó de prestarle atención, pasó por delante de él y atravesó un pasillo, luego abrió la puerta de la sala de baño.

Un esclavo echaba, con un cubo de latón, agua hirviendo en una bañera grande de forma rectangular, levantando una nube de vapor. Messara subió los dos escalones y se paró a dos pasos de la bañera. Su padre, apoyado con la espalda en el borde de la misma, tenía los ojos cerrados. Un niño de diez años de piel oscura, pero con cara angélica enmarcada por anillos de pelo rizado, estaba sentado en el borde de la bañera amasando con los dedos los músculos del cuello de su padre. Cayo Messara le echó la mirada más severa que pudo. El niño bajó la mirada, luego se agachó y le susurró al oído al viejo Messara. Éste abrió los ojos, sorprendido. Su mirada se nubló por un momento, luego se giró y acarició la cara del niño.

–No, mejor vete. Hablaremos luego.

Con un gesto de mano echó al esclavo con el cubo vacío.

El niño se levantó y con pasos lentos se dirigió hacia la puerta. Cuando pasó por al lado del militar le lanzó una mirada larga llena de odio. Una vez cerrada la puerta, el viejo dijo:

–Sabes que no me gusta que entres así. Podías haber enviado un esclavo. –Se levantó, subió los escalones y salió de la bañera. Corrientes de agua se deslizaban por su cuerpo. Cogió con la mano una tela que colgaba en una percha y se la puso alrededor de la cadera tapándose la

---

<sup>53</sup>Toga viril – (Lat. Toga Virilis). Era un tipo de toga que tenía un significado particular en el Imperio Romano. La vestimenta significaba el paso de la infancia a la adolescencia. Para los varones la adolescencia comenzaba a los dieciséis años y duraba hasta los treinta, después seguía la juventud hasta los cuarenta y cinco.

desnudez. El color verde de la tela contrastaba con las cuatro o cinco verrugas del color de las moras maduras que le habían salido en el cuello. Tenían el tamaño de unas tetas de cabra y provocaban cierta repulsión.

–Pero dejemos eso ahora. –Se giró hacia el joven–. Me alegro verte, hijo. –Añadió el.

–No viniste a visitarme en la cárcel, padre.

Hubo un momento de silencio.

–He estado ocupado.

–Diez días. Mandé a Severo para que le ayudes a capturar a los asesinos, pero no hubo quién te encuentre. Te envié un mensaje, pero no le contestaste.

–He estado ocupado. ¿Qué podía haber hecho yo si ni siquiera el Servicio Secreto Imperial encontró huella alguna?

–Tuvo lugar otro atentado de la misma manera. La nieta del senador Publilio Celso ha sido asesinada. ¿Qué sucedió?

El viejo levantó los hombros, indefenso.

–Tampoco has venido al proceso, padre. Ayer me juzgaron.

–Lo había olvidado, hijo.

–¿Lo habías olvidado?

–¡No pude venir!

–Entiendo.

Le miró fijamente a los ojos y quiso marcharse.

–¿Cuál fue el veredicto, Cayo?

–Me han degradado por incompetencia, padre. Me retiraron todos los derechos y recibí la orden de presentarme como auxiliar<sup>54</sup> en una cohorte hispánica situada en Vindobona<sup>55</sup> en el Danubio, en la provincia Pannonina Superior.

–Puedes contar conmigo, Cayo.

Pero a pesar de sus palabras, Messara supo que su padre mentía. Asintió tristemente con la cabeza.

–Estoy más que seguro, padre.

Hubo otro momento de silencio.

–No honraste a Antonia. No estuviste presente a sus funerales.

El viejo agachó la cabeza, aparentemente confuso.

–Pensé que era mejor no ser visto por ahí, hijo. ¿Has ido a la casa?

–La casa era la vivienda que él y Antonia habían recibido como regalo de bodas de parte de los padres de ella.

–He pasado por ahí antes de venir aquí, pero estaba todo cerrado. Me denegaron el derecho a entrar en mi propia casa. –Pensó por un momento–. Tengo la intención de visitar a mi suegro, mañana en su vivienda en Ostia<sup>56</sup>.

---

<sup>54</sup>Cohorte Auxiliar – Unidad militar del Imperio Romano compuesta por soldados que no eran ciudadanos romanos.

<sup>55</sup>Vindobona – Fue un castro romano en la orilla del Danubio. En la actualidad es la ciudad de Viena, capital de Austria.

<sup>56</sup>Ostia – Puerto en el Mar Tirreno en la antigüedad. Salida al Mar de los ciudadanos de Roma. Actualmente un barrio de Roma.

La voz del joven era temblorosa y en la frente se le hinchó una vena azulada.

–No sé cómo pudo pasar eso, pero no pude prevenir el ataque. Mi mujer, que estaba embarazada, murió allí. –Messara hablaba entre murmullos.

Lanzó una mirada circular a las paredes que tenían mosaicos en los que predominaban temas eróticos que no había visto antes, luego miró a su padre.

–En cuatro días partiré. Allí donde vaya espero encontrar rápidamente la muerte, así podré unirme con Antonia. –Guardó el silencio durante un momento–. Te dejo, padre.

No se abrazaron. El abismo entre ellos era demasiado profundo. El viejo colocó la mano de manera protectora en el antebrazo de su hijo.

–Cayo... –Dijo él con voz ronca, pero no siguió, esperando que su hijo llegue a entenderle algún día. Luego le dedicó una mirada larga, llenando sus los ojos de él, ya que sabía que este hijo con un destino tan tumultuoso y con un corazón tan negro que le comía por dentro como una gangrena iba a encontrar su final en el fin del mundo, tal como lo deseaba. Y tal vez de esa manera limpiaría un poco la vergüenza que había traído al nombre Messara.

Messara empujó la pesada puerta de bronce y entró en el templo. El frescor de la sala amplia le encogió la espalda y la oscuridad le hizo forzar la vista. Cuando acomodó sus ojos distinguió algunas personas de rodilla con las manos extendidas, meneándose despacio y balbuceando rezos. Los curas, con las cabezas rapadas, con copas llenas de aceites y velas encendidas en las manos alababan cánticos con voces llenas de dolor. Con pasos inseguros se paró en el centro de la sala delante de la imponente estatua de la Diosa Proserpina<sup>57</sup>, hija de Júpiter<sup>58</sup> y de Ceres<sup>59</sup>. Una sacerdotisa pasó por su lado. Messara tocó su hombro con un gesto delicado. La sacerdotisa, con una vela en la mano se giró hacia él dedicándole una mirada inquisitiva. Él se agachó hacia delante y le susurró al oído, intentando cubrir el murmullo de los rezos y al mismo tiempo no molestar.

–Desearía hacer un sacrificio.

–Si sales por la puerta lateral, encontrarás a alguien que vende palomas.

–Desearía algo más consistente.

–Puedes comprar cuatro o cinco palomas.

–No quiero palomas.

La sacerdotisa, con los ojos acomodados a la oscuridad le miró de abajo hacia arriba con un ojo crítico.

–Si puedes permitirte compra dos conejos.

---

<sup>57</sup>Proserpina – Diosa de la vida, la muerte y el renacimiento en la Roma Antigua.

<sup>58</sup>Júpiter – Dios principal en la mitología romana que se ocupaba de las leyes y la orden social.

<sup>59</sup>Ceres – Diosa de la tierra y la agricultura en la mitología romana.

-En realidad, quiero sacrificar un toro maduro y tener parte de una ceremonia completa. -Dijo él mientras sacaba una bolsa llena de monedas.

La sacerdotisa echó la cabeza para atrás y agrandó los ojos.

-Por favor, seguidme hasta el jefe de los curas del templo, amo. -Dijo ella respetuosa y mientras se inclinaba.

La ceremonia junto a las preparaciones duró más de una hora y él, mareado por el olor del incienso y el baile caótico de una sacerdotisa al ritmo del tambor y de las oraciones del jefe cura que echaba los ojos para atrás delante de él, repetía obsesivo, con voz ronca:

-Madre Proserpina, te imploro, con lágrimas en los ojos y con la sangre de este sacrificio, que acojas bajo tu protección a mi mujer Antonia y a mi hijo no nacido. Madre en las tierras de las sombras, cuida de sus almas hasta que yo me una con ellos. Madre Proserpina, te imploro con lágrimas en los ojos...

De reojo pudo ver a un cura joven y fuerte con el pecho desnudo y con la cabeza rapada acercarse al toro de mil seiscientas libras<sup>60</sup>. Le introdujo el pulgar y el índice de la mano izquierda en las fosas nasales y con la mano derecha le cogió brutalmente de uno de los cuernos, luego, con un movimiento brusco, le giró la cabeza a un lado y se agachó arrastrando detrás de él al toro que se había dejado caer en el mosaico azul, sumiso. Otro cura, igual de joven y de fuerte como el otro, tenía en las manos dos cuchillos con láminas largas, finas y muy afiladas. Se puso de rodillas, pegando por un momento su frente con la del del toro. Luego con una señal del gran cura, con un gesto preciso clavó uno de los cuchillos en el cuello del toro y lentamente empezó a cortarlo. Cuando el mullido del toro apuñalado le inundó los oídos, una ola de sangre caliente llenó el mosaico de sacrificio, luego empezó a escurrirse por los canales tallados en la piedra y llegó a los pies de la diosa. Respirando fuertemente por la emoción subió la voz al igual que la del gran cura:

-Madre Proserpina, te imploro con lágrimas en los ojos...

Esa noche se encontraba en la zona antigua del puerto de Ostia, en la orilla del mar, lejos de los pontones de descarga, hechos a orden del emperador. Vigilaba atentamente no ser visto por las centinelas. Se quedó un tiempo escuchando los chirridos de las cadenas del ánora y el ruido de las olas que golpeteaban las paredes de madera de los barcos guiados por una brisa fresca.

Antes de venir aquí, había pasado por la domus de su suegro, el senador Metelo. Los guardias armados no le permitieron entrar y le echaron. Vete, ya no fuiste capaz de protegerla, le transmitió su suegro.

Al rato se quitó las sandalias y las colocó en una piedra, luego se sacó la ropa, la dobló con cuidado poniéndola al lado de las sandalias. Con el cuerpo desnudo y la piel de gallina por culpa del frío se animó y entró al agua fría. Al principio se adentró hasta las rodillas, luego hasta la cadera. Cuando empezaron a castañetearle los dientes se tiró al agua

---

<sup>60</sup>Libra – Unidad de medida de peso en el Imperio Romano. Una libra equivale a 0,327 kg.

y empezó a nadar frenéticamente hasta que empezó a sentir que el agua de su alrededor se volvía cálida y él supo que debería volver a la orilla que se encontraba detrás suyo, ya muy lejos. Pero se encaprichó y nadó rápido. Luego más rápido y más rápido, hasta que se le durmieron los brazos y en los muslos sintió miles de agujas. Siguió nadando incluso cuando sintió que estaba a punto de desmayarse. Cuando empezó a recuperarse sintió algo que le arañaba entre los omóplatos y la parte izquierda, en las costillas.

Abrió los ojos con dificultad y vio algunas caras fruncidas que le miraban de cerca. Estaba acostado en la cubierta mojada de una nave libúrnica<sup>61</sup> que olía a alquitrán. Se levantó, tocó su espalda y palpó con los dedos ese algo que le arañaba tanto. Eran restos de alquitrán mal revestidos<sup>62</sup> entre los tablones de la cubierta.

–Se ha recuperado, señor. –Dijo uno de los espectadores, el que tenía una cara pecosa.

–Sí, se ha recuperado. –Confirmó el de la barba rubia–. Ahora vete a trabajar. –Le dijo al pecoso. Se giró otra vez hacia Messara–. Dime, ¿tu barco se ha hundido?

–Seguro que se le ha hundido. –Contestó el pecoso desde su sitio. Luego preguntó–. ¿Eres un esclavo?

–No es un esclavo, idiota. –Contestó una voz autoritaria que provenía de atrás–. Y tampoco es un pescador. –Messara miró entre los hombres de delante de él y consiguió ver, a la luz floja de las antorchas, un rostro estremecedor encajado en un casco de oficial–. Está desnudo y creo que no se le ha hundido ningún barco. Eso me lleva a pensar que es un suicida que nadó hasta la alta mar desde la orilla. Probablemente es un noble arruinado o un plebeyo con una buena situación económica que por amor decidió acabar con vida, solo que los dioses no han estado de acuerdo. –Hizo una pequeña pausa y luego se dirigió al pecoso–. Se te ha dicho que vayas a trabajar, ¿o es que no oyes bien?

–Me voy ahora mismo, señor. –Contestó éste y desapareció de la zona de la cubierta.

Messara no contestó, cerró los ojos y al ritmo de los golpes del tambor que coordinaban los movimiento de los remeros intentó entender qué querían de él los dioses por al rechazar su muerte. Se sentía mareado y de repente se pasó la mano ahuecada por la punta de la cabeza donde encontró un chichón y sangre cuajada.

–Allí te ha golpeado un remero con la paleta. De esa manera de encontramos y te pudimos salvar. –Habló el oficial justo a su lado–. ¿Quieres una túnica? –Messara siguió con los ojos cerrados y afirmó con la cabeza lentamente–. Te dejaremos en la orilla al entrar en el puerto.

---

<sup>61</sup>Libúrnica – Nave romana ligera de lucha o transporte con una sola fila de remos.

<sup>62</sup>Revestir – Cubrir con revestimiento (en este caso alquitrán).

# PARTE II

¿Cómo podría avisar a su padre? Ni siquiera sabía quién eran los secuestradores. Un cura con una mirada demente, Diente y el Seboso. ¿Había alguien más? ¿Cómo podían engañar a Diente para conseguir salir por la puerta y luego subir la escalera? Seguro que existía una escalera, porque le oían cada vez que bajaba. El pensamiento del huir le daba nuevas fuerzas. Cada día hacía planes junto a Caroun. Luego renunciaban a ellos. Quisieron atacar a Diente y luego huir, pero él era fuerte. Las podría matar a las dos con facilidad. Finalmente se dieron cuenta que la única posibilidad era sobornarle. ¿Pero cómo? Dinero no tenían. Las joyas se las habían quitado.

Caroun propuso que sobornarle sexualmente. Ella estuvo indignada, pero después de algunos días de pensamientos amargos aceptó. Se prepararon y se animaron la una a la otra. Un día le esperaron emocionadas en una escena erótica. Diente entró como siempre y se quedó mirando perplejo sus cuerpos olvidando a poner la comida sobre la mesa. Las miró un buen rato. Finalmente dejó los platos sobre la mesa y bajó la mirada al suelo, yéndose como siempre.

Estuvieron decepcionadas, aunque ella, en el fondo, se sintió aliviada. Se dieron cuenta que le habían seducido, que casi lo habían conseguido. Algo había hecho que no se quedara con ellas. Pero, ¿el qué? Seguro que temía a alguien.

–A lo mejor el sexo no es suficiente. –Dijo Caroun–. Tenemos que prometerle algo.

El día siguiente cuando él colocaba los cubiertos junto a la comida y el agua, ella le preguntó:

–Si tuvieras mucho oro, ¿qué harías con él?

Él dudó un momento con el vaso aún en la mano derecha, luego lo dejó y se limpió la mano en la túnica.

–¿Qué haría con él? –Succionó sus labios y miró hacia el techo–. Creo que me compraría mucho vino Falerno. Y escogería una mujer, o dos, o tres. Todas jóvenes. Y tendría dos esclavos, para ordenarle yo también a alguien. Pero antes me compraría la libertad. Una vez libre y dueño, me compraría un buen vino, cabalgaría a las mujeres y pegaría a los esclavos cuando yo quisiera. Eso es lo que haría si tuviera mucho dinero. –Luego se dio la vuelta y salió cerrando la puerta.

Cada día, las chicas intentaron hablarle, pero él entraba y salía con premura. Una vez entró muy abatido. Ellas le observaron con atención, compartiendo miradas furtivas. Le propusieron que se quedase un poco con ellas mientras comían.

Él se sentó en la esquina de una cama suspirando, luego se llevó la mano derecha a la frente.

–Podrías ser libre si es lo que deseas. Y podrías tener cincuenta ánforas de vino y muchas mujeres. Cuantas quisieras. Y podrías tener todos los días una nueva. Y muchos esclavos. Y oro. Podrías convertirte en un hombre rico. Dijo ella con prisa.

Él se quitó la mano de la frente y miró al suelo, al rato levantó la mirada y la miró.

-Solamente tienes que ayudarnos. -Añadió ella, llena de esperanza.

De repente su mirada se volvió fría.

-Por favor, ayúdanos. -Susurró ella, y puso la mano despacio en su hombro.

Él se levantó y con un gesto le quitó la mano.

-Ayúdanos y mi padre te hará rico. Por favor. -Repitió ella susurrando, pero su voz se apagó al ver su mirada de hielo.

Durante días no dijo nada. Entraba malhumorado. Ellas le seguían en silencio. Luego, un día, cuando ellas se arreglaban el pelo una a la otra, él entró. Miró a las dos pero fijó su mirada en ella.

-Lo que me has propuesto, ¿es cierto?

-Sí. -Asistió ella y las manos empezaron a temblarle de emoción-. ¿Quieres...? Es decir, ¿quieres ayudarnos? -Y ella se dio cuenta que su voz sonó un poco extraña, algo ronca.

-Da igual la cantidad de oro en la que hayas pensado, porque yo quiero el doble. Y quiero un documento de liberación de la esclavitud y diploma de ciudadano romano. -Dijo con rapidez. Respiró hondo y luego la miró de los pies a la cabeza-. Y te deseo. ¡Ahora!

Ella tosió lentamente, se aclaró la garganta y con la mano derecha le apretó el antebrazo de la mano izquierda.

-Por supuesto, cuando tú desees.

Se dejó poseer, ahí, con Caroun delante. Llena de odio y de emoción por el escape, el cuerpo le temblaba incontrolablemente.

Una semana entera trabajaron en el plan, luego necesitaron otras dos para esperar el momento perfecto.

Una noche, con una lluvia torrencial, Diente entró. A parte del cuchillo, en la cintura llevaba una espada.

-¿Estáis listas? Preguntó él, susurrando.

Ellas asintieron en silencio. Le siguieron fuera, y esperaron que él cerrara la puerta, luego subieron por las escaleras. Él abrió una puerta, salieron uno por uno en una capilla pequeña iluminada con una antorcha. Se pararon y escucharon, luego él abrió la puerta exterior y miró caer la lluvia en la oscuridad. Ella estaba al lado de él y el aire fresco y húmedo por la lluvia le entró en el pecho. Lágrimas de felicidad le inundaron los ojos. Caminaron pegados a la pared, luego se adentraron entre árboles, de donde arrancaban caminos, pero él sabía exactamente por donde ir así que le siguieron. Le imitaron en silencio en la oscuridad y casi que no se veía ni su sombra. Después de cien pies él se paró a escuchar, pero solamente se oía el sonido de la lluvia al caer en las hojas. Llegaron a un lugar donde el camino hacía una esquina y él se paró escuchando otra vez. En algún sitio más abajo se oían voces. Ella le cogió de la mano preocupada y él se giró y empezó a subir por el camino. Las voces se oían muy de cerca y él empezó a huir hacia arriba. De repente se oyó un ruido y Diente sacó un grito y cayó al suelo.

Gritaron y pararon. Temblando se agacharon a ver qué había pasado. Él estaba acostado inclinado a un lado, gimiendo. A la luz de un relámpago ella vio una trampa con una espiga de madera

ensangrentada que le había desgarrado el muslo de la pierna izquierda. Intentó tirar de su pierna pero no pudo. Él gemía de dolor, luego se esforzó y con la mano se arrancó el cuchillo de la cintura. Cada movimiento le provoca dolores muy fuertes.

–Llevaros el cuchillo y huid. –Dijo él.

Las voces estaban detrás, a veinte pies de ellas.

Caroun cogió el cuchillo y echó a correr. Ella corría detrás. Resbalaban en la tierra mojada, aterrorizadas de que las capturaran. Llegaron entre las rocas, de repente a la luz de un relámpago les vio. El Seboso y otros dos. Quisieron volver, pero detrás de ellas aparecieron otros dos. Luego Caroun se fue hacia delante y golpeó al Seboso con el cuchillo. Este paró el golpe con el antebrazo y la lámina del cuchillo le cortó. El Seboso la golpeó con el puño en la cabeza y ella cayó al suelo. Los de detrás estaban al lado de ella cuando el Seboso le dio a ella también un puñetazo.

Cuando se recuperó del golpe estaban en un lugar oscuro. A la luz de la antorchas ella vio una sala muy grande. Se veían las huellas de las herramientas con las cuales habían cavado en las paredes y el techo. Parecía ser una mina.

Estaba mojada por la lluvia, y en la corriente de la galería temblaba de frío y de miedo. Sentía su cara hinchada por el golpe y en su boca había sabor a sangre. Estaba desplomada en el suelo, de lado, y sentía un hormigueo en las manos y las piernas. La habían atado muy fuerte. Vio a Caroun, atada a un paso de ella, y a siete u ocho pies había alguien acostado en el suelo. No podía ver quién era, pero de alguna manera sabía que era Diente. El Seboso, junto con otros tres, estaba delante del Jefe. Este tenía una capa de lana gruesa, y la capucha le tapaba los ojos. Hablaban entre ellos en griego, con voz baja, y ella giró un poco la cabeza para poder oír lo que decían. Su movimiento les hizo callarse y el Seboso extendió su brazo vendado hacia ella.

–Mira, se ha despertado.

Se juntaron alrededor de ella. El cura la miró en silencio, luego preguntó:

–¿Qué queríais hacer?

Ella no quiso contestar.

–Repito, ¿qué queríais hacer? ¿Donde os queríais marchar? Si no me contestas ahora, juro por el falo de Príapo<sup>63</sup> que te cortaré todos los dedos y te arrancaré la piel de la cara y de la cabeza.

Ella se aterroró y comenzó a llorar.

–Quisimos ir con mi padre.

–¿Ah, sí? ¡Bien! Y a él, ¿qué le habéis ofrecido? –Preguntó, señalando a Diente.

–A mí.

–¿A ti?

–Sí.

El la miró inquisitivo con crueldad.

---

<sup>63</sup>Príapo – Dios de la fecundación en la mitología griega.

Caroun empezó a moverse y sacó un gemido. El cura hizo una señal a dos de los cuatro y estos la levantaron. Tenía las manos y los pies atados y no podía sostenerse sola, así que los dos la sujetaron encajándola entre ellos. Tenía la cabeza inclinada, y la romana pudo ver que toda la parte izquierda del rostro estaba hinchado y de color oscuro. El golpe recibido le había roto los huesos de la cara.

El cura se acercó a Caroun y la miró.

–¿Sabes cuál es el castigo por intentar escapar?

Caroun no contestó.

–Tu padre no ha enviado dinero. Eres inútil. Comes mi comida de balde. –Luego sacó un cuchillo de la cintura y con un gesto amplio le cortó el cuello. Una ola de sangre brotó y su cara se movió un poco, luego bajó la cabeza, muerta.

Ella miraba aterrorizada lo que estaba ocurriendo. El miedo la dejó paralizada. Caroun muerta. ¡Por todos los dioses! El terror que sentía hacía que le temblara la barbilla. El cura se giró hacia ella.

–Para ti tengo reservado algo mejor. Ahora me gustaría resolver algo con tu amigo.

Hizo un gesto y los esclavos levantaron a Diente. Este parecía estar desmayado. Le golpearon en la cara para que se recupere, luego uno de ellos le dio una patada en su pierna herida. Diente gimió y dio señales de despertarse.

Las bestias le tenían levantado y el cura se puso delante de él.

–¿Sabes qué les ocurre a los traidores?

–Perdóname, amo. –Dijo Diente.

–Perdonarte, ¿eso quieres? –Gritó el cura–. Te sacaré los ojos. –Y con un movimiento de muñeca clavó la punta del cuchillo en el ojo izquierdo de Diente, luego hizo un movimiento circular. Sangre y líquido ocular saltaron afuera. Un aullido agónico se dispersó en el espacio cerrado. Luego le sacó el otro ojo. Diente gritaba y se retorció de dolor. El cura le escupió y le golpeó en la pierna herida.

–¡Traidor desgraciado!

Se giró hacia su gente.

–Enseñadme el pozo.

Ella vio cómo se iban con las antorchas encendidas en las manos hacia el final de la galería. Luego, dos de sus hombres se giraron, la cogieron del suelo y la arrastraron hasta allí, mientras ella aterrorizada lloraba y temblaba. El cura le cortó los enlaces y la empujó. Ella gritó sintiendo como caía al vacío.

Era un pozo hondo de siete u ocho codos. Aún mareada estaba en posición fetal, de la manera que había caído. No se podía mover. Luego oyó gemidos y risas. Un ruido de cadena y un porrazo, luego las antorchas de la boca del pozo iluminaron. Habían enganchado a Diente en una cadena por las piernas con un gancho y le dejaron caer boca abajo. Él gemía y sus heridas goteaban sangre, las manos estaban desatadas y le colgaban hacia abajo.

–Os dejen juntos. –Gritó el cura.

\* \* \*

Dentro hacía tanto frío como fuera, solo que no llovía. A través de las paredes hechas de vigas entraba una corriente fuerte que casi apagaba la llama de un calefactor. Se desnudó, colocando sus cosas en ganchos clavados en una de las vigas. Temblando bajó dos escalones en la bañera y entró en el agua fría hasta las rodillas. Instantáneamente, por culpa del frío, sintió como el pene se le empequeñecía y los testículos se le metieron en el escroto. Se envalentonó y bajó los otros dos escalones, haciendo pasos pegados a la muralla. El agua le llegaba por el ombligo. Miró la bañera de un lado al otro. En varias zonas, la superficie del agua tenía manchas brillantes de aceite, en forma de bucles de color gris oscuro; como islas de miseria, mezcladas con hilos cortos de pelo rizado. Lleno de asco, golpeo el agua con el reverso de la mano haciendo olas y alejando la suciedad de su zona. Ahuecó las manos y echó varias veces agua encima de él, luego se sumergió. Se echó aceite con agilidad, luego, con los pulgares de las manos presionando en su piel quitó la suciedad de su cuerpo. Veloz, se aclaró y salió de la bañera, moviéndose frenéticamente para calentarse. Con un cacho de manta vetusta, rota y áspera, se frotó la espalda hasta que la piel empezó a quemarle y se puso roja, bien irrigada. Se vistió, sacó de entre sus cosas un pedazo de grasa de oveja con la cual empezó a frotarse las manos, dejándola entrar en la piel gruesa de entre los callos y las grietas de la piel.

Cuando llegó a Vindobona, situada cerca del Danubio, en la Pannonina Superior, se enteró que la II Hispanorum<sup>64</sup> había sido trasladada en la provincia Dacia<sup>65</sup> y él recibió la orden de seguirla. Desde hacía más de un mes había llegado al castro<sup>66</sup> donde la cohorte estaba instalada. Estaban alojados en una región minera con montañas y bosques tan grandes y oscuros que hasta los días más luminosos eran sombríos. El Castro estaba hecho de empalizadas, con una torre de madera de dos plantas colocada en la puerta principal. Una trinchera honda de cuatro codos y ancha de dos pasos rodeaba la unidad. En la torre y en las pasarelas de las empalizadas, los auxiliares de guardia vigilaban en la oscuridad y en la lluvia que caía sin piedad. La misión de su unidad era la vigilancia de los transportes de minerales, pero una parte de la cohorte había recibido orden de construir un tramo de camino en dirección a Porolissum<sup>67</sup>. Los militares trabajaban desde alba hasta la noche. Era un trabajo duro, agotador. La piedra se trabajaba con dificultad y había que roturar la tierra. Los primeros días,

---

<sup>64</sup>II-a Hispanorum – Cohorte de auxiliares formada por étnicos ibéricos en el Imperio Romano.

<sup>65</sup>Dacia – Nombre del territorio poblado por los getas y los dacios. Fue conquistada y transformada en provincia romana por el emperador romano Trajano entre los años 105 d.C. y 106 d.C. Actualmente el país se denomina Rumanía.

<sup>66</sup>Castro – Campamento fortificado de una unidad del ejército romano. Los castros podían tener tamaños variados. Podían ser contruidos simplemente con palizadas de madera o con muros resistentes de piedra.

<sup>67</sup>Porolissum – Localidad en la Dacia Romana.

sus manos, acostumbradas con armas pero no con ese tipo de trabajo, se hincharon y se agrietaron. Luego se acostumbró al pico y a la pala.

Hace diez días que empezaron las lluvias, las aguas aumentaron sus caudales y la tierra se embebió de agua. De las zonas altas corrían torrentes tumultuosos nacidos de la nieve derretida. La construcción del camino era ya imposible. Estaba en la unidad, cumpliendo faenas rutinarias. Cuando el cielo se despejaba dos o tres horas tenían que agrupar la piedra que habían sido traída de las canteras de la montaña antes que empezaran las lluvias por categorías y depositarlas cerca del campamento en una zona de instrucción antigua.

Un optio de guardia abrió la puerta y le miró.

–¿Eres Cayo Messara?

–Sí, señor. –Dijo colocándose en la posición reglamentaria–.

–Tienes la orden a presentarte a Apulum<sup>68</sup> hasta pasado mañana por la noche. Prepárate, mañana al alba partirás junto a los mensajeros y los suministros. Aquí tienes la orden del viaje. –Dijo dándole una placa de cera escrita.

–Entiendo, señor. –Contestó él apático.

Revisaron sus papeles en la entrada del castro de la Legión Gemina XIII de Apulum. Era tarde, poco antes de la sexta hora de la noche, y en la lluvia fina, los guardias indispuestos y suspicaces les analizaban atentamente a la luz de las antorchas dispersadas y sujetas en las murallas gruesas de piedra. Messara estaba mojado, lleno de barro y cansado. No había cenado y empezaba a sentir un estado de irritación en aumento, proporcional con la prolongación del control. Todos mantenían las manos a la vista lo más lejos posible de las armas para no provocar inseguridad.

Al rato fueron dejados a entrar y Messara, con todo el equipaje, fue dejado esperando al lado del puesto de control de la puerta. Temblaba por el frío, así que se sentó encima del equipaje. Al rato un optio del servicio de guardia se acercó a él con una tablilla de cera en la mano.

–¿Messara?

Él se levantó, con el cuerpo dormido, y se puso en posición reglamentaria.

–¡Sí, señor!

El optio le evaluó con sus ojos pequeños.

–Has sido asignado en la cohorte IX, la III centuria, la de Ennio. Sigüeme para que te lleve con tu grupo, por la mañana recibirás el equipamiento.

–¡Sí, señor!

Messara siguió al optio a dos pasos detrás de él, cargando incómodamente el equipaje empapado de agua. Avanzaban en la oscuridad pasando por al lado del pretorio<sup>69</sup>, construido con piedra, y

---

<sup>68</sup>Apulum – Municipio romano en la provincia Dacia. Residencia de la Legión XIII Gemina. Hoy, Alba-Iulia, situado en Rumanía.

<sup>69</sup>Pretorio – Edificio o tienda en el centro de un campamento militar donde se encontraba el comandante durante el Imperio Romano.

otros edificios administrativos en distintos estados de construcción. Esquivaron montones de materiales y él se dio cuenta que la unidad era enorme, pero que no todas las barracas estaban acabadas. De vez en cuando eran interrogados por guardias de vigilancia que llevaban antorchas en la mano. “Cohorte IX” estaba escrito en un indicador.

El optio giró a la derecha delante de una barraca cubierta con carrizo<sup>70</sup> y pasó por delante de muchas puertas. El oficial se paró delante de una de ellas y la abrió, luego entró dentro haciéndole una señal a Messara para que le siguiera. Este entró y metió dentro su equipaje empapado en agua. La habitación pequeña estaba oscura y Messara esforzó su vista para distinguir algo. Un recipiente con fuego, casi apagado, estaba colocado en el centro de la habitación.

Pegadas a la pared derecha había dos camas, cada una de ellas tenía otra encima sobrepuesta. Todas estaban ocupadas por hombres que dormían en ellas. En la pared izquierda había las mismas camas, sólo que en la primera, empezando por la puerta, en la parte de arriba no dormía nadie, pero había una armadura y un casco encima, tirados de forma desordenada. Entre la puerta y el recipiente para el fuego, pegado más a la punta de la primera cama, había un caldero<sup>71</sup> de bronce. Se oían gotas caer y golpear dentro, haciendo un ruido de salpique. Messara levantó los ojos y descubrió una porción de aproximadamente un tres pies de techo húmedo. En el medio había otra porción del tamaño de una mano, mucho más oscura y mojada, donde las gotas de agua que caían en el caldero de bronce se juntaban en forma de guirnalda.

–Esta es tu cama. –Le dijo el optio con voz baja–. El comandante de este grupo es Porcio, intenta no enfadarle. –Continuó él, luego dio media vuelta y salió. Messara aprobó con la cabeza, viéndole salir y cerrar la puerta. Dejó el equipaje en el suelo, luego se estiró para coger la armadura de la cama libre.

–Toca esa armadura y serás hombre muerto. –Dijo una voz ronca de la segunda cama inferior pegada de la parte derecha. Messara se paró y miró desorientado. La situación era complicada. Puso el equipaje detrás de la puerta, luego se sentó en el suelo, al lado. Estaba encima de la tierra húmeda, en una posición incómoda, preocupado de no golpear con los pies el caldero de bronce. Abrió la correa, también húmeda, se apartó los defensores de la cara y se quitó el casco, lo puso en el suelo, a su lado, luego apoyó la cabeza en el borde de su propio equipaje mojado. La habitación olía a paja mojada, a pies sucios y a madera quemada. Olor normal para un cuartel. Uno de los militares murmuró algo mientras dormía y otro roncaba despacio.

---

<sup>70</sup>Carrizo – Planta herbácea con cepa alta y derecha, utilizada en el recubrimiento de las casas en el Imperio Romano.

<sup>71</sup>Caldero – Recipiente con forma hemisférica con un asa que sujeta a dos argollas en la boca.

Se envolvió en la manta mojada, teniendo el sonido de las gotas de agua metido en su cabeza. Miraba fijamente como las ascuas del fuego se apagaban lentamente y de aquella manera se quedó dormido.

A su izquierda el mar rugía enojado y las olas oscuras le mojaban los pies hasta los tobillos. Miraba confundido la oscuridad intentando averiguar dónde se encontraba. No entendía qué hacía allí. El cielo era negro y el lugar olía a algas y a lluvia. Después de unos instantes de indecisión se encaminó a la izquierda, por la arena.

Sintió un pinchazo en uno de los pies, se agachó, palpó y reconoció por el tacto un trozo de una concha. La tiró y continuó caminando por la playa. Después su cara se relajó notablemente cuando se dio cuenta. *¡Las rocas! ¡Y los cuatro olivos! La casa de los abuelos. Detrás de los olivos se encuentra la casa de los abuelos.* Empezó a reír de felicidad. *Soy un niño y estoy en casa de mis abuelos. El abuelo se enfadará cuando sepa que he salido a nadar de noche.*

Cojeando subió con dificultad por el camino de tierra. Se acercó a la casa y vio las puertas abiertas. *¿Por qué están las puertas abiertas? ¿Y dónde están todos?* Empujó la puerta y vio en su mano derecha la cicatriz. Palpó con la izquierda. *Es imposible. La cicatriz me la hice durante el examen para la Guardia Pretoriana.* Contrariado se pasó la mano por la cara y sintió los pelos de una barba sin afeitar de hace tres o cuatro días. Entró en el vestíbulo a oscuras tocando las paredes y entonces vio un rastro de luz de atrás de una puerta. Estiró la mano y la empujó de par en par, luego hizo un paso hacia delante y observó. Estaba en el atrio de su casa en Roma. *Esta será la explicación, estoy en casa. La casa del abuelo se quemó cuando yo tenía apenas quince años.*

Cuatro dispositivos con varios brazos enganchados en el techo sostenían lucernas con aceite para iluminar. El segundo brazo del dispositivo de la derecha estaba torcido. Estiró la mano y lo enderezó, luego giró la cabeza y vio en el centro de la habitación, en el borde del impluvio, una mujer sentada de espaldas hacia él. La forma del cuerpo y el pelo castaño echado hacia atrás le parecieron familiares. En la mano izquierda tenía una sandalia que limpiaba de suciedad y en el suelo había un montoncito de barro seco. Luego la mujer cogió un pedazo de tela con la mano izquierda y se agachó mucho, empapando el trapo en el agua estancada del fondo del impluvio. Arriba, por el agujero del tejado, se veía el cielo negro del cual caían gotas pequeñas. Del tejado, también, corría un chorro fino de agua. La mujer limpiaba con cuidado la sandalia con el trapo mojado. Messara la observó fijamente y ella, como si hubiera sentido la persistente mirada de alguien, se giró lentamente y también le miró, aún sujetando la sandalia en la mano. Messara observaba confuso.

-¿Antonia?

Sorprendido hizo un paso hacia delante.

Ella sonrió con cierto dolor en el rostro. Abrió la boca y dijo algo, pero no se oyó ruido alguno. El veía su boca moviéndose como si estuviera hablando. Esforzó la vista e intentó leerle los labios, pero le era imposible y no entendía el porqué. Hizo otro paso y llegó a la

esquina del impluvio y luego vio abajo la otra sandalia, apoyada en la piedra, secándose. Se agachó, la recogió con las dos manos y vio que era una sandalia de niño. Ella habló otra vez, pero no se oía nada, solo los labios mimaban una conversación.

Luego comenzó una lluvia torrencial, como si el cielo se hubiera roto. Corrientes de agua caían del techo y gotas grandes y negras golpeaban el agua del impluvio. El agua se agitaba formando burbujas, como si hirviera. El impluvio se llenó a más de la mitad.

Con la sandalia en la mano hizo otro paso hacia ella. Ahora estaba cerca. Ella seguía hablando y él seguía sin oír nada. La miró intensamente y dijo:

–No entiendo lo que quieres decirme.

Ella paró de hablar y le miró asustada, luego le golpeó con la mano en la cadera. Él sintió un dolor afilado que le atravesó la columna vertebral. Ella volvió a golpearle y él cerró los ojos mareado por el dolor.

Cuando los abrió, un legionario estaba de pie y estaba a punto de darle otra patada en la cadera.

–Levanta imbécil, ¿no ves que te llueve encima?

Entre las barracas un trompetista cantaba el despertar. Él agrandó los ojos, luego los volvió a cerrar, intentando volver a la pesadilla.

Un optio estrelló la puerta contra la pared y de la entrada gruñó:

–Levantaros perezosos, ¡os quiero delante de la barraca! ¡Ejecución! –Messara captó una mirada en conjunto de todo y vio a los legionarios saltando de las camas, el caldero de bronce lleno y un chorro de agua cayendo del techo como si alguien se meara. El agua fluía por el borde del caldero hacia la puerta donde la tierra estaba más lisa y pisoteada.

Él también se levantó de prisa y se mezcló entre los otros legionarios, vestidos solo en las túnicas para dormir, con sandalias militares puestas en los pies sin atar. Corriendo se posaron delante de la barraca y se alinearon. En frente de cada puerta de la vía había un grupo de ocho legionarios. Una centuria en cada edificio. En la suave llovizna se les ordenó que tomen distancia el uno del otro. Luego, el mismo optio que les dio el despertar, les hizo hacer movimientos refrescantes. En poco tiempo las túnicas se empaparon de agua de lluvia y chorros se escurrían por sus pieles.

–Mueve las manos legionario, con más ánimo, vamos, uno, dos, tres, cuatro. ¡Así! Ahora el pie izquierdo hacia delante. Tocad la punta de las sandalias con las manos extendidas. ¡Ejecución! Uno, dos, tres, cuatro. Muévete con más ánimo militar, que aún eres joven y fuerte.

Durante media hora se quedaron en la lluvia haciendo ejercicios, luego les dejaron ejecutar el programa de la mañana.

Entraron todos en sus respectivas habitaciones, muchos de ellos balbuceando insultos por la lluvia, por las reglas y por los superiores que estaban bien refugiados. Cogieron toallas y túnicas viejas para secarse y luego se dispersaron. Unos hacia las letrinas<sup>72</sup>, otros a lavarse

---

<sup>72</sup>Letrina – Retrete.

y afeitarse. Un legionario de al menos treinta y cinco años con una cara tosca, con la cabeza grande y redonda y orejas de soplillo se paró delante de Messara. Era casi igual de alto que él, pero tenía un cuerpo robusto, sus músculos muy marcados, formando nódulos; y un montón de cicatrices mal cerradas le hacían repugnante.

–Bisoño<sup>73</sup>, ¿estás sustituyendo a Bisso? –Messara observó en su cara la carne roja mal cicatrizada de una herida bastante reciente, que empezaba cerca de la oreja derecha y llegaba hasta la esquina de su boca. Cuando abría la boca se podían apreciar fragmentos de dientes y muelas.

–Mi nombre es Messara. –Contestó él. En la cara del tosco apareció un rictus<sup>74</sup> y la cicatriz enrojeció notablemente.

–Yo soy el jefe de este grupo y tú, bisoño, contestarás “sí, señor”. Harás lo que yo te ordene. –Ladró él–. ¿Lo has entendido?

–Sí, señor.

–Limpiarás la letrina que está al fondo del edificio, después limpiarás la habitación del grupo. Empiezas ahora, ¡ejecución!

–¡Entendido, señor!

Messara se dio la vuelta y masculló una palabrota entre dientes, pero sabía que tenía que ejecutar las órdenes de Porcio.

Había pasado más de una hora ordenando y limpiando las letrinas y el dormitorio. Los soldados de la centuria habían acabado el desayuno cuando él apenas tiraba la basura y la ceniza de los recipientes para el fuego. Tenía hambre y había dormido poco y muy mal, por lo tanto no tenía un estado de espíritu demasiado bueno cuando un copista se acercó a él:

–Busco a un bisoño recién llegado en este grupo. Se llama Me-ssa-ra. –Dijo el hombre acentuando cada sílaba.

–¿Por qué le buscas?

–Tengo que llevarle al almacén de los equipamientos.

Messara echó una mirada furtiva hacia los cocineros que empezaban a recoger los platos y apretó los labios enrabiado.

–Está bien, vayámonos.

El copista, seguido por Messara entró en una barraca bien iluminada por grandes ventanales, tallados en una pared alargada.

Montones de restos de materiales militares ocupaban el centro de la barraca a lo largo de la habitación. En la pared sin ventanas, encima de estantes de madera, había colocados ordenadamente equipamientos militares en buen estado.

Justo en la entrada, un oficial con calvicie, vestido con una lorica hamata<sup>75</sup> tipo chaleco apretada en la cintura con un cinturón simple sin ningún otro signo distintivo, estaba sentado delante de un escritorio

---

<sup>73</sup>Bisoño - Recluta; nuevo; hombre falto de experiencia.

<sup>74</sup>Rictus - Contracción de los labios que muestra los dientes y da la impresión de ser una sonrisa.

<sup>75</sup>Lorica Hamata – Un tipo de armadura de cota de malla. Estaban hechas con anillos de hierro de un milímetro de grosor y siete milímetros de diámetro. Podía tener alrededor de diez o quince kg.

lleno de tablillas de cera. En la otra punta de la barraca, al lado de una fragua, dos herreros sudorosos arreglaban un casco militar, colocando un refuerzo de hierro. Uno sujetaba con un alicate y el otro golpeaba con el martillo el hierro rojizo haciendo saltar chispas. A distancia de unos pies de ellos, tres artesanos del cuero y zapateros cortaban tiras de piel de buey y preparaban pegamento de huesos. Olía a hierro caliente y a piel mojada.

El funcionario saludó y enseñó la tablilla de cera al oficial, luego se dio la vuelta y se fue. Este leyó la tablilla y la puso junto a las otras, luego se succionó el interior de las mejillas, disgustado.

–Otro auxiliar. La legión se va a la mierda. ¿De dónde vienes, bisoño? –Preguntó él.

Messara vio el casco con penacho transversal colgado en un gancho del borde del escritorio.

–La II Hispanorum, señor centurión.

Se puso de pie y analizó al auxiliar atentamente.

–Eres enorme. Para empezar, quítate toda la ropa y colócala allí. ¿Sabes escribir?

–Sí, señor. –Contestó el auxiliar mientras se desnudaba.

El centurión silbó e hizo una señal hacia uno de los artesanos del cuero. Este dejó el cuchillo al lado de la piel de buey y se acercó de prisa esquivando los montones de material.

–Artesano, todo lo que te diga lo colocas aquí. –Enseñó un espacio al lado del escritorio–. Elige un equipamiento militar de tamaño máximo. Lo encuentras en cada estantería en la parte derecha.

–Sí, señor.

De un cajón del escritorio sacó un rollo de piel. Lo abrió y empezó a leer una lista larga. Messara le dio una mirada furtiva y consiguió leer boca abajo el título de la lista. *El Equipamiento y las armas de un legionario.*

–Empezamos: dos mantos de lana, de los cuales uno tiene un agujero y capucha y puede ser utilizado como una capa; el otro es rectangular y puede ser ligado con una pinza. –El hombre trajo dos mantos de lana marrones roídos y descoloridos. El rectangular lo estiró en el suelo y el otro lo puso encima, doblado. Las túnicas, también descoloridas, pero aun conservando su tono rojizo, las puso encima–. Un pañuelo, un bálteo de cuero de buey con una hebilla de hierro con la insignia del águila; para sostener el gladio y el cuchillo. Un casco gálico y una cofia de lana. Dos pares de sandalias. Que se las pruebe. – El artesano se agachó y colocó una sandalia al lado de su pie, midiendo la diferencia.

–Le van bien, señor.

–Bien. –Mojó la punta del índice, luego siguió con el dedo las filas de la lista para ver donde se había quedado. Levantó la mirada y vio a Messara estando desnudo al lado de un montón de equipamiento militar auxiliar.

–Ven aquí y viste una túnica de tu nuevo equipamiento militar. Tienes que ponerte la armadura para ver cómo te queda.

–Sí, señor.

El artesano de cuero bajó de una estantería una lorica segmentada<sup>76</sup> y la puso encima del escritorio.

Messara, con la túnica escarlata puesta, extendió la mano e trató de vestir la armadura. El artesano intentó ayudarlo.

–Le viene pequeña, señor.

–Búscales otra.

–Más grandes que ésta no hay, señor.

–De dónde demonios voy a sacar una adecuada para su tamaño. – Dijo el centurión enfadado.

–Señor –dijo el artesano– creo que hay una más grande entre las estropeadas.

–Ve a mirar.

El artesano se dirigió a uno de los montones y volvió con una lorica segmentata casi nueva. Le faltaba el defensor del hombro izquierdo y el primer segmento de arriba que cubría la parte del corazón estaba muy destrozado. Messara la miró y con un dedo apartó algo de miseria.

–Eso se limpia. –Dijo el centurión–. Lo importante es que te quede bien. Ahora vamos a buscar un defensor para el hombro izquierdo y que los herreros te cambien el segmento roto que cubre el corazón.

Media hora después Messara, vestido al completo en legionario y con todo el equipamiento y el armamento suministrado en la espalda y en las manos, se dirigía hacia al centro del campamento donde la legión se había reunido en formación para el informe de la mañana. Los oficiales daban vueltas delante de los hombres pasando lista y preparando los informes.

La lluvia había parado y el cielo cenizo se había aclarado. Se paró y durante algunos minutos miró a los comandantes y a los portaestandartes que alzaban las banderas y se juntaban en formación.

El símbolo de la XIII legión era un león en posición de ataque, de color amarillo cosido en un rectángulo de tela roja. Vio el águila de oro y lo analizó con mucha atención. El grabador había simulado ciento veintidós plumas normales en todo el cuerpo, dieciséis plumas largas en el ala izquierda y quince plumas largas en el ala derecha. La cabeza estaba agachada hacia delante, ligeramente inclinada hacia la izquierda. En el pico se veía la huella de un golpe, como una hendidura. *Probablemente hecha durante un combate.*

Buscó con la mirada su cohorte y su centuria. Se abrió paso por las filas y en silencio se alineó junto a los demás de su grupo. Se agachó y apoyó el equipamiento en su pierna izquierda, al lado del escudo; pero lo colocó mal y la patera de bronce se deslizó y golpeó el pavimento con un ruido infernal.

Todas las miradas se giraron hacia él y el optio con una tablilla de cera y un estilo<sup>77</sup> en la mano se dirigió de prisa hacia el centurión Ennio

---

<sup>76</sup>Lorica Segmentata – Armadura que llevaban los legionarios romanos. Estaba formada por una serie de placas de hierro unidas con bisagras y hebillas. Pesaba alrededor de 9 kg.

y le susurró algo al oído. El centurión aprobó con la cabeza y miró fijamente a Messara, luego se dirigió hacia él, parándose a tres pasos delante.

–Preséntate, bisoño. –Ordenó él.

Messara hizo un paso hacia delante y se puso en posición reglamentaria con la lanza y el escudo apoyados en la tierra. La armadura le molestaba terriblemente. El segmento que había puesto el herrero era pequeño, le apretaba en las costillas y le clavaba las clavijas de las correas en la carne. El defensor del hombro era antiguo y oxidado.

–Señor centurión, soy el auxiliar Messara de la II Hispanorum. – Dijo él con voz elevada.

–¿Has hecho entrenamiento en aquella cohorte?

–Sí, señor.

–Bueno, ya verás cómo preparamos a los legionarios aquí. Esta noche, después de la alarma, jurarás lealtad al águila de la legión Gemina XIII. ¿Lo has entendido?

–Sí, señor.

–¿Qué sabes sobre nuestro símbolo?

–¿Señor?

–¿No sabes nada del símbolo de la legión? –Preguntó el centurión con una mirada helada. Messara recapituló en la mente todo lo que sabía del águila, pero decidió cabrear al centurión.

–No sé nada, señor. ¿Era importante?

La cara de Ennio se crispó.

–Noto que descuidas el uniforme.

–Señor, si me permite, he recibido este equipamiento justo antes de presentarme al informe de esta mañana.

–Me importa una mierda, bisoño cretino. –Tosió ronco, se aclaró la garganta con un gruñido seco y escupió una flema amarilla que cayó escurriéndose cerca de los pies de Messara–. Escucha imbécil –continuó él– ¿le pedí alguna vez a la furcia de tu madre que se acueste conmigo o que pague el vino que he bebido?

Messara reflexionó un par de segundos.

–Supongo que no, señor.

–Entonces, ¿cómo te has atrevido a presentarte en formación, delante de mí, con la armadura oxidada? Durante dos semanas entrarás de guardia en el tercer turno de noche<sup>78</sup>. ¿Has entendido?

–Sí, señor.

–En mi centuria no hay sitio para miserables. O te conviertes en legionario o te vas a la mierda. ¡Optio! –Gritó él.

–Sí, señor centurión. –Contestó este detrás de él.

---

<sup>77</sup>Estilo – Punzón de metal o hueso afilado en la punta y aplastado en el otro cabo. Se utilizaba para escribir sobre tablillas de cera en el Imperio Romano.

<sup>78</sup>Tercer turno de noche – En el ejército del Imperio Romano, la guardia de noche estaba dividida en cuatro cambios; en comparación, en la guardia de la mayoría de los ejércitos modernos sólo hay tres cambios.

–Apúntale.

–Sí, señor.

–¿Alguna otra cosa?

–Tengo a tres enfermos. –Dijo el optio, revisando la tablilla de cera–. Uno tose con sangre, otro tiene la cabeza agrietada y otro tiene una mano rota. Los últimos dos se han accidentado en los entrenamientos militares de ayer. Los tres están en una reserva del médico.

–Bien. ¿A ese qué le pasa en los pies? –Preguntó Ennio mirando hacia un legionario descalzo con los pies envueltos en trozos de tela.

El optio se giró y miró al hombre con el ceño fruncido, luego recordó:

–No se puede calzar, señor. Tiene las plantas de los pies destrozadas por las clavijas de las sandalias. Pero es un buen legionario, un muy buen luchador.

–Ah, ¿sí? Y ¿qué demonios hago yo con un legionario que no puede andar? El arma más importante de un legionario es el calzado, después el gladio. La esencia de una legión es la movilidad. Un militar con los pies destrozados no vale ni una moneda de bronce. Por el amor de los dioses, envíale a ver al doctor.

–Sí señor. –Aprobó el optio–. Tengo a otro que llegó una hora tarde en el dormitorio.

–¿Quién?

–El legionario Paltio.

–¿Paltio? ¿Este no vino borracho en la formación del mes pasado?

–Sí, señor. Ha estado castigado una semana de guardia en el primer turno.

–¡Paltio! –Gritó el centurión hacia la centuria, buscando con los ojos entre los legionarios.

–Sí, señor. –Contestó un legionario con ojos astutos de la tercera fila.

–¿Dónde estuviste anoche?

–En el burdel<sup>79</sup>, señor.

–Creo que estuviste metido de lleno, si no oíste el cierre.

Toda la centuria empezó a reír y el centurión Ennio hinchó su pecho, encantado del efecto de sus palabras.

–Dos semanas de guardia en el tercer turno empezando esta media noche, junto al bisoño. –Sonrió–. Si vuelves a pasarte el reglamento por el forro conseguirás veinte latigazos en la espalda.

–Sí, señor.

De repente se notó una agitación en el campamento de toda la legión colocada en formación, empezando con la primera cohorte de la parte izquierda y pasando, como un viento de primavera, hacia la derecha. Los trompetas y los tambores empezaron a cantar una canción militar honorífica.

El gobernador Nigrino<sup>80</sup>, el legado<sup>81</sup> de la XIII Legión Gemina, cabalgando, grandioso, en una posición correcta, marcial, se acercó al

---

<sup>79</sup>Burdel – Prostíbulo.

centro del campamento. Allí le esperaba el tribuno laticlavio<sup>82</sup>, seguido por los otros cinco tribunos, para dar los honores a la llamada militar de la mañana.

Messara notó que justo con cada golpe de tambor, el caballo del senador tocaba el pavimento con la pierna derecha de delante. Era un caballo pardo con el pecho ancho, el cual había recibido como regalo de una de las cuadras imperiales de Marreme<sup>83</sup>, enviado por el emperador Trajano cuando le asignaron como gobernador de la provincia Dacia. Un gesto de gran apreciación. Desde niño sabía que el senador Avidio Nigrino y su mujer Ignota Plautia Nigrino eran amigos íntimos de la familia imperial.

Los portaestandartes se alinearon a la derecha, liderados por el portador del águila de la legión. El tribuno laticlavio, justo en el centro del campamento, levantó una mano y la canción cesó.

–¡Legión en posición reglamentaria! –Gritó él.

Un solo movimiento resonó en todo el campamento.

El senador avanzó hasta llegar delante de él y paró el caballo. Durante unos momentos se quedó mirando a toda la legión, luego, con voz agradable y firme, dijo:

–Buenos días, legionarios.

De los miles de pechos resonó:

–¡Viva el emperador, viva Nigrino, viva Gemina XIII!

–Legionarios, un mensajero llegó anoche. Nos trae buenas noticias. Nuestro señor, el emperador Trajano, ha entregado un diploma a la unidad de vexillatio<sup>84</sup> de la Legión Gemina XIII, por la valentía que ha demostrado en las luchas contra los partos. Este maravilloso gesto nos honra.

–¡Viva el emperador, viva el emperador, viva el emperador! – Gritaron juntos todos los legionarios.

–Mañana la legión hará la caminata mensual de veinticinco millas. Espero que los oficiales y los legionarios acaben la misión con el éxito de siempre. En el campamento se quedará la IV cohorte. –Observó al águila de oro unos instantes, se dio la vuelta y se alejó pausadamente.

El tribuno laticlavio gritó:

–Legión, honrad a vuestro comandante.

Todos los legionarios, al unísono arrancaron los gladios de las vainas y golpearon tres veces con el lateral de las láminas en los escudos. A la orden del prefecto del castro los instrumentos de viento y

---

<sup>80</sup>Gayo Avidio Nigrino – (Lat. Gaius Avidius Nigrinus) fue cónsul del Imperio Romano y amigo del Emperador Trajano.

<sup>81</sup>Legado – Representante del emperador en una provincia del Imperio Romano. General en el ejército.

<sup>82</sup>Tribuno Laticlavio – Era el siguiente el mando después del Legado. Normalmente era un hombre joven de una familia activa en el senado que obtenía este puesto para aprender del Legado. Los otros cinco tribunos augusticlavios siempre eran de orden equestre.

<sup>83</sup>Marreme – Una zona de la antigua Etruria, hoy situada en Italia entre Lazio y Toscana.

<sup>84</sup>Vexillatio – Destacamento de soldados experimentados en el Imperio Romano.

los tambores empezaron a cantar. Cesaron cuando el gobernador desapareció detrás de la esquina.

–Legión, descanso. –Gritó el tribuno laticlavio.  
Luego se oyó un golpeteo de pies en las piedras.

\* \* \*

Habían entrado en la séptima hora de la noche<sup>85</sup>, pero el tiempo estando de guardia pasaba con dificultad y él luchaba con el sueño y el cansancio. Apoyaba su mano izquierda en el escudo y con la derecha sujetaba la madera mojada de la lanza con los dedos apretados. La noche era fría y la lluvia caía en rachas cortas. Encogió los hombros debajo del manto empapado en agua y se dejó caer en la otra pierna mientras miraba de reojo al otro legionario ubicado a seis pies detrás de él. Le llamó la atención un ruido suave, apenas perceptible, proveniente de la base de la escalera que subía hasta ellos, situada a treinta pies a la izquierda.

Messara se giró cuarenta y cinco grados con todo el cuerpo, cambió la posición de la mano en la lanza y la levantó preventivo a dos codos del suelo. Detrás de él, el otro legionario, se colocó también en posición de lucha. Forzó la vista atravesando la oscuridad con la mirada, pero a causa de algunos fuegos encendidos en el interior de la pasarela, la escalera quedaba sepultada en oscuridad. Antes de llegar a ver, adivinó dos figuras que avanzaban por las escaleras en silencio. *El control de la guardia de noche*. Levantó la lanza preparado para un ataque, llevó la pierna derecha hacia atrás y se dejó caer en el talón.

Con la mano izquierda levantó el escudo hasta la barbilla y conforme al reglamento, gritó en voz alta:

–Detente y di la contraseña, o morirás. –Las figuras siguieron subiendo escaleras, en silencio–. Repito, di la contraseña o morirás. – Detrás de él sintió al otro legionario se colocaba en posición de lucha.

–“Etrusco”. –Se oyó una voz calmada desde la escalera, las figuras se detuvieron.

–“Ruma”. –Contestó Messara.

Las figuras continuaron subiendo por la escalera sin preocuparse de hacer ruido. Al final de la escalera quitaron una antorcha de su soporte con su protección para la lluvia y viento y se acercaron a la pasarela. A la luz temblorosa de la antorcha se veían, en el cielo oscuro de la noche, los cascos con penacho de los dos visitantes. El primero era centurión, y el segundo, el que sujetaba la antorcha, era optio. Se detuvieron a cinco pies distancia y les miraron.

–Sois vigilantes, ¿cuáles son vuestros nombres?

–Legionario Messara, la tercera centuria, Ennio, la cohorte IX.

–Legionario Paltio, la misma centuria que Messara.

---

<sup>85</sup>Séptima hora de la noche – Equivalente con las 01:00 AM.

Las horas en el Imperio Romano estaban divididas de un modo ligeramente diferente. La primera hora del día era 07:00 AM; y la primera hora de la noche era 07:00 PM.

–A éste le conozco. –Dijo el optio–. Luchamos siete u ocho veces juntos en los últimos tres años.

–Cuatro años. –Completó Paltio.

–¿Está todo en orden por aquí? –Preguntó el centurión.

–Sí, señor. –Dijo Messara.

–Solo que estamos chorreando, y nos vendría bien un trago de vino. –Añadió Paltio.

–¿Qué habéis hecho para que os castigaran con la guardia del tercer turno? –Preguntó el optio.

–Mi lorica segmentada estaba oxidada en el informe de la mañana.

–¿Cómo está ahora?

–La limpié bien antes de la convocatoria de ésta noche, porque he jurado lealtad al águila. –Contestó Messara.

–Muy bien, legionario. ¿Y tú? –Dijo refiriéndose a Paltio.

–Yo fui al burdel y no oí la trompeta del cierre, así que llegué una hora tarde.

–¿Estabas borracho?

–Ligeramente mareado, pero trajeron chicas nuevas y encontré una que se parecía con la que lo hice por primera vez.

–¿En serio? –Preguntó el centurión con interés–. ¿Cuántos años tenías?

–Catorce, señor.

–Un poco tarde. –Dijo el centurión hinchando su pecho con orgullo–. Yo empecé a los doce, con una esclava galesa. Ella me enseñó todo lo que sé. Me gustó mucho y me la estuve tirando alrededor de tres años.

–¿Sigue siendo su propiedad? –Preguntó el optio con interés.

–No, la dejé preñada y cuando el niño nació, no quise reconocerlo<sup>86</sup>.

–¿Qué pasó?

–Los otros esclavos de la casa, viendo que no lo quería, tiraron al niño a la basura. La esclava enloqueció.

– Qué esclava más tonta. Enloquecer por un niño. –Aprobó Paltio.

– Pienso lo mismo. –Dijo el centurión y escupió una flema encima del parapeto.

–Creo que tenía unos trece años cuando, al lado de nuestra pequeña finca, se mudaron unos nuevos vecinos. Eran jóvenes y simpáticos, pero muy pobres. No tenían hijos y mientras mi padre se emborrachaba o mis otros tres hermanos mayores trabajaban la tierra, yo iba a casa de los vecinos. Vi distintas cosas y por ello me di cuenta que eran ladrones. Una noche desapareció una de nuestras cabras. Mi padre se enfadó mucho, así que le conté lo que había visto en la casa de los vecinos. Él cogió un hacha y entró a por ellos. Encontró restos de carne. Nos habían robado la cabra, la habían cortado y habían vendido la carne. Al final, después de pegar al vecino, hicieron un trato. Mi

---

<sup>86</sup>“Reconocer a un niño” – En el Imperio Romano la ley daba el derecho al padre de reconocer al niño, es decir, afirmar o negar que es su hijo, lo que significaba que el recién nacido sería abandonado, muchas veces significando la muerte o la esclavitud.

padre trajo a la vecina durante tres meses a nuestra casa como esclava y la metió en su cama.

–¿Y tu madre?

–No teníamos. Ella nos había dejado y se fue con un comerciante de miel. Así que mi padre, que era un tacaño sin igual, que no te daría ni un trago de vino, empezó a ser generoso y nos ofreció a la vecina, a mí y a mis hermanos. –Paltio sonrió.

–Y tú, legionario, ¿cuándo lo hiciste por primera vez?

–Cuando me case a los diecinueve años. –Messara mintió.

Los demás se echaron a reír.

Después de que los oficiales se fueran, él se quedó mirando la oscuridad, pensando que, con la ironía del destino, él también lo había hecho por primera vez con una vecina. Pero la situación difería totalmente. Recordó a la mejor amiga de su madre. Lucrecia Innio Flacco. **Lucrecia vivía en la misma calle que ellos, en una finca dos veces más grande y con más esclavos. Su marido había sido tribuno en Bélgica<sup>87</sup>**, en la frontera, y durante una guerra recibió un golpe en la cabeza. Su familia le trajo a casa y desde hacía bastantes años le cuidaban. No tenía ninguna herida, solo que se comportaba como un crío de dos años.

Lucrecia era con cinco o seis años más joven que su madre. Era igual de hermosa, pero además tenía mucha alegría en los ojos. Él, desde pequeño recordaba cómo esperaba con ansia sus pasos, el sonido agradable de la estola que se oía cuando andaba con gracia. Cómo le acariciaba con elegancia el pelo, y se agachaba suavemente para besarle la mejilla mientras le susurraba: ¡Mi pequeño Marte! Y le miraba con ojos juguetones, emborrachándolo con el perfume suave que la rodeaba.

–Patricia, cuando será grande, te lo robaré. –Le decía a su madre y se reía.

Los años pasaban, y la distancia entre sus padres era cada vez más grande. Su padre, de rango ecuestre, seguía la casa imperial como militar o cualquier posición civil. Cada año hacía una visita a la familia en Tárraco durante dos semanas o un mes.

Justo el día en el que cumplió quince años, Cayo, sentado en las escaleras, estaba abatido pensando en el dolor de su madre. Toda la mañana se había estado entrenado con los gladios en el jardín, desahogando la rabia en los pilares de entrenamiento, e intentando no pensar en el desgraciado cumpleaños que tenía. Esa semana, su padre volvió de Roma y trajo con él a casa un niño al que alojó en su dormitorio.

Su madre, humillada y con la cara hinchada y roja de tanto llorar, por la vergüenza que sentía hacia los vecinos y los conocidos, no aceptó hablar con nadie. Insistente, Lucrecia, consiguió hablar con ella, después de pasar por delante de él y dedicarle una sonrisa afectada.

–Patricia, para de llorar, deja de sufrir. Tú con tu marido habéis hecho un trato. En todos estos años que habéis estado casados él ha estado más en campamentos militares o en misiones que en casa. Te

---

<sup>87</sup>Bélgica – Provincia del Imperio Romano. En la actualidad Bélgica.

respetar, pero a su manera. Tú tienes que entender esto. Los hombres han sido así siempre, no los puedes cambiar. Yo he dejado que se vaya de casa un hombre guapo y en una armadura brillante y he recibido de vuelta otra persona, que sea lo que sea, no es mi marido. A veces, durante el día los esclavos le sacan fuera en el jardín y yo le leo poemas. Pero no entiende nada. Y lloro. Y luego sonrío y le sigo cuidando.

Lucrecia se quedó con ella y le dedicó palabras de consolación que Cayo oía entrecortadas.

–Tienes que dejarme ayudarte, Patricia. Por favor, no te destroces sola. Sabes, tú eres mi mejor amiga. Lo que sucede en casa no les hace bien a tus hijos. Licinia es pequeña y necesita tu apoyo. Cayo es casi un hombre ahora. Tiene quince años, pero aparenta diecisiete. Es guapo y fuerte como un dios, pero... Patricia..., por favor,...por el amor de Orbona<sup>88</sup>, averigua lo que tiene, pregunta a un adivino o llévalo al templo.

–¿Qué quieres decir, Lucrecia? –Preguntó su madre parando de llorar.

–Este niño sufre de algo. Piensa demasiado, y a veces deja parecer que se le va la cabeza. Cuando se entrena es imparable, se transforma. ¿Has visto el pliegue que le aparece en el medio de la frente? Se pone triste muchas veces y deja la sensación de que vive en su mundo.

–Cayo no tiene nada, Patricia. Tú estás loca. –Y empezó otra vez a llorar por la vergüenza que sentía.

Él se forzó en escuchar y oyó palabra con palabra lo que discutían sobre él.

Después de media hora, Lucrecia salió fuera para irse. Le vio sentado en las escaleras y se acercó. Le acarició el pelo y él evitó el tacto de ella. Ella se paró con la mano en el aire, luego se agachó para poder mirarle bien a los ojos. La túnica hacía un frufurú agradable. Llena de sospechas le preguntó:

–¿Oíste lo que le dije a tu madre de ti, pequeño Marte?

Él no contestó. Ella vio cómo se le formaba una lágrima en la equina del ojo y, con la mano extendida, le tocó con el índice el pliegue de la frente.

–Tus padres están los dos locos y ciegos y no te cuidan. –Susurró ella.

Entristecida, miró la capa de flores algunos minutos, luego, como si hubiera recordado algo, giró la cabeza y le miró a los ojos con una sonrisa.

–¿Has recibido algún regalo por tu cumpleaños?

Él movió la cabeza negando.

–¿No? ¿Y qué desearías?

Él siguió mirándola intensamente a los ojos y pudo ver el brillo y las expresiones de su cara, antes confusión y luego sorpresa cuando entendió. Dentro de ella algo estaba luchando, cuando, finalmente tomó

---

<sup>88</sup>Orbona – Diosa romana de la fertilidad y de los niños.

una decisión brusca. Su mirada era profunda y muy distinta. Le agarró de la mano y de repente le susurró.

–Ven conmigo, mi pequeño Marte.

Ahí, estando de guardia, parecía que de alguna manera, a lo mejor, ese había sido el mejor regalo que había recibido por su cumpleaños. Esa había sido la primera vez, pero también ese había sido el primer día cuando oyó a alguien decir que no estaba bien de la cabeza.

\* \* \*

Se fueron en la madrugada. La vanguardia<sup>89</sup> estaba formada por escuadrones de caballería, seguidas por las cohortes dos, tres y cinco.

La primera cohorte, liderada por los oficiales superiores, estaba en el medio de la columna para estar mejor protegida. El tribuno laticlavio reemplazaba al legado Nigrino al mando, seguido por otros dos tribunos y por el centurión primipilo. Las otras cohortes les seguían y atrás del todo se encontraban los carros cargados de tiendas de campaña, comida y armas de reserva. Detrás de los carros dos escuadrones de caballería ligera aseguraban la retaguardia.

En cada cohorte las centurias venían en orden cronológico ascendente. Cada centuria estaba dividida en tres grupos que se movían organizados en columnas. La columna de la izquierda estaba formada por legionarios de calidad media. Aún jóvenes, acostumbrados con lo difícil, pero con insuficiente experiencia. En la columna del medio estaban los legionarios con verdadero valor, pasados por el fuego de las luchas. El flanco<sup>90</sup> derecho era el más expuesto. El sitio donde se moría con facilidad. La columna de la muerte. Los legionarios eran muy jóvenes o recientes en la legión y todavía no se había formado esa conexión natural entre ellos que solo el tiempo y las situaciones con peligro las puede fortalecer. No sabían protegerse instintivamente uno al otro y se asustaban con rapidez, lo que daba paso a la confusión, y a una posible derrota en la lucha.

Cada legionario llevaba en la espalda el equipamiento estándar, colocado en un soporte de madera. El equipamiento completo formado por armamento, armadura, escudo, instrumentos, utensilios, comida y agua; pesaba alrededor de ciento treinta libras. Un legionario romano, en condiciones normales, entrenado suficientemente, podía cargar ese peso si estaba bien distribuido sobre el cuerpo.

Messara agarraba con fuerza el escudo en la mano izquierda y con la otra mano apoyó la lanza al hombro derecho. Sintió una punzada en el antebrazo, echó una mirada y vio que esa zona se había puesto morada. Hace media hora el legionario que estaba delante de él, descuidado, tropezó y se cayó hacia delante golpeando a otro legionario

---

<sup>89</sup>Vanguardia – Unidad o subunidad militar que se desplazaba delante de las fuerzas principales como elemento de seguridad.

<sup>90</sup>Flanco – Extremidad derecha o izquierda de una formación militar.

con la punta de la lanza en la espalda. Este gritó por el dolor, se giró y le golpeó con el puño en la cara, empujándole hacia atrás. En la caída golpeó con todo el equipamiento a Messara, que, desequilibrado, a su turno se apoyó en el legionario que estaba a un paso detrás de él. Arrancaron palabrotas y amenazas.

El centurión Ennio, cabalgando, estaba a casi treinta pies delante de la centuria. Giró la cabeza y vio el follón. Levantó la vara de vid, amenazador.

–¡Oye! –Gritó él–. Flanco derecho, ¿qué sucede allí? –Golpeó al caballo en el estómago con el talón y éste dio la vuelta. Cuando llegó al sitio donde había arrancado el incidente golpeó con la vara de vid<sup>91</sup> al azar encima de las cabezas y las manos instalando el orden. La vara era el signo de la autoridad de cada centurión.

–¡Guardad la formación, imbéciles! –Ordenó él gritando.

La piedra del camino estaba cubierta con una capa de limo y las clavijas de las sandalias resbalaban con facilidad. Del cielo oscuro cenizo caía alguna que otra llovizna a rachas cortas. Poco antes del medio día habían llegado a la meseta donde se iba a hacer la pausa para comer. Habían recorrido la mitad del camino. Las centurias de guardia aseguraban la vigilancia.

Las cohortes se alinearon en la meseta, una al lado de la otra y mientras los legionarios se quitaban los soportes con el equipamiento y apoyaban en ellos las lanzas y los escudos inspiraban aliviados. Los carros con las cocinas móviles y las reservas de agua se paraban delante de cada centuria.

Los hombres, con cuencos en las manos se colocaban en las colas, cansados e irritados.

De repente se produjo un leve rumor, como una ola, que venía de un lado. Luego se oyó la alarma.

Todas las trompetas, al mismo tiempo, transmitían la señal de ataque inminente. Los legionarios soltaron los cuencos de las manos y se lanzaron a agarrar las lanzas y los escudos.

– ¡En formación! –Gritó el centurión–. Proteged a los comandantes.

Con rapidez, los legionarios, formaron grupos, centurias y cohortes.

Las cohortes se agruparon en un cuadrado perfecto con los comandantes en el medio. Los flancos están protegidos por la caballería ligera.

–¡Legión! –Gritó el tribuno laticlavio. De repente cualquier ruido dejó de oírse–. Legión, el enemigo ha envenenado la comida y el agua de las tropas, existe la posibilidad de que seamos atacados y aniquilados si seguimos aquí. Tenemos que seguir el camino.

Mientras los cocineros volcaban al suelo las calderas con comida caliente y el agua de los fuelles, los legionarios, con el ceño fruncido y maldiciendo se ponían los yugos en la espalda y se colocaban en posición de caminata. Los oficiales gritaban órdenes y la legión se puso

---

<sup>91</sup>Vara de vid – Símbolo de la autoridad de un centurión, utilizado a menudo para aplicar castigos corporales a los subalternos.

en movimiento. Avanzaban por el camino de piedra agarrando con fuerza las armas y observaban atentos el bosque denso de su alrededor. No les atacaron.

Al rato abandonaron el camino de piedra y continuaron por un camino descuidado. Había arrancado una lluvia fuerte que hizo más pesado todavía el equipaje. Los pies se clavaban hasta los tobillos en el barro. Se oían a menudo maldiciones.

Messara pasó por al lado del legionario parado en el borde del camino. Un optio le estaba gritando, pero la mirada del hombre parecía confusa y no reaccionaba de ninguna manera. Él continuó andando, con la lluvia golpeándole en la cara, agachado por el peso del yugo. En un cierto momento, el legionario que estaba delante de él tropezó con algo y maldijo, Messara consiguió levantar la pierna más arriba y alargar el paso, pasando por encima del obstáculo. Giró la cabeza y se asustó de lo que vio. Un legionario había caído boca abajo en el barro. No daba señales de vida, su cuerpo desapareció de su vista tapado por los pies de los legionarios que le seguían por detrás.

A menudo veía equipamientos tirados entre los arboles al borde del camino. Vio otro militar parado. Después de treinta pies otro legionario se puso de rodillas con una mano apoyada en un árbol y vomitando sangre. *La caminata de la muerte.*

Después de muchas horas caminando llegaron a un claro. Les dieron la orden de pararse y la legión cogió la forma de un cuadrado.

Los oficiales con las tablillas de cera en las manos anunciaban la llamada.

El centurión Ennio se giró hacia el optio.

-Asqueroso tiempo.

-Así es, señor.

-Hemos llegado bien. Si no hubiera sido por la lluvia, creo que ahora se vería el atardecer.

-Estoy de acuerdo con usted, señor.

-¿Cuántos hombres crees que ha perdido la legión por el camino hoy?

El optio pensó por un momento.

-No lo sé, señor, pero puedo apostar que al menos el doble que la última vez.

-¿Media centuria se habrá quedado atrás? -Preguntó decepcionado el centurión-. ¡No lo creo! De cualquier manera, lo averiguaremos pronto.

-Yo mismo he contado cuatro muertos, señor. Y otros veinte heridos por lo menos. Y cuántos más habrán caído detrás. -El centurión suspiró y escupió una flema en el suelo.

-Maldito tiempo. Y los idiotas de los guías han elegido esta mierda de sitio para acampar.

El optio encogió los hombros.

-Todos los sitios son iguales, señor.

-Apuesto de que hay un montón de raíces. -Golpeó con el talón en el barro. Después de darse la llamada, los ingenieros de la legión marcaron las dimensiones del campamento alargando las cuerdas. Una

cohorte armada fue asignada para defender el área. Otra cohorte se puso a cortar los árboles y a pisotear la tierra. Las otras cohortes, armadas con palas y piquetas empezaron a cavar la zanja y levantar la ola de tierra que rodeaba los cuatro lados del campamento.

Messara golpeaba con el piquete. En media hora, sus manos se llenaron de ampollas con sangre encima de los callos antiguos, luego explotaron por el roce del palo húmedo y lleno de barro del piquete. El centurión Ennio tuvo razón, había un montón de raíces.

Una centuria había levantado la tienda de campaña principal de los comandantes en el centro del campamento. Al lado de la tienda de campaña, justo al borde del camino que atravesaba el campamento del norte hacia el sur, atado a una columna clavada en la tierra, había un legionario desnudo hasta la cadera y un optio pegándole con el látigo.

Otros seis, encadenados, esperaban su turno para el castigo.

—¿Qué han hecho? —Preguntó Messara a un legionario mayor de edad mientras golpeaba con el piquete.

—Creo que les han pillado comiendo.

Messara levantó las cejas, confuso.

—No creo que es eso, si hubieran comido, ahora estarían muertos. La comida fue envenenada.

El legionario viejo paró de golpear con el piquete y se sopló la nariz. Antes un orificio, luego el otro. Miró hacia el cielo cenizo luego a Messara, maldiciendo entre dientes a la lluvia.

—La comida no fue envenenada, imbécil.

Messara le miró fijamente.

—¿Qué dices. Hemos sido atacados y...

—Atacados al carajo. No ha habido ningún veneno. ¿Has visto algún enemigo?

—No.

—Exactamente. Ha sido una falsa alarma. Una simulación real para la guerra, bisoño idiota que eres.

Messara le miró con la boca abierta.

—¿Quieres decir que no vamos a cenar?

—Si la comida está envenenada...

—¿Y qué comeremos?

—Comeremos hierba. Cierra el pico y trabaja.

Una hora antes de la media noche, las trompetas dieron el cierre en el campamento. Las centinelas patrullaban detrás de las empalizadas, con los ojos apuntados por encima de la ola de tierra de más de cuatro codos, en la oscuridad del bosque. Fuegos alumbraban la noche, protegidos de la lluvia con tapaderas de hierro.

\* \* \*

El hombre estaba subido encima una escalera arrimada en un árbol. Sudaba mucho, le dolía la cabeza y sus manos temblaban con fuerza. Apoyó su mano izquierda en una rama del grosor de una pierna de cabra, escogida atentamente. En la mano derecha sujetaba una sierra, después midió una distancia de dos palmos del origen de la guaja. Fijó la sierra para cortar, pero no podía controlar el temblor. El

árbol era fructífero. Era un peral joven, no tenía más de tres o cuatro años, y el pasado fue la primera vez que dio fruta. Se dio la vuelta y vio al Lunático subiendo la cuesta con dificultad, arrastrando su pierna torcida, apoyándose en un bastón. Avanzaba por el camino, por detrás de la choza, con un ánfora en la mano. Resopló, tranquilizado, y bajó de la escalera. Después de unos cuantos minutos el Lunático apareció de detrás de los árboles. El hombre salió en su encuentro con pasos rápidos, impaciente.

-¿Por qué has tardado tanto? Creía que iba a enloquecer.

-Amo. -Comenzó el Lunático gimiendo por el esfuerzo y doblando su espalda-. No quiso recibirme. Con gran dificultad aceptó que le hablara. Por el cuchillo no me ha dado nada. Dijo que era un cacharro y la vaina está destrozada.

El hombre miró el ánfora de arcilla quemada de la mano del esclavo.

-El gladio lo cogió por las antiguas deudas. Con gran dificultad obtuve este vino. Dijo que era el último y que no quería volver a oír nada de usted.

-¡¿Qué?! ¡Bastardo malparido! Le cortaré la cabeza a ese miserable. Dame el ánfora.

Sometido, el joven le alargó el recipiente quemado con un gesto torpe. El hombre lo agarró, lo examinó unos instantes y, quitándole el tapón de madera, lo acercó a la nariz e inspiró. Las cejas subieron a interpelación, así que dirigió el ánfora a la boca. Sorbió lentamente y bajó el ánfora.

-Es el peor de los brebajes, malnacido que es. Ni los esclavos beben esto. -Decepcionado, lanzó una mirada perdida a la cuesta, después levantó el recipiente y con la boca abierta comenzó a beber. El Lunático observaba como las manos temblantes sujetaban el ánfora y como corrientes de vino rojizo caía por su cuello. Hacía un sonido específico de *glu glu glu*, y la protuberancia del cuello estaba en un movimiento típico de sube-baja. La cabeza del hombre, con la frente llena de sudor, iba cayendo hacia atrás, y el recipiente, cada vez más vacío iba subiendo lentamente. Después el hombre bajó el recipiente, jadeando y rojo. Con la lengua quitó unas gotas de vino del labio superior y limpió su boca con la mano.

-Ponlo al lado del árbol, que no se derrame.

El Lunático aprobó con la cabeza y agarró bien el ánfora con miedo a que se le caiga. Pensó que bebió al menos la mitad.

El hombre volvió a subir otra vez por la escalera con la sierra en la mano. Ya no sudaba y el temblor había cesado. Volvió a marcar la rama y comenzó a cortar. El gajo cayó con un ruido seco y el hombre analizó el corte. Sacó un cuchillo con la hoja rota a la mitad, pero bien afilado, y con la mano controlada hendió la corteza del muñón tres dedos distancia del corte. Introdujo la hoja de cuchillo rota entre la muesca y separó las puntas. Bajó de la escalera y tiró la sierra de la cintura al lado de otros utensilios y se agachó estudiando atentamente una mano de ramitas con brotes envueltas en un trapo húmedo. Eligió una, con grandes y sanos brotes. Con el cuchillo hizo un corte diagonal en la

ramita. Pasó el dedo y sintió que el corte recién hecho estaba húmedo. Satisfecho, volvió a subir e introdujo el tallo en la hendidura. Le pareció oír un galope del valle y giró la cabeza hacia la izquierda, escuchando con la oreja sana. El Lunático, tapando el sol con la mano, observaba un caballo con un jinete avanzando hacia ellos entre los árboles.

–Amo, alguien llega. Un legionario.

–¿Un legionario? Tráelo aquí.

–Sí, amo.

El legionario redujo la velocidad del caballo unos sesenta pies antes de llegar, se bajó, ató al caballo a un árbol y empezó a subir la cuesta. Cuando hubo avanzado la mitad del camino, el Lunático se acercó a saludar con humildad.

–Quiero hablar con el veterano Tiberio Lupo. –Dijo el militar y miró al esclavo con la cabeza malformada y el pie torcido.

El lunático asintió y se giró hacia la colina, mientras apuntaba con la mano estirada al hombre de la escalera. El legionario pasó por al lado del esclavo y se paró a siete pies del árbol. Miró al hombre con la túnica de lana deteriorada que trabajaba en algo, dándole la espalda.

–¡Señor veterano! –Intentó llamar el hombre en un tono moderado.

Esperó unos momentos, pero nada pasó. Sólo observó que el esclavo que bajaba la cuesta de la colina le hacía señales. Indicó la oreja derecha de Lupo e hizo un gesto de negación. El legionario entendió y con pasos precisos se movió a la izquierda. Con voz elevada volvió a repetir:

–¡Señor veterano!

El hombre se giró sorprendido mientras se balanceaba junto a la escalera.

–¿Por qué gritas?

–Ah, lo siento. Tengo un mensaje de parte del gobernador Nigrino.

–¿Te conozco?

–Soy el legionario Tarro, Centuria 4 Tito, Cohorte 6, XIII Gemina.

–Tarro, Cohorte 6, Centuria Tito. Ni idea, igualmente eres bastante joven. ¿Tú me conoces?

De alguna manera, intimidado, el legionario miró al hombre subido en la escalera.

–Soy legionario desde hace seis años, hace dos que estoy sirviendo aquí, en esta provincia. Hace cinco tuve una misión en Vindobona. Usted estuvo de paso por el castro uno o dos días. Entonces le vi. Era centurión en XIII Gemina. En aquellos tiempos se hablaba con respeto de sus hechos.

–¿Se hablaba?

–Quiero decir, señor, que los hombres os siguen estimando, aún habiendo pasado lo que pasó. Algunos, con la copa en la mano, dicen que lo que se le hizo fue una injusticia.

El veterano asintió pensativo, después bajó de la escalera y estiró la mano. Cogió el paquete de la mano del legionario, miró el sello y lo abrió. Sacó una tablilla de cera y la leyó. Luego levantó la cabeza y miró al legionario.

–¿Cuándo partiste?

-Ayer por la mañana, justo después de recibir la orden.

-El siervo dacio ha ido a preparar la carne de venado. En una hora comemos, haremos la siesta y marchamos.

-¡Sí señor!

-Sólo que habría otro problema.

-¿Qué problema?

-No tengo caballo. Tuve dos. Uno se lo comieron los osos y el otro lo vendí para comprar vino.

-¿Lo vendió para comprar vino?

-¡Claro! Tengo un maldito sueldo de mierda que cada vez llega con más retraso.

-Eso sí que es algo grave.

-Exactamente. Veo que tienes un caballo joven y fuerte.

Los dos miraron al caballo que pastaba hierba tranquilamente cerca del árbol al que estaba atado.

-Sí, es joven y fuerte. En realidad, no es mi caballo, es el caballo de la legión. Lo tomé prestado del establo para esta misión.

-He pensado que podría cargarnos a los dos hasta Apulum.

El legionario giró bruscamente la cabeza y miró al veterano.

-Eeeh, sí. Creo que podrá llevarnos a los dos.

Después, el legionario analizó con la mirada la colina con la huerta, alineada y bien cuidada, que comenzaba de la choza con madera y utensilios. Se maravilló.

-Ha hecho un trabajo magnífico aquí, señor.

-Me gusta lo que hago, joven.

El veterano volvió a subir por la escalera con la pequeña rama en la mano, la ajustó en el agujero recién hecho en la costra del árbol y la fijó de forma definitiva. Subido en la escalera se giró hacia el legionario.

-¿Me puedes dar aquel trozo de lana trenzada de allí?

-Sí, señor.

El legionario tomó un trapo de color rojo sucio del suelo y reconoció el tejido estándar de una túnica de oficial romano. Se la entregó. Éste rompió una tira y vendó atentamente el tocón alrededor del tallo pequeño. Bajó y cogió un pote con cera de abeja con una cuchara en él. Con el dedo índice de la mano derecha presionó en la cera. El dedo se adentró en la masa pegajosa. Con la cuchara remanó. Satisfecho, volvió a subir la escalera y untó el trozo de lana y lo pavimentó. Cuando hubo acabado, bajó y miró el injerto.

-¿Este árbol da peras, verdad?

-Sí.

-¿Y el tallo?

-Es de un árbol que da manzanas.

-¿Y cree que dará manzanas?

-Seguramente.

-Interesante.

Calló unos instantes y miró al veterano.

-¿Cómo consigue usted hacerlo?

-Si te lo digo podrías estar en peligro.

Durante unos momentos el legionario le observó con una mirada incrédula, después la risa del veterano resonó.

–Detrás de ti hay un ánfora con vino respaldada en un árbol. Sírvete, quiero que bebas conmigo.

El legionario, divertido, se giró y buscó con la mirada el ánfora, cuando lo vio fue a recogerlo. Aún riendo lo llevó a la boca y sorbió sin miedo. Bruscamente lo apartó de su boca y tosió escupiendo el líquido al suelo.

–¿Qué ha pasado?– Preguntó el veterano ligeramente intrigado.

–Esta porquería es vinagre. En mi vida había bebido un vino de tan mala calidad–. Dijo mientras continuaba escupiendo. El veterano le miró duro durante unos instantes y le quitó el ánfora de la mano.

–Desgraciadamente esto es todo lo que te puedo ofrecer aparte de agua, pero espero que tú me ofrezcas un mejor vino mientras viajemos a Apulum.

El veterano Lupo le dio un golpe amistoso en el hombro al legionario de guardia de la puerta del palacio del gobernador de Dacia.

Subió las escaleras con naturalidad y llegó al largo pasillo que llevaba a la sala de espera. La sala parecía un hormiguero. Buscó sitio entre las caras llenas de preocupación y se sentó en un banco. Habían pasado dos horas desde su llegada a Apulum y él debió de haber acudido al lugar nada más arribó, o tal vez haberse bañado, ya que olía horriblemente, pero el destino hizo que se encontrara con otro veterano de la XIII Gemina, ahora jefe de almacén, que le ofreció de beber.

Un liberto se le acercó mirándole con frialdad, disimulando con dificultad un comienzo de disgusto.

–El señor gobernador os espera en la oficina.

Lupo le siguió hasta delante de una puerta abierta de par en par, entró y la cerró detrás de él. Nigrino, dándole la espalda, escribía en uno de los documentos que ocupaba su mesa de trabajo.

–Buenos días, señor gobernador.

–Buenos días, Lupo–. Respondió el gobernador girándose hacia él. Siguió un momento de silencio en el que el magistrado le analizó con la mirada llena de sospechas. Con la mano derecha le señaló la silla. –Siéntate.

Lupo se sentó, agitándose con nerviosismo, preguntándose qué le querrá decir el senador. Después se iría por donde vino. Conocía su reputación y respetaba al noble del período de las guerras dácias, cuando él mismo fue nombrado centurión y se conocieron personalmente. Nigrino le apreció mucho, pero desde entonces pasaron bastantes cosas. El sentimiento de respeto se mitigó por ambos lados.

–Te he llamado aquí porque quiero enviarte en una misión.

–¿Una misión? –Lupo agrandó los ojos significadamente–. Probablemente hayáis olvidado que yo soy civil desde hace cuatro años.

–Sí, lo sé. Hubo aquel suceso aciago en el cual fuiste obligado a retirarte del ejército. –Tosió levemente–. Le necesito para una misión especial. He estado pensando y eres la persona adecuada para esto.

Lupo, indignado, se puso de pie.

-Señor gobernador, ya no soy militar. Ahora soy agricultor. Derramé mi sangre y muchas veces casi pierdo la vida, todo por la gloria del imperio. ¿Sabe cuál es mi recompensa por todo eso? Una pequeña parcela de tierra en una colina, donde sólo puedo cultivar un pedazo de vid y algunos árboles fructíferos. Hasta mi decoración fue retirada. Fui centurión y aun así mi pensión es la de un auxiliar de cohorte. Usted hizo eso cuando vino como gobernador aquí. Así que con todo el respecto no debo a nadie nada, no estoy obligado a realizar ninguna misión. Adelanté seis peticiones a los magistrados donde me he quejado del tratamiento al que estoy sometido y no he recibido ninguna respuesta. Dos veces he venido en la audiencia y esperé en esa sala llena y nunca me habéis recibido. Quiero que me devuelvan el fondo de entierro en el cual he cotizado todos los años que tuve el uniforme puesto.

-Siéntate y cálmate. Sabes perfectamente que el vino es la causa de tu exclusión de la legión y la pérdida de los beneficios. Esta costumbre te sigue persiguiendo, ya que hueles a vino de vinagre endulzado. ¿Que no estás obligado? ¿Que tu contrato ha caducado? Como gobernador tengo el derecho de convocar en el ejército a quien yo crea conveniente.

Despacio, Nigrino se puso de pie y avanzó algunos pasos, parándose cerca de una mesa donde había un mapa.

-¿Sabes que por culpa de tu negligencia murieron personas? - Hizo una pausa-. Tal vez yo fui demasiado exigente. Pero ahora debemos dejar los errores del pasado aparte, Lupo. Eres un oficial experimentado. He compuesto una patrulla que entrará en el País de los Sármatas Yázigas<sup>92</sup> para una investigación.

-¿Me envía en el país de los sármatas yázigas para espiar?

-Sí. En realidad depositaréis una suma de dinero y recogeréis a alguien.

-Una misión de recuperación en el territorio enemigo casi siempre acaba de manera mortal.

-No te mentiré, puede que acabéis muertos.

-¿Puedo rechazarlo?

-No, no puedes rechazarlo, pero me gustaría que pensaras en ello como un favor que me haces a mí.

-¿Qué es lo que yo gano?

-Dinero. Después, puedo decir, que modificaré tu diploma de retiro. Con honores y pensión entera de centurión-. Se giró hacia él y le colocó la mano de manera amistosa en el hombro-. Tendrás muchas ventajas si todo sale bien. Sabes que tengo el poder para hacer eso.

-¿Quién es la persona por la que pondré mi vida en peligro?

-En el momento oportuno serás informado de todos los detalles. En poco tiempo os iréis. Aquí tienes un adelanto. -Dijo dándole una

---

<sup>92</sup>País de los Sármatas Yázigas - Entre los siglos II y III los sármatas yázigas ocuparon el territorio entre el Danubio y Tisa, actualmente Hungría.

bolsita de denarios<sup>93</sup> de plata-. Búscate un aposento, ropa decente y vino de mejor calidad.

Al sur del castro de Apulum se encontraban las Cannabas<sup>94</sup> de la legión. Se situaban en los dos lados del camino de la puerta sur y esquivaban el Palacio del gobernador. Tabernas, almacenes de cereales, corrales, talleres y burdeles estaban apretujados junto a puestos donde se vendían todo tipo de productos. Los puestos estaban arrimados unos en otros. Las mercancías estaban apiladas en montones apiñados y desiguales. Los compradores eran muchos y ruidosos. Militares y civiles. Era una mañana fresca aunque el sol brillara en lo alto del cielo. Lupo, aún con resaca, esperaba encontrarse con un ingeniero minero al cual había ganado en un juego de dados, le debía cuatro ánforas de vino y medio cerdo. Estaba apoyado en el puesto de un armero que le estaba sustituyendo los remaches de la vaina de su cuchillo. El hombre trabajaba con profesionalidad, primero sacaba el remache viejo y después colocaba uno nuevo. El veterano seguía con la mirada los movimientos seguros y precisos.

De vez en cuando levantaba la mirada y echaba un vistazo sobre la multitud, de una parte a otra. De repente, en el puesto de un joyero, una mujer llamó su atención. Sentía que la conocía desde hacía tiempo. Buscó por su cabeza entumecida por el vino imágenes de cuando era niño. Por delante de sus ojos venían rostros de vecinas casadas y madres a las cuales soñaba de una manera prohibida. Pero no la pudo localizar ahí. En realidad era una tontería. La mujer era mucho más joven que él. Era bonita. Una cara alargada, enmarcada por unas cuantas mechadas rizadas de pelo negro que salían del pañuelo que llevaba en la cabeza. Sus ojos mostraban tristeza, pero ella sonreía. La manera en que caía un rayo de sol en su cara hizo que el corazón de Lupo latiera más deprisa. Solamente veía su cabeza, ya que estaba rodeada por más compradores. Momentos después la mujer se giró y ya no pudo verla.

-Ahora vuelvo. -Le dijo al armero y se marchó siguiendo sus pasos. Observó a los compradores, pero ella no estaba entre ellos. En pánico, buscó entre los puestos con la mirada. La vio más lejos caminando junto a un hombre. Se dio prisa por alcanzarles y cerca del palacio del gobernador ya estaba detrás de ellos. La analizó con la mirada. Era alta y esbelta con cierta agilidad a la hora de caminar que él encontraba fascinante. Llevaba una túnica color ceniza hasta los tobillos, de esclava. El hombre de su lado era un funcionario público. Después de unos treinta pies se separaron y el hombre entró en una taberna. Lupo se fijó cómo se dirigía hacia las oficinas del palacio. Entró siguiendo al hombre. Después de unos cuantos minutos y una copa de vino el hombre dijo:

---

<sup>93</sup>Denario – Moneda del Imperio Romano. Pesaba aproximadamente 3,40 gramos y era de plata. Un áureo podía ser canjeado por veinticinco denarios.

<sup>94</sup>Cannaba – Asentamiento civil cerca de los castros romanos.

-La mujer es una esclava imperial. Se llama Silenia y es de aquí. Trabaja en el departamento de cartografía. Hace mapas. Es muy apreciada en su trabajo. Ahora está sola. Desde hace dos o tres meses la dejó el tribuno Aemilio cuando fue trasladado a Galia. Sufrió por él, pero parece que se ha recuperado. Claramente como esclavo público tiene la libertad restringida.

Lupo le ofreció otra copa de vino al hombre y volvió a Cannaba. Cuando acabó con el armero se dirigió al joyero. Esperó con paciencia a que su turno llegara y preguntó:

-Hace una hora estuvo aquí una esclava alta, guapa, acompañada de un funcionario gubernamental.

-Sí, ¿qué pasa con ella? - Preguntó el joyero examinándolo desconfiado.

-Sé que su nombre es Silenia, pero me interesa saber por qué vino aquí. -Y con tranquilidad posó una moneda de un as<sup>95</sup> en el puesto. El joyero vio la moneda y le dedicó una mirada agria a Lupo.

-¿Me das dinero para comprar un pan? -Lupo colocó otra moneda encima. El joyero miró las monedas y alargó la mano y las cogió-. La chica viene aquí para seis pares de pinzas para sujetar los mapas. Son cosas de trabajo. Pero las últimas tres veces que vino aquí probó ese collar de plata, con la pulsera y los pendientes. Creo que le gustan mucho.

Lupo miró las joyas. Un trabajo delicado, moderno en un estilo autóctono. Parecían de gran valor.

-¿Cuánto valen? -Preguntó él. El joyero le miró y le retornó las dos monedas.

-Si hablamos de negocios, la información es gratis.

Una hora más tarde el veterano, con cuatro tablillas en la mano izquierda, empujó la puerta del departamento de mapas. Se paró en el umbral y examinó la habitación. A un paso de la puerta, dándole a ella la espalda, había un hombre sentado que escribía algo. En el centro había otro hombre explicándole algo a Silenia. El hombre tenía un mapa en la mano y hablaba animadamente. Lupo, con el puño cerrado, golpeó tres veces en el marco de la puerta. Los tres se giraron hacia él.

Dio un paso adelante y miró fijamente a cada uno en los ojos.

-Soy el veterano Lupo y necesito ayuda para unos mapas. Lo más urgente posible. He sido enviado para preguntar por Silenia.

-Yo soy Silenia, amo.

La mujer posó sus ojos en los de Lupo, después agachó la cabeza y la inclinó. Los otros dos hombres saludaron y buscaron algo que hacer.

Lupo le entregó las tablillas mientras la observaba.

-En cada tablilla hay un sector en el que estoy interesado. Los mapas los quiero en pergamino de buena calidad, que sean grandes y con detalles. ¿Cuántos días necesitas?

---

<sup>95</sup>As – Moneda del Imperio Romano. Pesaba alrededor de 11 gramos y era de cobre. Un denario podía ser canjeado por dieciséis ases.

Ella le escuchó con atención, miró las notas de cada tablilla y le habló levantando la mirada:

–Necesito al menos diez días para cada mapa, eso significa que debo abandonar el resto de proyectos. Los mapas que me pide representan zonas difíciles, por lo tanto necesito documentaciones, amo.

Lupo aguantó su mirada y dijo:

–Los mapas tienen una gran importancia y los necesito en un máximo de quince días. Personalmente te ayudaré para aprender los detalles, claro está que lo haré mientras me lo permita el tiempo.

La mujer apretó los labios y sus ojos se nublaron.

–Lo he entendido. Seguro, haré lo que pueda para que esté satisfecho. –Farfulló ella.

Despejaron la mesa y estiraron un pergamino. Ella trajo diferentes mapas, nuevos y viejos, precisos y poco precisos. Los estudió durante unos momentos y dijo:

–Creo que necesitamos algunos informes de oficiales que han estado en la zona.

–Iré yo a buscarlos. –Comentó Lupo–. Tú sigue con esto.

Cerca del mediodía, Lupo entró en la habitación de los mapas. Detrás de él un secretario cargaba pergaminos y papiros con informes.

Un esclavo se dirigía a ellos con una bandeja con comida cubierta con un paño y una jarra con vino y dos copas.

Ella estaba sola. A su alrededor había mapas que estaba examinando. Con un estilo entre los dedos trazaba en el trozo de piel una línea tortuosa imaginando el curso de un río.

Después de colocar sobre la mesa los documentos y la comida, los hombres salieron y se quedaron solos.

–Estos son los informes de los oficiales de la patrulla que conocen bien la zona. Espero que nos ayuden a enriquecer el mapa–. Ella se puso de pie y miró los rollos de papiro y asintió. Giró la cabeza y le dedicó una mirada indagante sobre la comida.

–Ah, comeremos aquí. –Continuó él después de una corta pausa–. Tenemos mucho trabajo y hay poco tiempo. Me he tomado la libertad de pedir comida para los dos.

Él vio como la expresión de ella pasaba de interrogativa a crispada, después a indiferencia y tras unos momentos de vacilación respondió con voz apagada.

–Como ordenes, amo.

Las esquinas de su boca cayeron en picado y sintió su corazón en un puño.

–Escucha –dijo él segundos después– en esta tablilla de cera el administrador de los esclavos públicos ha rubricado que te me encomienda durante quince días. Yo necesito un especialista en mapas.

Ella levantó la mirada y fijó sus ojos en uno de los suyos, después en el otro. Varias veces. Como si intentara saber cuánta verdad y cuánta mentira había en sus palabras. Después cogió la tablilla de cera y la leyó. La puso sobre la mesa y se quedó de pie. Había cierta incomodidad en el aire.

-Mira -dijo él- deberías empezar a comer o la comida se enfriará y ya no estará tan sabrosa. Yo... -vaciló durante unos segundos- debo irme ahora

-Sí, amo.

En el umbral de la puerta él se paró y se giró hacia ella.

-Y no me llames amo mientras estemos solos, llámame Lupo.

Y se fue.

Ella se quedó de pie escuchando como el ruido de las sandalias sobre las baldosas de piedra se apagaba. Sola, con la mirada perdida intentaba encontrar algún sentido a lo que estaba pasando.

Finalmente levantó la esquina del trapo y vio los trozos de cordero fritos bañado en salsa y un ajo verde a su lado. El pan recién hecho, con vapor saliendo de él. Tenía hambre, pero no tocó la comida. Ni tampoco el vino. Se sentó delante de la mesa con mapas y siguió trabajando. Sabía que él iba a volver dentro de pocas horas, borracho, exactamente como parecía ser y como su corazón le percibía.

Él volvió al cabo de dos horas, acompañado de un centurión.

-Silenia, el centurión Mamerco afirma que en esta zona, sobre el río, hay otro puente que no está dibujado en ningún mapa.

-Para ser exactos, aquí. -Él señaló sobre el mapa con su bastón-. Es un puente pequeño, suspendido, usado por los autóctonos para intercambiar productos y visitas.

Ella asintió y, obediente, dibujó un puente encima del río. Cuando más tarde se quedaron solos y ella estaba estudiando los documentos, pudo examinarle. Se había afeitado y cambiado el manto. De él provenía un olor discreto de flores que intentaba disimular el olor de vino.

La noche había caído y emprendieron camino hasta las Cannabas, el lugar donde Lupo había alquilado una habitación. La dueña, una tracia, les sirvió una cena fría.

Cuando entraron en la habitación Silenia se quedó varios minutos de pie observando la única cama del aposento. Tensa, se dirigió decidida hacia la cama y empezó a desnudarse. Se oyó un golpe en la puerta y un siervo entró cargando un colchón de hierba seca. Salió y volvió con una manta, un vaso de agua, una jarra llena de vino y dos copas. Lupo le indicó con un gesto dónde ponerlos. Cuando se quedaron solos, él le preguntó:

-¿Quieres beber una copa de vino?

-Si no es una orden me gustaría decir que no, amo.

Él la miró y asintió.

-Tú dormirás en la cama y yo en el colchón. -Luego vertió vino en la copa y dio un sorbo largo-. ¡Buenas noches!

Ella quedó asombrada y susurró:

-Buenas noches, amo.

Ella se quedó mucho tiempo despierta después de que él se acostara y su mano cayera inerte a un lado. Con la mirada apuntando al techo, pensó en su cruda realidad, en la intención de los dioses en relación con la vida de las personas y en especial al enredo de la suya.

Era difícil, ya que llevaba cosido en su alma una carga que estaba llena tanto de odio como de amor. Era bueno que te guste el olor de alguien, pero también era malo que al mismo tiempo odies ese olor obstruido de vino. ¡Oh, dioses! Solo los signos del envejecimiento y los destructores del alcohol hacían sus facciones distintas de la otra cara. El resto, los mismos rasgos, la misma mirada en los ojos. Ella recordó como, tres noches atrás, una sierva le musitó:

–Ha llegado el borracho. Le vi salir del establo. –Silenia sintió que su pecho se encogía. Observó durante un largo rato a la esclava anciana que conocía a todo el mundo. No era una de sus buenas amigas, pero era una de las que sabían, así que le preguntó:

–¿Y cómo era?

–Borracho. Estaba borracho, sucio y feo. –Contestó la anciana de repente. Silenia sonrió. La anciana no era cruel, sólo era otra esclava amargada que había visto bastantes cosas en el mundo. Sí, eso había pasado tres noches atrás. Desde entonces, Silenia hizo todo lo que pudo para saber donde se encontraba Lupo y lo que estaba haciendo.

Sentía un miedo terrible por si desaparecía de Apulum. Siendo una esclava no podía alegrarse de la libertad, pero cuando el esclavo ilirio le susurró que sabe de la esclava Panona que Lupo arreglará la vaina del cuchillo en Cannaba, hizo todo lo posible para ir a recoger las pinzas para los mapas. Se arregló un poco, de manera coqueta, pero al mismo tiempo recitando oraciones con el corazón en un puño, esperando que la remarcará. Tenía miedo de que él no la reconozca. Aún después de tantos años seguía recordado sus rasgos en la penumbra de la noche, brutales y crueles. Su pelo era lacio y tenía hedor a vino y en la luz de las llamas le observaba de abajo cómo gemía por el esfuerzo.

Después de un tiempo, mientras el joyero platicaba algo anodino, ella observó de lado que él tenía fijada la mirada en ella. Los relámpagos del cielo la golpearon en la cabeza. Era él. Y más tarde sus rodillas flanquearon y tuvo que sujetarse con una mano en la mesa cuando le vio entrar en la habitación de los mapas. ¿Recordará algo? ¿Lo sabe? No creía. La seguía por algún impulso masculino. Caprichos de borracho.

El ronquido de él hacía resonar el aposento. Un ebrio que dormía en una posición grotesca con una copa vacía en la mano al lado de una jarra de barro. Podía matarle con las manos vacías. Pero no habría hecho eso por nada en el mundo, ya que hacía años que sabía lo que iba a pasar. Lo sabía desde que empezó con los sacrificios en honor al gran Zamolxe<sup>96</sup>.

Se levantó de la cama y se colocó al lado del colchón. Le observó durante un momento, le quitó la copa de la mano y la jarra de al lado y las puso sobre la mesa. Se volvió hacia él y le descalzó y le cubrió con una manta.

Al amanecer se despertó de golpe, por el temblor y el castaño de los dientes de él. Le oyó toser y cómo vomitaba sonoramente al lado del

---

<sup>96</sup>Zamolxe – Dios supremo del panteón dácico.

colchón. Parecía querer escupir su hígado fuera. Ella se armó de valor y le preguntó:

-¿Puedo ayudarte, amo? -Él continuó vomitando unos minutos más y temblando dijo:

-Dame una copa de vino. -Ella agarró la jarra, llenó la copa y se la ofreció. Él la cogió de sus manos, se forzó a dar el primer sorbo y acto seguido la bebió toda de golpe.

-Quiero otra.

Después de haber vaciado la segunda se quedó varios minutos estirado. Le subieron los colores en las mejillas. De repente Lupo se levantó y salió fuera. Oyó cómo se tiraba agua encima y se lavaba ruidosamente haciendo gárgaras. Silenia encontró un trozo de trapo debajo de la cama y limpió el resto de vómito de al lado del colchón. Se lavó las manos y la cara con agua, después se volvió a meter en la cama cubriéndose con una manta, esperando.

Cuando él entró en la habitación estaba seguro de si mismo y emanaba una sensación de frescor. Lupo le sonrió, y después de una pequeña vacilación ella también le sonrió. Se acercó y la miró a los ojos, conquistador.

-¿Crees que esta cama es lo suficientemente grande para los dos?  
-Ella estiró la mano y agarró su muñeca y, obediente, se colocó en la parte más fría de la cama.

# PARTE III

El tribuno Lucio Seguilla salió por la puerta con pasos firmes. La patrulla le estaba esperando en formación y los caballos, agitados, resoplaban expulsando vapor frío por las fosas nasales. Delante del todo se encontraba el optio Gneo y detrás de él estaba el veterano Lupo.

Un adiutor<sup>97</sup> trajo un caballo guiándolo por la brida. Tenía un arreo muy caro. Cuando llegó cerca del tribuno le ayudó a montar en la silla del caballo. El oficial superior se puso el casco y tomó las riendas en la mano izquierda. Se acomodó unos instantes, luego hizo un gesto ligero de rotación con dos dedos. El optio Gneo ordenó la salida. La patrulla se encaminó hacia el sur dirigiéndose a Ulpia Traiana Sarmizegetusa. El convoy incluía doce personas. El tribuno, un optio, seis legionarios, un veterano civil, un adiutor y dos esclavos, un guía y un cocinero. Los romanos cabalgaban en formación, de dos en dos, seguidos por dos carretas, una que llevaba las tiendas y el equipaje, y otra que contenía la cocina portable.

\* \* \*

El gobernador Nigrino borró con el revés de la palma el vidrio empañado, mirando la patrulla que marchaba dejando el castro Apulum por la puerta del sur.

–¿Crees que fue prudente por tu parte enviar una cantidad tan grande de dinero con un destacamento tan pequeño? –Preguntó Kalista, su esposa.

–No tengo otras opciones. En realidad, el dinero ni siquiera está aquí. El destacamento debería encontrarse con un mensajero en el camino hacia Sarmizegetusa<sup>98</sup>.

–No sé. Esta misión requiere fuerza y delicadez, y éstos parecen patéticos. El tribuno Seguilla es un incompetente. –Completó ella.

–No podía mandar una legión, hago lo que puedo. –El destacamento había desaparecido en la lluvia, pero él, soñador, seguía mirando las gotas de agua transformadas en pequeños arroyos que caían por los surcos marcados en cristal grueso y opaco por las tenazas de los sopladores de vidrio–. Así es, son unos desgraciados, pero deposito mis esperanzas en ellos para que traigan de regreso a mi hija.

–Sería una bendición de los dioses que tuvieras razón. –Dijo ella y le acarició cariñosamente en el cuello.

\* \* \*

El camino avanzaba por las montañas con bosques oscuros. Los árboles gruesos y altos dejaban entrever un pedazo de cielo plomizo, del cual caían, de vez en cuando, secuencias de lluvia.

---

<sup>97</sup>Adiutor – Ayuda militar. En tiempos modernos puede ser un ayudante, asistente o secretario.

<sup>98</sup>Ulpia Traiana Sarmizegetusa – Capital de la provincia romana Dacia.

La pausa para la comida fue corta. La lluvia no se detuvo y ellos tampoco volvieron a encender el fuego. Estando mojados, comieron comida fría de pie. Luego la patrulla reanudó su marcha. Ya era de noche cuando llegaron a una mansión<sup>99</sup> con habitaciones y comida para los viajeros. A doscientos pies de la mansión un edificio más modesto servía como puesto de control militar a la zona minera. El puesto estaba formado por un grupo de ocho soldados auxiliares cilicios<sup>100</sup>, dirigidos por un optio. Los romanos fueron invitados a pasar la noche en el edificio del Puesto de Control. Los caballos fueron llevados a un establo donde fueron alimentados con heno. Los romanos cenaron rápidamente, luego durmieron cansados por el camino y la lluvia. Sólo el tribuno se quedó para tomar una copa de vino en una habitación separada.

Al amanecer montaron a caballo y se fueron. Messara estaba detrás del dacio guía cuando el optio le ordenó a él y a otro legionario que se coloquen al principio. Detrás de él estaba el veterano civil y junto a éste el tribuno Seguilla. Antes de la comida se encontraron con un grupo de mensajeros formado por un optio y tres soldados auxiliares como escolta. El optio y dos de ellos eran alemanes y el tercero era un arquero oriental. Tenían con ellos un caballo para cargas que llevaba dos bolsas de cuero de buey. Detuvieron los caballos a cuarenta pies y después de los saludos habituales, el optio pidió permiso para acercarse. Asintieron y él se acercó y le entregó a Messara una tablilla de cera, éste la tomó y la pasó hacia atrás a Lupo y éste al tribuno. El tribuno la tomó, miró el sello y luego la abrió. Miró los renglones rápidamente, leyendo el documento. Al final cerró la caja de la tablilla de cera, frunció los labios y empequeñeció los ojos, pensando. Luego se volvió hacia el optio Gneo:

–Que las bolsas de este caballo sean trasladadas en la carreta con las tiendas.

Hizo una señal y el adiutor le trajo una tablilla de cera y un estilo. Escribió algo en ella y luego se la dio a Messara para que se la diera al mensajero.

–Váyanse de inmediato a Apulum. El arquero se queda con nosotros, nos va a acompañar.

–Sí, señor. –Dijo el oficial.

Saludó de manera reglamentaria, luego él y los otros dos soldados auxiliares pasaron cerca de ellos y se alejaron galopando.

El arquero se acercó y esperó que pase la patrulla, luego se puso el último en la formación, detrás de la carreta con la cocina.

La lluvia había cesado y cuando llegaron cerca de una pequeña meseta en el lado derecho del camino, el tribuno dio la orden de pararse para la comida. El lugar elegido era utilizado por los militares y por los civiles como lugar para descanso y pausa para comer de los viajeros.

---

<sup>99</sup>Mansión – Una posada en el Imperio Romano

<sup>100</sup>Cilicios – Soldados de Cilicia, provincia romana situada actualmente en Turquía.

Un pequeño fogón con piedras alrededor mantenía restos de madera y ceniza húmeda. A pocos pies de distancia, había una enramada espaciosa construida sobre cuatro postes de madera.

Dos troncos de árboles, cada uno del grosor de un hombre, estaban colocadas en paralelo a tres pies de distancia uno del otro. El adiutor bajó de la carreta una mesa y una silla para el tribuno. En la silla puso una almohada de plumas de ganso y en la mesa puso una jarra y una copa de plata al lado.

El optio ordenó a dos legionarios que hagan guardia y los otros encendieron con dificultad un fuego en el fogón.

Ayudaron al cocinero a poner una olla con guisado a calentar. El tribuno se quitó el casco y la bufanda y el adiutor le preparó una palangana de latón con agua. El tribuno se lavó la cara y las manos, luego se limpió con una toalla y le hizo una señal al adiutor para que le pusiera un poco de vino en la copa. El cocinero mezclaba el guisado en la olla. El optio pidió a un legionario que vertiera agua para lavarse las manos. Luego todos los legionarios se lavaron las manos uno por uno.

Messara se quitó el casco y lo apoyó en el tronco de un árbol. El cocinero llenaba los cuencos de latón con guisado caliente para todos. En el extremo de un tronco se sentó el veterano y el optio se sentó delante de él. Los legionarios se sentaron frente a frente en ambos troncos. El arquero recién llegado se sentó en el mismo leño que el veterano. Todo el mundo comía en silencio.

El tribuno sorbía un poco de vino y comía el guisado de manera elegante. Aburrido, miraba a los hombres que giraban las cucharas en los cuencos de latón, al cielo gris y de nuevo a la copa de vino.

El optio se inclinó hacia adelante y susurró al veterano.

—¿Tenemos un arquero bizco, señor?

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Lupo mientras dejaba la cuchara caer en el cuenco con guisado. Buscó con la mirada entre los hombres del tronco opuesto, después en el tronco donde se encontraba él mismo y descubrió al arquero sentado el último. Sujetaba el cuenco con la mano izquierda y con la mano derecha giraba el guiso buscando los trozos de carne. Con la mano sucia hasta la muñeca sacó un trozo de carne, el cual metió en la boca. Masticaba de forma desagradable con la boca abierta, ruidosamente, haciendo saltar migajas. El veterano le lanzó una larga mirada y vio al legionario que estaba sentado en frente del arquero proteger instintivamente su cuenco de las migajas que saltaban de la boca del arquero. Su cara tenía una expresión de disgusto.

—¡Auxiliar! —Gritó el optio—. Ven aquí.

Todo el mundo dejó de comer y miró al optio, después al arquero. Éste vio que todo el mundo le observaba y lanzó una mirada indagante. El legionario de su derecha le dio con la palma en el hombro y le hizo una señal con la barbilla para que vaya al oficial. Dejó el cuenco en el suelo y apresurado evitó los dos troncos tomando la posición correcta en frente de Gneo.

—¿Quién eres, auxiliar? ¡Preséntate!

–Soy Wahballad, arquero a caballo de Numerus Palmyrenorum<sup>101</sup>, acantonados en Tibiscum<sup>102</sup>.

Lupo miró esa cara tan extraña, con la piel estirada y la barba muy negra, que hacía anillos gruesos y rizados. Pero los más extraños eran los ojos. Pequeños y alejados, como si alguien hubiera estirado la piel de su cara tirando de ella con los dedos hacia atrás obligándolos a afinarse. Eran castaños, con un toque de miel en el medio. La pupila parecía más pequeña de lo normal y a veces se iba hacia adentro, yendo a la nariz, de ahí la sensación de que era bizco. El hombre tenía una mirada diabólica. El optio también examinó al arquero y le ordenó autoritariamente:

–Comes como un animal, soldado. Ve ahora mismo a lavarte.

El arquero miró como si no lo hubiera entendido todo. El adiutor intervino:

–Si me lo permite, señor, el bárbaro parece confuso y no entiende.

El tribuno aprobó con la cabeza y el adiutor hizo una señal al arquero para que le siga.

El tribuno, que fue educado por maestros griegos, dejó la cuchara y pidió con un gesto la palangana con agua. Mientras se enjuagaba las manos en agua con esencia floral, dijo:

–Estos bárbaros de Asia están mil años atrasados con respecto a Roma. Su habla es brutal. –Tomó elegantemente la copa de plata llena de vino, y empezó a beber. Lupo miró codiciosamente la copa de vino del tribuno y dijo aleatoriamente:

–¡Qué idiota!

El adiutor le explicó al arquero que tiene la orden de lavarse y que él mismo quiere ayudarlo. El arquero se quitó el casco cónico. Su frente se extendía con un comienzo de calvicie y el pelo en el resto de su cabeza había sido cortado casi a ras, pero desigual, trabajo hecho por un principiante, dejando entrever surcos en todas las direcciones.

El adiutor le vertió un tazón con agua fría en la cabeza y el palmirano se sacudió como un perro, salpicando a su alrededor y haciendo que el agua fluya bajo la lorica hamata. Parpadeaba a menudo mientras que con la mano derecha cepillaba su barba.

Messara estaba girado a treinta grados y seguía indiferente las reacciones del arquero cuando el adiutor arrojó la segunda y la tercera ola de agua en la cabeza. No le importaba nada, sólo que le irritaban los ojos demoníacos del palmirano.

En la noche fueron alojados en la finca de un colonista romano. Messara tenía un mal presentimiento. El ojo derecho se le agitaba, lo que significaba que podía esperar problemas, hecho confirmado en otras ocasiones.

La patrulla marchó en la madrugada bajo una fría llovizna. Caminaban en dirección Ulpia Traiana Sarmizegetusa. El camino estaba

---

<sup>101</sup>Numerus Palmyrenorum – Unidad de combate compuesta por caballería ligera armada principalmente con arcos y flechas. Era una cohorte auxiliar de étnicos de Palmira que luchaban para el Imperio Romano.

<sup>102</sup>Tibiscum – Ciudad en la Dacia romana. Castro militar en la Dacia romana.

hecho por romanos con el granito extraído de las canteras que estaban en las montañas de alrededor. El agua de la lluvia y la suciedad hacían la roca resbaladiza y a veces los caballos tropezaban, resbalando. Las montañas eran rocosas con pendientes abruptas y bosques oscuros.

Habían pasado ya tres horas desde que partieron, cuando ocurrió el ataque. En un lugar el camino tenía una característica. Los ingenieros constructores se vieron obligados a evitar un espolón de piedra a la derecha que estrangulaba el camino. A la izquierda una formación de rocas más grandes orlaba el margen de un barranco profundo. Después de que el camino rodeara la espuela, en un ángulo de cuarenta grados, la montaña de la derecha se transformaba en un barranco abrupto lleno de árboles. A la izquierda había varias rocas grandes y otros barrancos.

En la monotonía sombría de la lluvia, todo el equipamiento estaba mojado y los mantos de lana empapados con agua y pesados se habían vuelto incómodos e inútiles. Los hombres y los caballos avanzaban irritados.

De repente se oyó el estruendo de un árbol cayendo a seis o siete pies del destacamento, bloqueando el camino en perpendicular. Al mismo tiempo fueron atacados por hombres armados que gritaban.

El caballo de Messara, asustado por el ruido de la caída del árbol, levantó las dos patas delanteras relinchando salvajemente. El militar trató de controlar a su animal, pero no pudo mantener el control de un paquete de nervios de más de mil libras y sintió cómo era arrojado de la silla. La lórica segmentata, reconstruida con pedazos de diferentes tamaños, se retorció en su cuerpo y sintió como cada remache y clavija de la armadura se le clavaba en la carne. El contacto con las losas de piedra del camino le hizo perder el conocimiento durante algunos instantes.

El optio Gneo vio el árbol caer, tomó las riendas para calmar al caballo y con la mano derecha sacó el gladio de la vaina mirando la ola de atacantes. Volvió la cabeza por un momento, mirando al tribuno, esperando órdenes, pero vio que el oficial superior estaba asustado. Gneo se volvió y gritó:

–¡Defended al comandante, legionarios!

El veterano Lupo estaba cabreado. Era civil y por cojones su primer impulso fue no hacer nada. Aproximó el número de los atacantes como al menos doce. Miró su ropa, sus armas y su manera de atacar. Con arrepentimiento extendió la mano lateralmente y tiró fuera de la vaina que colgaba de la silla de montar del caballo su antiguo gladio militar. El primero de los atacantes que se acercó a él llevaba una lanza en la mano. Lupo se la desvió con la espada, luego le golpeó en la cabeza, en la oreja, penetrando la cofia de cuero grueso. El hombre cayó en una de las rodillas, llevando ambas manos sobre la cabeza, gritando de dolor. El veterano se giró en su silla y vio a dos malhechores atacando al tribuno por la izquierda. A uno de ellos le clavó la espada en la espalda y al otro le cortó la mano. Con la mano izquierda agarró

las riendas del caballo del tribuno, calmándolo. Miró al oficial superior a los ojos, buscando señales en las pupilas dilatadas por el miedo. De todas maneras, dijo:

–Trataré de defenderle, señor.

Messara se levantó del suelo sintiendo un dolor agudo en la espalda. Sacó su gladio de la vaina y buscó el escudo, pero éste se había perdido bajo los pies de los caballos. Vio a un atacante con una enorme hacha viniendo hacia él. Cayo Messara simuló un ataque, el otro golpeó y el legionario desvió el hacha y le cortó la muñeca de la mano. Se le cayó el hacha y el hombre gritó de dolor. Messara, volviendo a hacer un paso, con un movimiento preciso le desgarró el vientre. Otro legionario estaba siendo atacado por dos asaltantes que le tiraron del caballo. Messara le golpeó con el mango del gladio en la boca a un atacante y al otro le cortó el cuello. El tercero, armado con una espada con cuchilla larga, golpeó y el legionario Messara paró el golpe. El atacante inició una serie de golpes laterales muy buenos, pero el legionario los evitó y le golpeó con la parte plana de la espada en el casco gálico que llevaba. El agresor se tambaleó, luego con rabia se arrojó hacia adelante tratando de penetrar con la punta del sable el cuello de Messara. Este se movió lateralmente hacia la izquierda y le clavó el gladio en la axila. El hombre cayó muerto. Legionario Messara recogió también la espada de éste.

Un grupo de cuatro asaltantes se dirigieron al centro del camino y hombro a hombro atacaron al grupo de oficiales. El optio Gneo incitó a su caballo golpeándolo con los talones en las costillas y, rugiendo, se abalanzó hacia adelante golpeando con el gladio a la izquierda y a la derecha. Alcanzado por el pecho del caballo, uno de ellos cayó bajo los pies del animal, otro se derrumbó por un golpe en el hombro, pero el tercero y el cuarto lograron tirar al oficial de la silla de montar.

Lupo vio la escena de la batalla y le gritó al legionario que antes estaba en frente de Messara que protegiera al tribuno cerca del árbol caído. Estimuló su caballo hacia adelante y se inclinó mucho lateralmente golpeando con la parte plana de la espada en la nuca de un asaltante que estaba inclinado sobre el optio, mientras que otro se derrumbaba con una flecha clavada en la espalda. Se enderezó de inmediato en la silla de montar y se retiró a la derecha del tribuno tratando de protegerlo y al mismo tiempo de tener la escena de batalla bajo control visual. Vio a los atacantes que avanzaban gritando de la pendiente. Vio al arquero, protegido por la rueda de una carreta, disparar con el arco con velocidad y precisión, cada vez alcanzando el objetivo propuesto. El optio tenía heridas graves, pero seguía luchando, y Lupo le gritó a un legionario que le ayude. Entonces vio al gigante. Llevaba una coraza de cuero de buey reforzada con placas de bronce cuadradas y la cabeza estaba protegida por un casco de gladiador

tracio<sup>103</sup> con rejillas en el visor para proteger la cara. En la mano derecha tenía una falcata<sup>104</sup>. Al llegar cerca de uno de los legionarios, el gigante con el casco de tracio le seccionó el pie por la cuña de un golpe, luego le cortó el cuello, dejando que su caballo diera vueltas en círculo enloquecido. El optio junto a otro legionario acorralaron al gigante, pero éste se deslizó entre ellos y golpeó a Gneo en la nuca, que cayó súbidamente, luego desvió unos golpes y empujó la falcata de abajo hacia arriba bajo la armadura del legionario. El hombre herido gritó cayendo de rodillas, hacia atrás.

El veterano vio al gigante viniendo hacia él. También vio a Messara luchando con cuatro asaltantes que llegaron de entre los árboles; vio al arquero apoyado en una rodilla y utilizando de manera eficiente el arco.

De entre las rocas del lado izquierdo del camino salieron dos enemigos armados con lanzas. Uno de ellos golpeó por detrás al legionario que protegía al tribuno. La lanza penetró por el cuello, por debajo del casco gálico. Este cayó muerto de su caballo y el animal, asustado, golpeó al caballo del tribuno tirando al oficial superior al suelo. El tribuno se puso de pie, tambaleándose y mirando confundido lo que sucedía a su alrededor.

El gigante con la falcata se dirigió hacia el tribuno, pero Lupo empujó a su caballo obstaculizándole el paso. Entonces vio que debajo de la protección de la cara, detrás de la rejilla del casco de gladiador tracio, el gigante tenía un vendaje sobre el ojo izquierdo.

El jefe de los enemigos vaciló cuando un caballo le bloqueó el camino hacia el tribuno, pero con un golpe seco de falcata le tajó el hocico. El caballo se tambaleó y cayó. El gigante pasó por encima del animal y con un fuerte golpe alcanzó la cabeza del tribuno. La falcata atravesó el soporte que sujetaba el penacho del casco y el reforzamiento de metal, penetró el hueso del cráneo y entró en el cerebro hasta la mitad de la cabeza. El tribuno cayó muerto.

Messara venció al último de los cuatro asaltantes y vio a un gigante con casco de gladiador tracio cómo mataba al tribuno. Gritó y con las dos espadas en las manos se lanzó hacia él.

El gigante vio con el rabillo del ojo como un legionario con la cara llena de sangre y dos espadas en las manos le atacaba de la derecha. Paró el primer golpe con su falcata, luego el segundo y con la izquierda se sacó una daga de la cintura. Con una fuerza y velocidad descomunal

---

<sup>103</sup>Gladiador tracio – En la cabeza llevaba un casco con rejilla y tenía una espada curvada y un escudo pequeño cuadrado. Llevaba artículos de protección en ambos pies.

<sup>104</sup>Falcata – Es un tipo de espada típica prerromana de la Península Ibérica y Grecia Antigua. En Grecia llevaba el nombre de Kopis.

empezó a girar su falcata atacando y con la daga de la mano izquierda parando los golpes recibidos.

Un caballo con graves lesiones en una pierna y en el abdomen, cojeaba y relinchaba espeluznantemente.

El veterano, con una pierna atrapada debajo de su caballo muerto, vio al gigante atacando con una velocidad extraordinaria al legionario con dos espadas. Éste lograba defenderse pero, de repente, el gigante, con un fuerte golpe de falcata logró romper la mitad de una de las cuchillas de sus espadas.

El legionario miró atónito la espada rota e hizo un paso hacia atrás rápidamente evitando un golpe de abajo hacia arriba con la daga. En ese momento oyó al veterano:

–¡Ataca por la izquierda, es tuerto!

Messara se inclinó a la derecha y golpeó con el gladio desde el exterior, entonces el gigante se movió con rapidez desviando el golpe con la falcata. El legionario se inclinó hacia adelante, evitando el cuchillo que venía de arriba y golpeando por la izquierda con la espada que tenía la cuchilla medio rota. Logró desgarrarle el interior del muslo de la pierna izquierda seccionándole la vena femoral<sup>105</sup>, luego, se retiró tomando una posición de autodefensa. Vio al enemigo aturdido mirando su pierna herida y la ola de sangre que abandonaba su cuerpo, cómo iba entendiendo que moriría y con un último grito se lanzó hacia adelante. Cayo Messara clavó muy bien sus pies en la tierra, desvió el golpe del arma con el gladio y con la espada con la cuchilla rota paró la daga. El gigante era un palmo más alto que él.

Luchando pecho a pecho, se empujaban el uno al otro con la fuerza de las manos, gritando. El gigante echó la cabeza hacia atrás y golpeó hacia adelante. Messara retrocedió tanto como pudo, pero el golpe logró alcanzarle. El reforzamiento frontal del casco de gladiador tracio le golpeó en la frente y sintió cómo le explotaba la cabeza.

Se volvió, mareado por el dolor, y llegó a ver como la falcata le golpeaba lateralmente. Con los ojos llenos de sudor y sangre se tambaleó incierto oyendo ruidos de cómo su propia lórica segmentata se curvaba y cedía frente a la fuerza de los golpes.

Paró con el gladio la daga y en una fracción de segundo tomó una decisión arriesgada. Con esfuerzo hizo un paso hacia adelante y golpeó de arriba a abajo con la espada rota. La cuchilla rota entró a lo largo del cuello, entre el casco y la coraza y presionó tanto como pudo. En un momento, la cuchilla rota golpeó en el hueso, luego entró en el cuerpo del oponente. Oyó y sintió como el gigante le golpeaba con su falcata y con la daga en la armadura, pero él siguió empujando con fuerza. Sintió la cuchilla rota entrar profundamente y los golpes del gigante se debilitaron.

---

<sup>105</sup>Vena femoral – Es una vena importante en la región interna del muslo.

Con la boca llena de sangre, el gigante cayó de rodillas. Messara le dio una patada en la cabeza, arrojándole hacia atrás.

El legionario Messara, mareado, echó una mirada general y se convenció de que ya no había enemigos con vida. Vio al arquero ayudar al veterano a sacar la pierna de debajo del caballo muerto. Sólo entonces, con las sienes pulsando por la adrenalina, lleno de dolor por varios golpes, cayó de rodillas y dejó resbalar el gladio de su mano.

El veterano, cojeando, seguido por el arquero, levantó al optio. Éste estaba muy mal herido. Tenía la cabeza resquebrada y una herida fea en el riñón. Tenía momentos de lucidez y momentos de inconsciencia. Dentro de un rato estaría muerto.

Continuaron inspeccionando los cadáveres, a los heridos y el lugar de la lucha. Lograron sacar de debajo de las carretas al adiutor y al esclavo guía, que se habían escondido por miedo. El otro esclavo tenía un hacha clavada en la cabeza. Un legionario tenía el cuello abierto en un lado y el veterano le dio grandes chances para vivir si sería atendido por un médico en las próximas horas. Le sacó la focale<sup>106</sup> del cuello y la colocó sobre la herida, tapándola, luego le hizo presionarla con los dedos.

Toda la lucha no había durado más de diez minutos y el lugar donde había tenido lugar la emboscada, entre el árbol caído y la última carreta, una sección no muy larga del camino de al menos cuarenta pies, estaba llena de cadáveres y de caballos muertos y heridos.

El veterano miró a los sobrevivientes, luego les dijo con voz áspera:

–El tribuno está muerto, el optio está mal herido y en la ausencia de otros oficiales, como veterano y como ex centurión de la XIII Gemina, tomo el mando, ¿lo habéis entendido?

Los hombres le miraron, luego se miraron entre sí, en un final encogieron sus hombros y asintieron.

Arrojaron las tiendas de campaña de la carreta y en su lugar colocaron el cuerpo del tribuno, al cual cubrieron con una manta de lana limpia. Mientras el veterano leía los documentos los demás formaron parejas para ser más eficientes. Messara con el arquero y el esclavo guía con el adiutor. Todos los cadáveres de los asaltantes y de los caballos iban a ser arrojados por el barranco.

Cuando llegaron al cadáver del gigante, el adiutor llamó al veterano. Lupo se inclinó y con un gesto firme le quitó el casco de gladiador de la cabeza al comandante de los asaltantes. Le observó por un instante, quitó el vendaje que cubría uno de los ojos y miró su cara repugnante, distorsionada por la muerte. Finalmente posó sus ojos en la falcata del gigante y la miró con respeto.

–Una extraordinaria arma. –Dijo él. Limpió la sangre del mango y la miró de nuevo, luego se inclinó y desató del cinturón la vaina del arma. Era de cuero de buey con adorno de plata, una obra muy antigua. El veterano, con la falcata y con la vaina en las manos, se volvió hacia Messara.

---

<sup>106</sup>Focale – Pañuelo que utilizaban los legionarios para proteger su cuello.

-Legionario -dijo él- éstos te pertenecen.

Messara, apático, dejó ir al cadáver que sujetaba y enderezó su espalda. Miró la falcata y luego al veterano.

-No la quiero, señor.

-Tómala, es tu trofeo. Tú le has vencido.

-Le vencí, pero eso no importa.

Lupo le observó algunos instantes.

-¿Te importa si me la quedo?

-Haz lo que quieras.